



J. SELGAS

LA
MANZANA
DE ORO

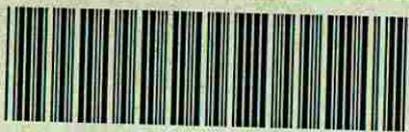
5

P06565

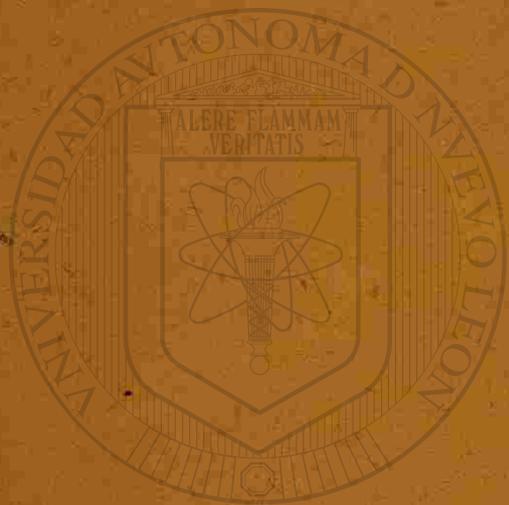
.S4

M3

v.5



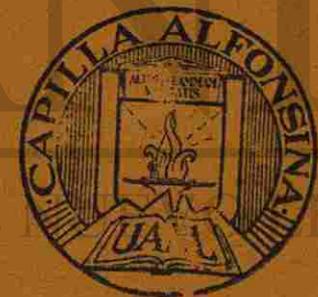
1020027384



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



U A N L N

LA MANZANA DE ORO.

Núm. Clas

Núm. Aut

Núm. Vol.

Proceden

Precio

Fecha

Clasific

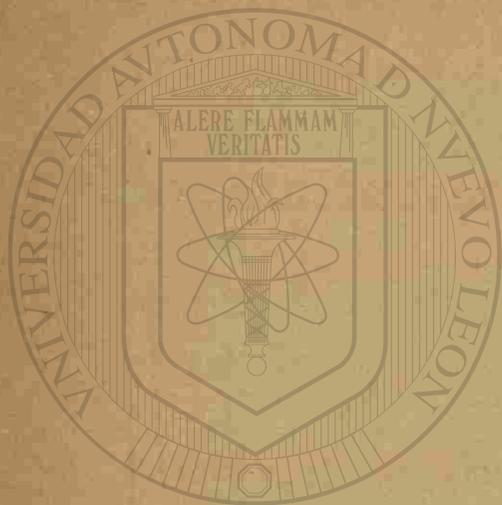
Catalogó

465 m
33843
8
py

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



LA
MANZANA DE ORO,

NOVELA ORIGINAL

POR

JOSÉ SELGAS.

V.

UN RAYO DE ESPERANZA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID,

LIBRERÍA DE D. LEONARDO LOPEZ,
calle del Carmen, 13.

PARÍS,

LIBRERÍA DE D. FRANCISCO BRACHET,
8, rue de l'Abbaye.

1872.

100417

33843

863
S.



PQ6565
.54
M3
v.5

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: Imprenta de M. RIVADENEYRA. Duque de Osuna, 3.

UN RAYO
DE ESPERANZA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Chareber" ehh.

El individuo más importante en la familia árabe es el caballo. O más bien, el árabe se compone de dos elementos indispensables, á saber : el caballo y el hombre.

Cuando decidió hacer la yegua, cuenta el *Profeta* que Dios le dijo al viento :

«De tí haré nacer un sér que llevará á mis adoradores, que será querido de todos mis esclavos, y que desesperará á los que no sigan mis leyes.»

Y creó la yegua, y dijo :

«Te he hecho sin igual; los bienes de este

mundo estarán entre tus ojos, arruinarás á mis enemigos; en todas partes serás feliz y preferida á los demas animales, porque tu amo siempre te tendrá cariño. Tan buena para acometer como para la retirada, volarás sin alas, y no te pondré encima más que aquellos hombres que me conozcan, que me dirijan sus oraciones y sus acciones de gracias; en fin, los hombres que me adoren.»

Por este pasaje se ve que en la mente de Mahoma el árabe es un sér que empieza por el caballo y acaba por el hombre. Los jefes árabes que han penetrado el fin verdaderamente estratégico con que habla de ese modo á sus sectarios la religion del alfanje, cuidan con asiduo empeño de la conservacion de las razas, é impiden por todos los medios posibles que los caballos árabes pasen á poder de los cristianos.

Leo en este momento que Abd-el-Kader castigaba con la muerte á todo mahometano convicto de haber vendido su caballo á los cristianos. En Marruecos son tan excesivos los derechos de exportacion, que sacar del imperio un caballo de raza equivaldria á

sacarse un ojo de la cara. En Túnez, en Trípoli, en Egipto y en Constantinopla ceden obligados por la ley de las circunstancias, pero repugnan de la misma manera entregar los caballos al poder de sus enemigos.

El caballo es la primera necesidad del árabe que vive errante, formando tribus, que se mueven en extensas llanuras, segun las necesidades y las circunstancias; pueblos movibles como las arenas del desierto, que trasplantan sus tiendas buscando pastos para los rebaños, que atraviesan grandes distancias en una noche, huyendo unas veces para acometer otras. Con el caballo trafica y viaja el árabe, enamora y pelea, huye y acomete, brilla en las fiestas y cruza las soledades del Sahara, conduciendo sus camellos en largas carabanas.

El caballo es la alegría de la casa, la gloria de la familia y el alma de la guerra. ®

Mahoma ha dicho:

«Los bienes de este mundo, hasta el dia del juicio, estarán colgados en la crin que se halla entre las orejas de vuestros caballos.»

Sidi-Aomar, compañero del Profeta, dice á su vez :

«Quieran á los caballos, cúidenlos, pues merecen su cariño; es preciso tratarlos como á hijos y mantenerlos como amigos. Por el amor de Dios, no se descuiden, porque tendrían que arrepentirse en esta casa y en la otra.»

Vive el caballo en la tienda del árabe, en el seno de la familia árabe; come cebada tostada y dátiles sazonados, y bebe leche de ovejas y leche de camellas.

El caballo es la pasión del árabe, y contribuyen á ella con poderoso estímulo la necesidad, la religión y la costumbre; y el caballo corresponde á esta especie de culto que el árabe le tributa, con prodigios de velocidad y de destreza. Es sobrio, es fuerte, es ágil, es incansable, es dócil y es inteligente. Treinta leguas en veinticuatro horas es una jornada que el caballo árabe puede hacer algunos días. Los hay que han hecho jornadas de setenta leguas en veinticuatro horas, descansando una, y bebiendo agua una sola vez.

La raza pura de este hermoso animal, con

quien el árabe parte sus alegrías y sus penas, sus trabajos y sus placeres, el descanso y la fatiga, sus glorias y sus desastres, en una palabra su vida entera, se conserva especialmente entre las tribus errantes que habitan el Sahara. En ellas la raza berberisca ha podido salvarse de la dura dominación de los conquistadores, conservando la belleza, la sobriedad y la rapidez que el caballo árabe posee sobre todos los caballos de la tierra.

Hé aquí cómo lo describe el general Daumas, en su tratado acerca de los caballos del Sahara :

«El caballo de raza, dice, es bien proporcionado, tiene las orejas cortas y movibles, los huesos pesados y finos, la cara descarnada, las narices anchas como la boca del león, los ojos hermosos, negros y prominentes, el cuello corvo y largo, el pecho y la cruz anchos, el lomo recogido, las ancas redondas, las costillas de delante largas, y las de atrás cortas, el vientre escurrido, los cuartos superiores largos como los del avestruz, con músculos como los del camello,

los cascos negros, de un solo color, las crines finas y espesas, las carnes duras y la cola muy gorda en su nacimiento, delgada en la punta.»

Un buen caballo de raza debe tener :

Cuatro cosas anchas : la frente, el pecho, las ancas, los miembros.

Cuatro cosas largas : el cuello, los cuartos superiores, el vientre, los ijares.

Cuatro cosas cortas : la grupa, las raniillas, las orejas, la cola.

Hé ahí un caballo árabe de pura raza, al que os será muy difícil hacer que coma en otro bozal que no sea el suyo, ni hacerle beber sin que antes enturbie el agua. Lo oiréis relinchar al ver árboles, verdura, sombra y agua corriente. Ve todas estas cosas con alegría, como el que atraviesa el desierto ve los oasis.

Dotado de una docilidad inteligente, hierve, sin embargo, la sangre en sus venas, y á cada instante contrae los labios, sus ojos se hallan siempre en continuo movimiento, alza y baja las orejas, y dobla alternativamente su corvo y flexible cuello, ya á la derecha, ya á la izquierda.

Poseer este animal es tener alas.

Se puede decir que semejantes caballos son los piés y las manos de los árabes.

Chareb er" eh, éste es el nombre genérico de la especie. *Chareb er" eh*, que quiere decir bebedor de aire.

Por toda la parte occidental del Sahara argelino se han extendido las tres razas principales de tan noble estirpe, entre las tribus *Hamyane*, *Ulad-Sidi-Chikh*, *Leghruate-Kuesal*, *Ulad-Yaqud*, *Makena*, *Aamure*, *Ulad-Sidi-Nazeur*, *Harares*, de las que Daumas da noticias históricas y geográficas muy dignas de aprecio, en su obra titulada *El Sahara Argelino*.

Son tres las razas más estimadas, y se llaman la de *Haymur*, la de *Bu-Chareb* y la de *Meriziques*, y forman un orden jerárquico en el mérito de los caballos y en la calidad de los dueños. Son tres tipos de animales, que determinan tres clases de hombres. ®

La raza *Haymur* produce generalmente caballos bayos; siendo éste el color dominante, son de hermosa estampa y famosos por su velocidad en todo el *Sahara*, pose-

yéndolos únicamente los árabes ricos y nobles.

En la raza *Bu-Chareb* abundan los caballos blancos, y son algo más altos que los de raza de *Haymur*, pero ménos veloces, y se sirven de ellos principalmente lo que podemos llamar la clase media de las tribus.

En la raza *Merizique* es más comun el pelo tordo, y son ménos altos y corpulentos que los anteriores; son firmes, vigorosos, membrudos y sumamente sobrios, circunstancias que los hacen muy á propósito para las fatigas á que los destina la gente pobre.

Reducen los árabes la edad del caballo de veinte á veinticinco años, y la reparten del siguiente modo :

Los primeros siete años para mi hermano.

Los segundos siete años para mí.

Los últimos siete años para el enemigo.

Tales son los caballos, cuya perfeccion resumen los árabes del siguiente modo :

Debe llevar un hombre, sus armas, la ropa de repuesto, víveres para los dos, una bandera, áun cuando el viento sea fuerte; en caso de necesidad, debe arrastrar un ca-

dáver, y por último, ha de correr todo el día, sin que piense en comer ni en beber durante la jornada.

Así es, así debe ser el *Chareb er" ehh*; esto es, el bebedor de aire, el caballo árabe de pura raza; y así era *Bel-Khrer*, de la estirpe de *Haymur*, hijo de *Ghrezala* (la gacela) y de *Rezky* (mi bien). Se habia criado en la tienda de un marabú y era bayo, por ser el color dominante de su raza.

Lanuzá habia adquirido esta alhaja en su expedicion á la Argelia, y se habia traído con él la pasion que los árabes profesan al caballo.

Bel-Khrer fué robado una noche sin luna, de la misma tienda de su dueño.

Dormía la tribu silenciosa, y en medio de la oscuridad apénas se distinguían las tiendas esparcidas en la falda de un monte, siguiendo las ondulaciones de un barranco, que las ponía por aquella parte á cubierto de esas sangrientas acometidas con que se saquean y se degüellan entre sí las tribus enemigas, cayendo repentinamente unas sobre otras, y que entre los árabes se llaman

vazzias, en las cuales casi siempre la ventaja es del que acomete.

El barranco, cortando bruscamente el terreno á gran profundidad, defendía la retaguardia como un foso imposible de traspasar. Delante del doble cordón de tiendas que se extendían á lo largo del barranco, se hundía y se levantaba el terreno, formando quiebras profundas y presentando continuas escabrosidades, que los caballos más ágiles y los jinetes más diestros no se atreverían á invadir.

El peligro de una acometida estaba en los flancos, y la tribu había puesto en los extremos de la línea que formaba el campamento toda su vigilancia. Ocupaba una posición estratégica, que á lo ménos por aquella noche le aseguraba la tranquilidad; así es que dormía á pierna suelta.

En el momento en que la oscuridad era más densa, y los ojos no distinguían ni los dedos de la mano, apareció en el borde de una ancha gruta la forma confusa de una sombra blanca, que permaneció un instante inmóvil.

Detras de aquella sombra apareció otra, y luego otra, y hasta cinco, que se confundieron en una, como si no fueran más que las partes de un todo.

Este grupo aparecía casi en medio de la línea que formaba el campamento, y á cincuenta pasos de una tienda que, adelantándose á las demas, dejaba ver apenas sus dudosos contornos.

El grupo permanecía inmóvil, cuando resonó á corta distancia el ladrido de un perro, que, como el alerta de un centinela, se repitió de trecho en trecho hasta perderse á lo lejos.

En el acto desaparecieron las sombras blancas, como si la tierra se las hubiera engullido ó se hubieran disipado en el aire.

Todo volvió á quedar en silencio, y á los dos minutos las sombras aparecieron de nuevo en el mismo sitio.

Entonces se destacaron del grupo dos ráfagas oscuras, que empezaron á deslizarse hácia la tienda, en las que un relámpago de luz habría descubierto dos hombres desnudos.

El perro que había ladrado ántes gruñó sordamente, y las dos ráfagas que se dirigian á la tienda se detuvieron, quedando en completa inmovilidad.

Poco despues una de estas dos últimas sombras se adelantó lentamente hasta confundirse con la sombra de la tienda.

Pasaron algunos minutos, y se oyó el relincho de un caballo; volvieron á ladrar los perros, y en el acto mismo comenzó á soplar un viento fuerte, formando ese rumor prolongado con que el aire suena al rasgarse en las asperezas de las rocas y en el ramaje de los árboles; rugía y silbaba á la vez, pasando impetuoso sobre las frágiles tiendas de la tribu dormida.

Los ojos perspicaces acostumbrados á distinguir un pelo blanco en un vaso de leche no hubieran advertido la sombra prolongada que, viniendo de la tienda, se acercaba pausadamente á la otra sombra que hemos dejado inmóvil en medio del camino.

Ambas sombras se confundieron al juntarse, y lentamente se alejaron hasta llegar al borde de la gruta en que esperaban las

sombras blancas. Allí desaparecieron, mientras el ladrido de los perros y el relinchar de los caballos se perdía en el rumor del viento, que se despedazaba en los peñascos, haciendo temblar hasta las raíces de los olivos silvestres que encontraba al paso.

Al amanecer la tribu agitada se puso en movimiento; de *duar* en *duar* corrió como una centella la noticia de que *Bel-Khrer* había desaparecido; el hermoso *Bel-Khrer*, rápido como el relámpago, orgullo de su raza, alegría de su dueño y gloria de la tribu; el arrogante hijo de *Ghrezala* y de *Rezky*, que llevaba colgados en la crin, que flotaba entre sus dos movibles orejas, todos los bienes de la tierra.

Cien jinetes, divididos en dos grupos de cincuenta caballos, se lanzaron en persecucion de los ladrones fugitivos, y otros, á pié, escudriñaron el barranco y registraron las asperezas del terreno por donde no podían penetrar los caballos, y sólo encontraron un alboroz blanco y la traba de hierro con que *Bel-Khrer* tenía sujetas las manos, que había sido cortada con una lima.

A la caída de la tarde volvieron los jinetes con la *cara amarilla*; esto es, con la cara triste, con la cara airada; habían corrido treinta y cinco leguas sin encontrar el rastro de los ladrones.

Era preciso tomar venganza de tan audaz agravio, y la tribu dispuso una *razzia*. ¿Contra quién? Contra la tribu de Beni-Addas, que hace el comercio de caballos y produce los mejores chalanes del Sahara.

Los cinco ladrones, arrastrados por la codicia de mayor lucro, y temerosos de la *razzia* con que había de vengarse la tribu á quien habían despojado del hermoso *Bel-Khrer*, no volvieron á su campamento, internándose en lo más espeso de los bosques y refugiándose á lo más áspero de las montañas.

La *razzia* se hizo aquella misma noche, y la carnicería fué espantosa y el saqueo horrible; la tribu de Beni-Addas fué destrozada, y se dispersó perseguida por el encono incansable de sus irritados enemigos; mas *Bel-Khrer*, el gran *Chareb er' ehh*, no pareció por ninguna parte. Los cinco ladrones

temieron á la vez el enojo de su jefe y la indignación de su tribu, aliada á la sazón de aquella á quien habían robado el bebedor de aire más famoso en todo el *Sahara* argelino; y aunque entre los árabes es un valiente el que roba al enemigo, si el robo es en perjuicio de la misma ó de alguna tribu aliada, entónces es una vergüenza.

En la culta Europa no somos tan escrupulosos; se despoja al enemigo vencido con el derecho brutal de la victoria, y se despoja al aliado indefenso con el derecho salvaje de la fuerza. Dígalo en estos momentos la bien castigada Francia, despojada de la Lorena y de la Alsacia por las armas de Prusia triunfante. Dígalo Italia, saqueada por la rapacidad del Piamonte.

Huyendo los cinco ladrones de la tribu de Beni-Addas del furor de sus enemigos y del furor de sus amigos, se fueron acercando poco á poco á la línea de las posesiones francesas en la Argelia.

Allí pusieron en venta á *Bel-Khrer*, prefiriendo á un comprador mahometano sobre todos los compradores, aunque para ello tu-

vieran que rebajar el precio del caballo; porque al fin eran unos ladrones honrados, que tenían su conciencia; unos buenos creyentes, que no querían echar sobre su alma el peso de una desobediencia á los preceptos del Profeta, que les prohíbe poner sus caballos en poder de los cristianos.

En esta ocasion, Miguel, que no habia conseguido éxito alguno en diferentes tentativas hechas para realizar su sueño de cazar leones, concibió el vivo deseo de adquirir un caballo de raza árabe por los cuatro costados.

Sus excursiones por toda la extension de la Argelia, y muchas veces fuera de ella, sus prodigalidades y su valor le habian granjeado la amistad de algunos; amistad sincera á pesar de que se trataba de un cristiano, español por más señas, nombre contra el que deben conservar los árabes particular ojeriza; pero esas amistades suelen hacerlas tambien los perros y los gatos.

Entre los amigos de Lanuza, compañeros de sus correrías, Si-ben-Atekhtar, gran cazador de gacelas, de avestruces y de antílopes, jinete consumado, que como Abd-el-

Kader cruzaba las espuelas sobre las ancas del caballo, prueba suprema de agilidad y de destreza entre los jinetes árabes, era el más íntimo. Habia hecho sus armas contra los franceses y se sometió de los últimos con los *Flittas*; pero se habia civilizado y era un europeo en toda la extension de la palabra; conservaba el traje y la religion de sus padres como recuerdos, pues en las costumbres era un frances como otro cualquiera. En cuanto á religion, su ardor se habia entibiado bastante, sin que la luz de la verdadera fe hubiera iluminado las tinieblas de su entendimiento. En una palabra, era un *sprit fort* vestido de moro.

Residia comunmente en Argel, donde más cómodamente podia satisfacer las necesidades de todos los vicios que por de pronto le habia llevado la civilizacion francesa.

Si-ben-Atekhtar juró por el Profeta proporcionarle á Miguel el mejor caballo del *Sahara*.

Su ojo experimentando descubrió al instante en *Bel-Khrer* al verdadero *Chareb er'ehh*, conoció la pureza de su raza y la per-

feccion de sus cualidades, y acercándose al que parecía su dueño, le dijo :

—Vende y ganarás.

El otro le contestó :

—Compra y ganarás.

—¿Es caballo comprado ó criado?

—No es caballo, contestó el *chalan*; es mi hijo. Descubre su lomo y recrea tus ojos.

—¿Qué quieres por él?

—Habla tú primero.

—No, habla tú.

—Corre como la pólvora, exclamó el *chalan*, y llega ántes que la vista. Por la cabeza del Profeta te juro que tiene alas en los piés; la bala que sale del fusil se desespera porque no lo alcanza. Ve un pelo negro en medio de la noche oscura. Monta sobre sus lomos, suena las espuelas contra los estribos y grita *Bel-Khrer*, y desaparecerás. ¿Has visto la centella que despedaza las nubes en las noches de tempestad? pues ése es *Bel-Khrer*, hijo de *Ghrezala* y de *Rezky*, de la raza de *Haymur*.—El Profeta ha dicho: Cada grano de cebada que le echas á tu caballo te

valdrá una indulgencia en el otro mundo. Delante de las doncellas relincha de alegría; y en los días negros, cuando el humo de la pólvora oscurece el sol, se regocija, porque todo lo entiende como un hijo de Adam..... Dale palabra y hablará como el Profeta; derribará á tu enemigo ántes que lo alcance la bala de tu fusil; sus cascos no tocan la tierra y puedes llevar en tu mano una taza de café sin derramar una gota; y bailaria sobre el pecho de una doncella sin lastimarla. Sobre el lomo de *Bel-Khrer* está el paraíso, porque es más suave que el regazo de una mujer. Su presencia ennegrece el corazon de los enemigos en las guerras en que los fusiles se tocan. Al ver á *Bel-Khrer* se olvida uno de su padre. Huye el último y llega el primero. Las yeguas del Sahara relinchan al oír sus pasos. *Bel-Khrer* es *Bel-Khrer*, porque no hay otro.

El comprador oyó tranquilamente todas esas hipérboles con que el *chalan* árabe ensalzaba las cualidades de su caballo, y luégo que hubo terminado, le dijo :

—Pide.

—Diez camellas, contestó, valen ménos que Bel-Khrer.

—Bien, añadió *Si-ben-Atekhtar*; tendrás para comprar doce camellas.

—Tú, dijo el *chalan*, me arrancas el corazón; llévatelo ántes que mis ojos se llenen de lágrimas.

El caballo pasó de manos de *Si-ben-Atekhtar* á manos de *Lanuzá*, consiguiendo de este modo un caballo admirable, cuya estructura reunía á la vez las condiciones del galgo, de la paloma y del camello veloz que los árabes llaman *Atahari*.

Atekhtar adiestró á nuestro héroe en el manejo de este noble animal, por el que sintió desde el principio un singular cariño.

Entre los inteligentes era *Bel-Khrer* en Madrid una joya inapreciable; tipo perfecto de una raza privilegiada, habia vencido en las últimas carreras de caballos á *Ofelia*, yegua inglesa que se dejaba atrás al aire y con la que no se atrevían á luchar los caballos más corredores. *Bel-Khrer*, como un verdadero noble, atestiguaba con los hechos la fama de su estirpe y la pureza de su sangre.

Llevaba los pergaminos de su ilustre abuelo en todo su sér. Su celebridad, extendida por todos los círculos, hacia resonar su nombre en los cafés y en los salones. *Bel-Khrer* era una fortuna; poseerlo era tener en el bolsillo los premios de todas las carreras, y movida la especulación por el incentivo de la ganancia y el lujo excitado por la vanidad, *Bel-Khrer* fué solicitado, ofreciéndose por él sumas considerables; pero su dueño no habria cometido nunca la traicion de venderlo; tenía orgullo en poseerlo, le profesaba un tierno cariño, y por nada en el mundo se habria separado de su hermoso caballo.

El inteligente animal correspondia también tiernamente á las caricias de su amo. Al oír la voz de Miguel relinchaba de alegría; habríase creído que entendia sus palabras.

—*Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, estoy triste, muy triste, decia Miguel, y el caballo relinchaba sordamente y golpeaba el suelo con sus negros cascos, de la misma manera que pudiera hacerlo un hombre lleno de pesadumbre.

—*Bel-Khrer*, estoy alegre, muy alegre, decía Miguel; y el relincho del caballo resonaba brillante como los toques de un clarín de guerra, y alzaba las manos como si quisiera saltar de alegría.

Lanuza había encontrado en el noble animal un refugio contra las adversidades de su destino, y el caballo le había hecho olvidar muchas veces terribles desgracias. Le profesaba admiración, cariño y agradecimiento.

Un día que Lanuza tuvo que quedarse en cama, y no pudo, por consiguiente, hacer á *Bel-Khrer* sus visitas ordinarias, cuidándolo él mismo y sirviéndole él mismo el pienso, el caballo comió apenas y estuvo inquieto y triste.

Llegó el caballo á tomarle aversión á un mozo de cuadra zafio y brutal, y no podía verlo sin irritarse. Una vez consiguió cogerlo y lo derribó delante del pesebre, y lo iba á destrozár bajo sus manos cuando los gritos del pobre hombre atrajeron á Miguel, que viendo el peligro del mozo, se lanzó gritando con acento irritado:

—¡*Bel-Khrer*, *Bel-Khrer*!

Bel-Khrer se quedó inmóvil con la cabeza erguida y las orejas tiesas como si lo hubieran clavado en el suelo.

Entonces se acercó y ayudó al mozo á levantarse. Se había hecho éste una ligera herida en la cabeza, y Miguel mismo lo curó cariñosamente en presencia del caballo, que movía las orejas sin apartar los ojos de la escena que tenía delante. Curado el mozo, hizo Miguel que se acercara al caballo y lo acariciara; el animal permaneció quieto. Desde aquel día *Bel-Khrer* no volvió á meterse con el mozo de cuadra.

Huyendo Miguel de los dos últimos años de su vida como de un sueño penoso, se había refugiado su memoria en recuerdos anteriores, y no teniendo en el mundo más amigo que á *Bel-Khrer*, á él solo le confiaba el íntimo secreto de su pensamiento; así es que le hacía oír muchas veces el nombre de Magdalena, sobre todo en las ocasiones de más empeño.

—*Bel-Khrer*, decía Miguel en voz baja, Magdalena te mira.

Y el caballo redoblaba su gallardía dila-

tando las aberturas de sus narices rasgadas como las bocas de los leones.

— *Bel-Khrer*, Magdalena nos espera.

Y el inteligente bruto tendía en el aire sus manos como dos alas, y la tierra huía debajo de sus pies.

— *Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, aquí está Magdalena.

Y el arrogante animal reprimía el ímpetu de su carrera y se detenía piafando.

Tan hermoso caballo era la admiración de las gentes, y su celebridad puso en moda á los caballos árabes. Se trajeron magníficos potros y arrogantes yeguas, pero ninguno logró oscurecer su gloria. Como había dicho el chalan, *Bel-Khrer* era *Bel-Khrer*, porque no había otro.

Miguel era feliz con su caballo, y empezaba á creer que, en efecto, todos los bienes del mundo estaban colgados en la crin que flotaba sobre sus ojos.

Tal era *Bel-Khrer Charel er" eh*, bebedor de aire.

CAPÍTULO II.

Lord Walbrook.

Los ingleses lo hacen todo con suma formalidad, y acaso sea el único pueblo del mundo que ha conseguido reirse seriamente.

Nos llena de admiración y hasta de envidia el respeto que el inglés profesa á la ley.

En el teatro de no sé qué condado ocurrió que el taconeó de las botas sobre el entarimado de la sala producía un ruido desagradable, y este ruido, causado por los concurrentes que entraban despues de alzado el telon, interrumpía la atención de los espectadores, defraudándolos de una parte del espectáculo. El público se quejó del abuso, y la autoridad, como si dijéramos el alcalde constitucional de cualquiera de nuestras villas, ó lo que es ménos aún, el Gobernador

tando las aberturas de sus narices rasgadas como las bocas de los leones.

— *Bel-Khrer*, Magdalena nos espera.

Y el inteligente bruto tendía en el aire sus manos como dos alas, y la tierra huía debajo de sus pies.

— *Bel-Khrer*, hermoso *Bel-Khrer*, aquí está Magdalena.

Y el arrogante animal reprimía el ímpetu de su carrera y se detenía piafando.

Tan hermoso caballo era la admiración de las gentes, y su celebridad puso en moda á los caballos árabes. Se trajeron magníficos potros y arrogantes yeguas, pero ninguno logró oscurecer su gloria. Como había dicho el chalan, *Bel-Khrer* era *Bel-Khrer*, porque no había otro.

Miguel era feliz con su caballo, y empezaba á creer que, en efecto, todos los bienes del mundo estaban colgados en la crin que flotaba sobre sus ojos.

Tal era *Bel-Khrer Charel er" eh*, bebedor de aire.

CAPÍTULO II.

Lord Walbrook.

Los ingleses lo hacen todo con suma formalidad, y acaso sea el único pueblo del mundo que ha conseguido reirse seriamente.

Nos llena de admiración y hasta de envidia el respeto que el inglés profesa á la ley.

En el teatro de no sé qué condado ocurrió que el taconeó de las botas sobre el entarimado de la sala producía un ruido desagradable, y este ruido, causado por los concurrentes que entraban despues de alzado el telon, interrumpía la atención de los espectadores, defraudándolos de una parte del espectáculo. El público se quejó del abuso, y la autoridad, como si dijéramos el alcalde constitucional de cualquiera de nuestras villas, ó lo que es ménos aún, el Gobernador

civil de cualquiera de nuestras provincias, se consideró en la obligación, vista la queja, de mantener al público en la legítima integridad de sus derechos, é hizo saber por medio de un aviso formalmente puesto en la puerta del teatro, que se prohibía entrar haciendo ruido con las botas despues de comenzado el espectáculo, imponiendo á los contraventores la multa proporcionada á la gravedad de la falta.

Yo tengo la pretension de creer que en casi todas las penas pecuniarias hay cierta inmoralidad, pues viene á ser como poner en venta las infracciones de las leyes; lo cual constituye una desigualdad monstruosa en estos tiempos de igualdad ante la ley, mientras la escuadra de la civilizacion moderna no nivele las obstinadas diferencias de las fortunas.

No recuerdo en qué ciudad de la antigua Grecia, probablemente en Aténas, se impuso la pena de unos cuantos óvolos al delito de una bofetada, y un griego de genio y de dinero se mofó del Areópago, comprando por un puñado de monedas la facul-

tad de abofetear á todos sus conciudadanos.

Mas téngase en cuenta que en la práctica Inglaterra, tal vez más que en otro pueblo alguno, el dinero es la parte más temible del ciudadano, y se le ha hecho responsable ante la ley de todas las faltas y de algunos delitos; todo lo paga el dinero, lo cual equivale á reconocer que es el autor convicto y confeso de casi todas las miserias humanas; y hé aquí por qué sin duda la rica Inglaterra se cree con derecho á muchas iniquidades.

No obstante, un Baronet, demasiado formal para no tomar sériamente lo dispuesto por la autoridad, se presentó una noche en el teatro despues de comenzado el espectáculo, hundiendo el entarimado de la sala con golpes acompasados, algo distantes entre sí, como si anduviera con una pierna sola.

La autoridad hizo comparecer ante su presencia, dentro de los términos legales, al agresor, que con el mayor respeto acudió á la cita.

El alcalde, digámoslo así, le habló poco más ó menos en estos términos:

—Caballero, está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con las botas despues de empezado el espectáculo, y habeis incurrido en la multa señalada para este caso.

Traducida libremente la respuesta del Baronet á la interpelacion de la autoridad, fué ésta:

— Señor, amo á Inglaterra con todo mi corazon; soy inglés, y si no lo fuera querria serlo; pertenezco á los tres reinos unidos en cuerpo y alma. Si no existiera Inglaterra, ¡qué sería del mundo! Lóndres es la primera capital de Europa, y el Támesis el primer río de la tierra; somos blancos como la plata y rubios como el oro. Miéntas hay todavía pueblos que viven esclavos bajo el yugo de una religion, nosotros, protestantes, tenemos ciento setenta sectas, inclusa la de los Mormones, que cuentan con cuatro capillas en Lóndres, cuando los odiosos yankees no se atreven á consentirlos en las grandes poblaciones de la orgullosa república. Soy inglés, señor, y he comprado alguna vez á peso de libras esterlinas los votos de mis conciudadanos, para llenar un hueco en la

Cámara de los Comunes. Inglaterra es un águila que se cierce sobre los mares; tenemos una supremacía incontestable sobre todas las naciones de Europa; el gobierno parlamentario, que no cabe ni en Francia, ni en Italia, ni en España, ni en Austria, ni en Prusia, ni siquiera en Bélgica, cabe holgadamente en Inglaterra, porque Inglaterra es grande. Las naciones que nos imitan se pierden, como se perdería el buho que quisiera elevarse á las regiones donde vuelan las águilas. Ser inglés es algo más que ser hombre. Soy inglés, señor, y amo á Inglaterra; mi respeto á la ley es más profundo que el mar, y hé aquí por qué no puedo pagar la multa que me exigis.

Abrió la autoridad una boca enorme, arqueó sus escasas cejas como diciendo: explicaos, y el Baronet se explicó de este modo:

— Está prohibido entrar en el teatro haciendo ruido con *las botas* despues de empezado el espectáculo, ésta es la ley; pues bien, yo entré haciendo sonar *una sola bota*, porque la otra la llevaba en la mano; me hacia daño, y me la quité al entrar; éste es el hecho.

La formalidad con que el Baronet pronunció estas palabras no era menor que la formalidad con que las oyó el magistrado. Eran dos hombres graves, dos hombres serios, que se hallaban frente á frente de una cuestion inmensa: la fiel inteligencia de un punto de ley; mas como para el espíritu preciso y positivo del inglés la ley no dice nunca más que lo que dice; el juez, esclavo, no de la ley, sino de la letra, bajó la cabeza, reconociendo que el Baronet no habia infringido su mandato.

Entre nosotros, mucho ménos formales que los ingleses, mucho ménos juiciosos que los sesudos hijos de la vieja Inglaterra, no habria ofrecido el caso duda ninguna; mas para el genio aritmético de un inglés, tratándose, sobre todo, de la fiel inteligencia de la ley, una bota no es lo mismo que muchas botas.

Digo, pues, que el magistrado dobló la cabeza y declaró al Baronet inocente de la falta que le habia atribuido.

A dia siguiente la disposicion adoptada para mantener al público en la legítima in-

tegridad de su derecho, apareció corregida en estos términos:

«Se prohíbe entrar en el teatro haciendo ruido con UNA Ó MÁS BOTAS despues de comenzado el espectáculo.»

No respondo de la verdad histórica del caso que acabo de referir, pero me parece que convendrémos en que *se non è vero, è ben trovato*, lo cual probará que es una manera feliz de dar al mundo idea cabal del respeto universalmente reconocido que los ingleses profesan á la ley.

Mas no se crea que son únicamente formales en sus relaciones con la autoridad; son igualmente serios en las relaciones particulares de ciudadano á ciudadano, y en las relaciones del ciudadano con la sociedad.

El inglés es siempre el mismo; eminentemente sociable, no falta nunca á las formas frias de la educacion más correcta, y á mi juicio, es un hombre que hasta para dormir usa el frac y la corbata blanca.

Hablo de esa Inglaterra que, reuniendo la aristocracia de la sangre y la del dinero, se levanta orgullosa sobre todas las naciones.

Hablo de esa Inglaterra que empieza en el baronet y sube hasta el lord; que empieza en el fabricante y acaba en el banquero; porque debajo de esa Inglaterra existe la plebe más abyecta del mundo. Medida Inglaterra desde la encumbrada altura del lord hasta la última profundidad de la sociedad inglesa, nos dará una extensión espantosa. Es verdaderamente una estatua colosal, que tiene el cuerpo de oro y los pies de barro. Esta Inglaterra subterránea empieza precisamente donde empieza el lodo de Londres, porque ella es el lodo mismo.

La formalidad se lleva entre los ingleses á los más severos términos, y han llevado los escrúpulos de su conciencia austera al extremo de considerarse á sí mismos incapaces de contratar despues de comer; no se creen hombres sino en ayunas. Piensan de sí mismos lo que la mujer de Siracusa pensaba de Dionisio el tirano.

Cuentan que un inglés se encontró una noche en el club ó en el café á cierta distancia de una persona desconocida, que en una mesa colocada enfrente de la suya apuraba

tranquilamente repetidas copas de ron, del verdadero ron de la Jamaica, observando con la curiosa impassibilidad de los hijos de la Gran Bretaña al personaje desconocido que tenía delante, inspirándole, al parecer, un interés particular, pues no le quitaba ojo.

Acertó á pasar por allí un amigo, al cual le preguntó :

—¿Conoceis á aquel caballero que bebe ron en aquella mesa?

—No, contestó el amigo; no le conozco.

Pasaron algunos minutos, y el personaje desconocido continuó bebiendo y nuestro inglés mirando.

Un segundo amigo pasó por delante de la mesa de este último y se acercó á saludarle.

—Y bien, preguntó despues de contestar al saludo. ¿Quién es aquel caballero que bebe ron en la mesa de enfrente?

—Sí, respondió el otro despues de examinar atentamente á la persona que se le designaba; no puede desconocerse; seguramente es un irlandés; se les conoce á primera vista.

—¿Lo tratais?

—¡Oh! imposible; no lo trato, porque ya sabéis que los irlandeses son intratables.

Poco despues se acercó á la mesa un tercer amigo, al que le fué dirigida la misma pregunta.

—Sin duda, contestó el recién llegado; lo conozco.... es un irlandés de ilustre familia, pariente, aunque lejano, del famoso O'Connell. Justamente he venido aquí en su busca; visita por primera vez á Lóndres, y me lo tiene recomendado una casa amiga de Irlanda.

El primero de estos dos interlocutores preguntó de nuevo:

—¿Podeis presentarme á ese caballero?

—Sí, contestó el segundo, y le haré en ello un buen servicio, pues no conoce á nadie, y vos sois un excelente amigo.

Ambos se dirigieron á la mesa del irlandés, y se hizo la presentacion en los términos breves y precisos que hay establecidos.

Terminada esta indispensable ceremonia, el inglés presentado, dirigiéndose al irlandés, le dijo:

—Caballero, no he podido dirigiros ántes la palabra, pues venis por primera vez á Lóndres y nadie os conoce. Felizmente he encontrado quien os conozca y me presente á vos, de cuya existencia en el mundo no tenía noticia ninguna por no haber visto jamas vuestro nombre en las columnas del *Times*. Ahora, que ya puedo dirigiros la palabra, me apresuro á poner en vuestro conocimiento que hace media hora que desde la mesa en que me hallaba he observado que os estais quemando el gaban.... Ved, caballero, ved el humo, que confundiéndose con el de vuestra pipa, se esconde para que no veais de dónde sale.

El irlandés vió entónces que en efecto ardia su abrigo lentamente, formando el fuego sobre la tela de lana un círculo, grande ya como un peso duro, y con toda la calma irlandesa que encontró á la mano dió cumplidamente las gracias al inglés por el obsequio que acababa de hacerle, y acudió luégo á detener el incendio, que amenazaba tomar serias proporciones.

Tampoco respondo de la autenticidad de

este caso, y sólo lo cito, como el anterior, para que se advierta la idea que ha formado el mundo de la formalidad inglesa; cualidad que nosotros, locos de atar, botarates de todos los tiempos, no podemos apreciar en todo lo que vale.

Se ha dicho que los franceses hacen bien el amor, la comedia y la guerra, y aunque en los momentos actuales (21 de Abril de 1871) ofrezca lo último algunas dudas, hay que tener en cuenta que la Francia moderna no es la antigua Francia, y que por consiguiente, como nosotros, que seguimos sus pasos, ha tenido que perder mucho para ganar algo; especulación conocida con el nombre de quiebra.

En cambio los ingleses hacen muy bien todo lo que hacen, incluso el amor, la comedia y la guerra.

El amor, porque aun cuando el inglés está á punto de suicidarse de puro *spleen* á cada hora del día, no ofrece la larga estadística de los suicidios en Inglaterra muchos ejemplos de amantes desesperados.

La comedia, porque en el gran teatro del

Gobierno, nadie en el mundo hace con más perfeccion que ellos la farsa representativa.

La guerra, porque rara vez se meten en ella sin llevar á alguno por delante. Unas veces son los franceses, otras veces los españoles y otras veces los prusianos; ellos, en fin, se han reido muy formalmente de la pólvora, enseñando á Europa desde la India cómo se puede hacer la guerra con ópio.

Por lo demas, Inglaterra es el gran bazar de Europa; y preciso es confesarlo, estos grandes mercaderes tienen tambien su conciencia, de tal suerte que las manufacturas inglesas pueden tomarse á cierra-ojos, aunque para ello sea preciso ir con los bolsillos demasiado abiertos. En este punto nadie puede en Europa competir con Inglaterra..... Hasta el vino de Jerez, que es el padre de los vinos, es mejor en Lóndres que en Andalucía.

Ademas de las diversas cualidades que son necesarias para ser inglés, es casi absolutamente indispensable la excentricidad. La excentricidad no es la locura. Un inglés tiene demasiado seso, demasiado juicio para

33843

volverse loco, pero es la manía de la originalidad. Es una especie de carta blanca, que tiene el inglés para poder hacer una porcion de cosas, que quizá les están prohibidas al resto de los mortales.

Leí, no recuerdo dónde, que un inglés se enamoró de una hermosa jóven llena de gracia y de talento, pero que como no hay nada perfecto en el mundo, la pobrecilla era coja. Probablemente esta desgraciada circunstancia sería el incentivo más poderoso que daría pábulo al amor en el corazon del inglés enamorado, porque siendo bastante original prendarse de una cojera, no habia de perder tan buena ocasion de dar al mundo testimonio de su excentricidad. Y acaso procedia con profundo juicio, pues aunque por lo que hace á ella, no era entrar con buen pié, él, en cambio, sabía á punto cierto el pié de que cojeaba; cosa que no es fácil averiguar á primera vista en las mujeres.

Ello es que el buen inglés estaba enamorado, y con toda la formalidad debida hizo presentes sus pretensiones; pero ella era tambien inglesa, y por consiguiente excéntrica,

y rechazó las proposiciones, diciendo:

—Caballero, sois muy digno de aprecio, porque os adornan cualidades que justamente merecen ser estimadas, y no os ocultaré que os profeso un cordial afecto; pero, amigo mio, no os amo, porque no puedo amaros; y vos mismo haréis justicia á las razones que me asisten para cerrar mi corazon á todo cariño demasiado tierno.

El enamorado caballero suspiró impasiblemente, y ella, sonriendo con toda la seriedad de una jóven inglesa bien educada, continuó hablando de esta manera:

—Yo pudiera pasar de la estimacion que me inspirais á otra clase de sentimiento, y no dudo que vos, incapaz de engañarme, me amais en este momento; mas, ¿estais seguro de que no os engañais á vos mismo?..... ¿No se os ocurre la idea de que al querer hacer mi felicidad, podeis hacer mi desgracia y la vuestra?..... Hablemos con franqueza: para llamar la atencion de un hombre se necesita poco, los más frágiles encantos lo consiguen; para fijar por algunos dias su pensamiento se necesita algo más, pero bas-

ta con saber disimular los defectos y escon-
der las imperfecciones; pero, ¡ah! para con-
servar su corazón se necesita mucho, mu-
cho, mucho..... Un encanto diario que lo
sorprenda, un nuevo atractivo que lo cauti-
ve, una gracia continuamente renovada, que
mantenga vivo en su imaginación el fuego
del afecto. La mujer, sin dejar de ser la mis-
ma, es preciso que sea á cada momento otra.
Hay que añadir todos los días un nuevo es-
labón á la cadena con que debemos sujetar-
los. Los hombres suelen enamorarse de mu-
jeres feas, porque hay defectos que se ar-
monizan entre sí, y suelen formar conjuntos
seductores; mas hay desgraciadas imperfec-
ciones que el talento no puede hacer olvidar,
y que son como una sombra, bien triste por
cierto, que oscurece toda hermosura. Imper-
fecciones ridículas, que unas veces despiertan
la compasión, y otras veces la risa. Com-
pasion que aceptamos con mucha pena, risas
que advertimos con resignación bien amar-
ga. Hé aquí, caballero, por qué no puedo
amaros. Huiriais de mí bien pronto, y ya sa-
beis que mi defecto no me permitiría seguiros.

Ella no dijo más y él guardó silencio. No
quiso, ó no pudo, ó no supo contradecirla, y
no volvió á insistir en sus pretensiones; y
como si hubiera querido demostrar que re-
nunciaba completamente á ellas, desapareció
hasta del club, llegándose á sospechar si se
lo habria tragado la tierra.

Así pasaron dos meses.

Habian salido á la sazón de Inglaterra
dos expediciones: una se dirigia á los mares
del Norte en busca de los hielos eternos que
circundan el polo; la otra iba á intentar nue-
vas exploraciones en el centro de África, ar-
rostrando la muerte por encontrar el naci-
miento del Nilo. Se habian puesto en moda
estos atrevidos viajes, que eran por entónces
el encanto y el orgullo de los ingleses. Nues-
tra ladi supuso que su amante desahuciado
habria tomado parte en alguna de esas dos
expediciones, y le deseó un éxito feliz ó una
muerte gloriosa, y pensaba en los atrevidos
expedicionarios como pensaba toda Ingla-
terra.

A los dos meses le fué anunciada un día la
visita de su pretendiente, y aunque á un in-

glés le está prohibido asombrarse de nada, las inglesas suelen permitirse ciertas sorpresas; así es que se apagó un tanto el suave matiz de sus mejillas al verlo en su presencia.

Inmediatamente notó con la apacible perspicacia de sus ojos azules, serenos y hermosos, que aquel rostro que inesperadamente aparecía, se hallaba demudado, y que una palidez bastante notable hacía resaltar el color rubio de sus correctas patillas, del mismo modo que brillan los rayos del sol sobre un celaje blanco, y ocultando su sorpresa en la forma que le fué posible, lo saludó diciendo:

—Caballero, os hacía en el Senegal ó navegando por el estrecho de Bering.

—Señora, contestó él, vengo con nuevos títulos á insistir en mis pretensiones.

—¡Oh!..... exclamó ella.

—Sí, añadió él.

—Nuevos títulos, replicó, que serán tal vez nuevos y mayores inconvenientes. Pero ¡qué veo! añadió sin disimular su asombro. Esto es inexplicable; sentaos, caballero, sentaos.

Aunque con algun trabajo, el jóven in-

glés se sentó, presentando á los ojos atónitos de la bella coja dos piernas y un solo pié.

—Explicadme esto, exclamó; ¿cómo os ha sucedido esa desgracia?..... ¡Habeis perdido una pierna!.....

—Sí, respondió. He perdido una pierna para ganar un corazon; me parece que no es mal negocio. Sin pierna se anda, pero sin corazon no se vive.

En el rostro de la inglesa brillaron dos lágrimas, y en el semblante del inglés resplandeció un relámpago de impasible alegría.

Se habia hecho cortar una pierna para disipar los escrúpulos de la hermosa lady, y habia encontrado cirujano que se la cortára; porque, admirémonos, porque en Inglaterra se encuentra todo.

Como se debe suponer, ella no pudo resistirse á una prueba tan terminante, tan expresiva, tan sublime, y digámoslo así, tan excéntrica, de cariño, de pasion, de locura, y se casaron cada uno segun las formalidades de su secta.

El suceso obtuvo una justa celebridad, y por algunos dias *hicieron furor* las mujeres

defectuosas; mas pasó el encanto de la novedad, el caso se hizo viejo y cesó el peligro de que resultáran mancos, cojos y tuertos las dos terceras partes de los ingleses.

Se miró el asunto más friamente, y se con vino en los *clubs* y en los salones en la exactitud de estas dos observaciones.

Primera: Que ella andaba mal.

Segunda: Que él tenía un pié en la sepultura.

No cuenta la historia de este suceso si los esposos fueron felices, sin duda porque la felicidad es una cosa demasiado íntima, que no se averigua fácilmente, y el historiador discreto no quiso meterse en semejantes honduras. En cambio asegura que fueron padres una sola vez, naciendo de ellos un niño, que se llamó despues lord Walbrook, cuyo nombre, como ya hemos visto, sirve de título al capítulo presente.

Lord Walbrook heredó ántes de cumplir los veinte y cinco años toda la fortuna de sus padres, y poco despues la de una tia carnal, que se empeñó en no casarse, porque el hombre, que segun decia ella pudo hacer-

la feliz era primo hermano suyo; y se la metió en la cabeza la idea de que semejante matrimonio era absurdo, en atencion á que sus hijos, si llegaba á tenerlos, habian de ser al mismo tiempo sus sobrinos, y esta confusion le era sumamente desagradable; no cabía dentro del método riguroso con que queria ver todas las cosas; estaba fuera del orden de sus ideas.

Hé aquí cómo discurría:

—Los hijos de mi primo tienen que ser necesariamente mis sobrinos, sea la que quiera la mujer que los dé á luz; pues bien, si esa mujer soy yo, resultaré inapelablemente madre de mis sobrinos, y eso es inconcebible.

Hacia este argumento con tanta formalidad, con tan seria conviccion, que el primo desistió de su empeño, y ella, desesperada de no poder casarse con su primo, juró que no se casaría nunca, y cumplió su palabra pasando muy tranquilamente el resto de sus días.

Por esta circunstancia heredó lord Walbrook las respetables rentas de su respetable

tia, reuniendo bastante fortuna para enviar un buen número de individuos á la Cámara de los Comunes.

Después de largos y repetidos viajes en que casi le dió la vuelta al mundo, se refugió de nuevo en Lóndres como el águila en su nido, tendiendo con frecuencia sus ricas alas hácia París, donde se le disputaban las bellezas más espirituales, sin conseguir arruinarlo. Poseía una fortuna á prueba de bomba; esto es, á prueba de París, feria perpetua de todos los vicios.

A pesar de su espléndida bodega, de sus magníficos caballos y de sus hermosos perros, Lord Walbrook dió en pensar que era demasiado triste vivir bajo el peso de tantas libras esterlinas, y el *spleen* comenzó á tomar en su ánimo serias proporciones; y por distraerse de la gravedad de sus propios pensamientos, dióse á discurrir una muerte original, verdaderamente excéntrica, que hiciera las delicias de los ingleses.

Es indudable que cuesta más trabajo nacer que morir; pero lord Walbrook no se avenía á una muerte insignificante, á una

muertecilla vulgar y ramplona; esto es, á una muerte de mala muerte. Arrojarle al Támesis no podía ofrecer novedad ninguna; lanzarse desde la torre de San Pablo no era tampoco una muerte espiritual, que pudiera sorprender á nadie por lo nuevo del caso; el veneno le parecía prosáico y patibulario; saltarse la tapa de los sesos de un pistoletazo le parecía á sí mismo repugnante y vulgarote; es el medio de que se valen los que tienen miedo de matarse, y era á sus ojos un suicidio irreflexivo, desesperado, cobarde. Además, Lord Walbrook, excesivamente pulcro en el aseo de su persona, se horrorizaba ante la idea de verse con la cabeza rota y el rostro manchado, y su corazón filantrópico se resistía á dar al género humano un espectáculo de sangre.

Le quedaba el recurso de una cuerda de cáñamo, de la que podía colgarse muy tranquilamente, teniendo ántes la precaución de sujetarla por cualquiera de los extremos á un punto bastante alto, porque Lord Walbrook no era bajo, y bastante sólido, porque, como buen inglés, era un hombre grave. Mas este

recurso no ofrecía más originalidad que los anteriores, teniendo en contra una circunstancia que lo hacía inadmisibile. La cuerda es el instrumento con que el verdugo aplica la última pena á los grandes criminales, y el *spleen* no es delito en ningun código del mundo. Vamos, el desgraciado lord no encontraba árbol de que ahorcarse, y cosa bien natural, su horror á la vida se aumentaba en razon de las dificultades que le impedían deshacerse de ella.

Cuando su razon serena y fria llegó á este convencimiento, comprendió en toda su extension la desventura que como una montaña de plomo pesaba sobre su espíritu. Se veía condenado á vivir y no encontraba suplicio más penoso; se consideraba preso en la cárcel de su existencia, prisionero en la fortaleza de la vida, condenado, en fin, al trabajo forzado de respirar y dormir, de comer y beber; en una palabra, de vivir; tormento que envolvía su ánimo en una niebla de tristeza más espesa y más sombría que la niebla de Lóndres.

Cierto día brilló en su alma el sol de una

feliz idea al traves de las densas brumas que oscurecían el horizonte de su vida; había entrevisto la manera de escalar su prision y vió textualmente el cielo abierto.

Concibió la idea de hacer construir un globo magnífico de gran resistencia y con todas las condiciones necesarias para elevarse á las mayores alturas, á esas alturas inexplorables en que, faltando la presion atmosférica, es imposible la vida.

Esperaria la ocasion oportuna en que los vientos, soplando discretamente, empujarán el globo hácia las soledades tempestuosas del Océano, y allí, elevándose entre el doble azul del mar y del cielo, subiria á buscar la muerte en el grandioso silencio de las últimas capas de la atmósfera, teniendo sobre su cabeza el espacio y á sus piés el abismo, encima la serenidad del firmamento y debajo las tempestades de la tierra; sobre su frente los rayos del sol y bajo sus plantas los rayos de las nubes.

Satisfecho de las magnificas proporciones de su idea, y sonriendo de orgullo ante la grandeza de su pensamiento, dispuso inme-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"ALFONSO REYES"
núm. 1625 MONTERREY, MEXICO

diatamente la construcción del globo, que había de corresponder por su perfección y por su belleza á la magnitud del objeto.

Quedó terminado el globo, siendo en verdad un prodigio de arte y de ciencia. Por medio de un aparato hábilmente dispuesto, Lord Walbrook podría hacer que se elevára ó descendiera, segun su voluntad. Lóndres se despoblaria por ver este prodigio, ignorando el verdadero objeto á que se destinaba, y presumiendo que serviria para llevar á feliz término alguna exploracion científica. Ignoraria del mismo modo quién fuese el atrevido viajero que iba á surcar los aires, suspendiéndose entre el cielo y la tierra; porque el astuto Lord habia tenido buen cuidado de guardar el más riguroso incógnito para que la sorpresa fuese completa.

Una persona de toda su confianza habia intervenido en el asunto, guardando toda la reserva necesaria.

El programa de la función era el siguiente:

El día destinado para la ascension se anunciaría algunas horas ántes, las absolutamente

necesarias para que todo Lóndres pudiera asistir á presenciar el espectáculo, que causaria tres efectos seguros.

Colocado el globo en el lugar conveniente, se prepararia para la ascension, y en el momento de elevarse apareceria Lord Walbrook en traje de camino, y grave y silencioso, tomaria asiento en la elegante barquilla suspendida del globo, impaciente por lanzarse al espacio. El nombre del Lord correria de boca en boca.

Este sería el primer efecto.

En el instante mismo se le abandonaria á su propio impulso y comenzaria á elevarse siguiendo la dirección del viento con esa desdenosa majestad con que los globos se alejan de la tierra.

Entónces Lord Walbrook se inclinaria graciosamente sobre la multitud, y tendiendo el brazo en el aire, dejaria caer un pliego cerrado dirigido al Lord Corregidor.

Éste sería el segundo efecto.

El globo desaparecia pronto de la vista de los espectadores y la curiosidad pública se volveria inmediatamente hácia el contenido

de aquel pliego misterioso. La multitud acudiría á la casa del Lord Corregidor, ansiosa de saber qué singular secreto se encerraba en la carta.

Aquella misma noche circularia por la gran ciudad el secreto de la carta; se sacarian innumerables copias, los periódicos la imprimirían instantáneamente, se multiplicarian las ediciones, y el telégrafo, puesto en movimiento con la velocidad del rayo, enviaria á todos los extremos del Reino Unido la noticia del suceso.

La carta debia decir lo siguiente :

«Ingleses : He recorrido el mundo en largos viajes y no he encontrado nada mejor que Inglaterra; he recorrido á Inglaterra y no he encontrado nada mejor que Lóndres. Ahora bien, un inglés que se cansa de vivir en Lóndres no encuentra sobre la tierra lugar alguno en que pueda vivir sin cansarse de la vida, y yo he dicho : Del mundo Europa, de Europa Inglaterra, de Inglaterra Lóndres, de Lóndres al cielo. Aquí teneis el motivo de mi último viaje. Os dejo para siempre, pero al abandonar á Inglaterra bus-

co la eternidad. De Lóndres al cielo. Para ser inglés no basta nacer en Inglaterra, es preciso morir en el espacio, escalar las nubes y lanzar desde allí sobre la tierra el último suspiro. ¡Gloria á Inglaterra!—LORD WALBROOK.»

El efecto que causaria esta carta sería el tercer efecto.

Todo estaba dispuesto : se habia insinuado el viento favorable y las nieblas de Lóndres se tendian hácia el Océano, dejando ver las huellas del aire, del mismo modo que se marcan en la arena las huellas del agua. Pero Lord Walbrook era desgraciado, muy desgraciado.

Un periódico de New-York despedazó sus esperanzas con el relato implacable de un suceso que venia á quitar al proyecto de Walbrook toda su grandiosa originalidad.

El periódico referia lo siguiente :

«Hace dos meses que M..... Black visitó á todos sus amigos, despidiéndose para un largo viaje, cuyo término seria la luna, donde por de pronto pensaba fijar su residencia. Del mismo modo escribió á sus amigos au-

sentés, reiterando á todos las seguridades de su consideracion y de su afecto, y prometiéndoles mantener en afectuosa correspondencia tan estimables relaciones, y ofreciéndoles á la vez parte en todos los negocios que emprendiera, que de seguro serian soberbios negocios en atencion á que la luna es un país poco explotado.

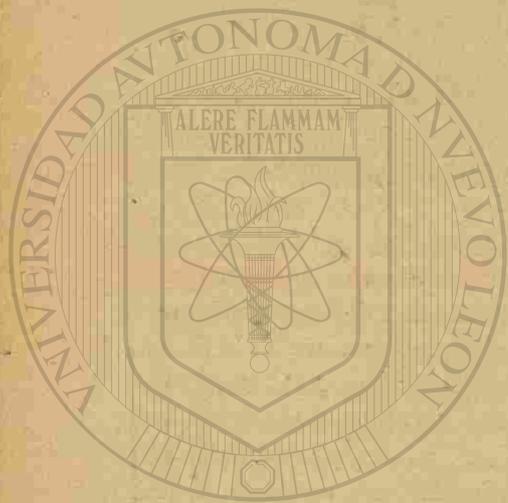
»En efecto, M.... Black dispuso su viaje y se elevó en un globo, que desapareció en el horizonte, sin que se haya tenido noticia alguna del viajero. Hay quien espera cartas de M.... Black, y se calcula el tiempo que ha debido invertir en el viaje, para hacer entender á los incrédulos que no ha podido aún llegar la carta, aunque la haya escrito á vuelta de correo.

»El hecho es auténtico y se trasluce en él un suicidio originalísimo, porque M.... Black, que era muy emprendedor, estaba arruinado.»

Este relato fué una puñalada que traspasó el corazón de Lord Walbrook. Su gran proyecto vino á tierra, y tuvo que sentarse para no caer bajo el peso de tan tremendo golpe.

—¡Ese ladrón, decía, me ha robado mi idea.... ese yankee imbécil se ha atrevido á hacer lo que ha pensado un lord de Inglaterra....!

Entónces, comprendiendo que le era imposible morir dignamente, resolvió vivir, como vamos á ver en el capítulo que sigue.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO III.

La berlina misteriosa.

Verdaderamente para un inglés resuelto á morir debe ser caso de profunda desesperacion deberle la vida á un yankee M.... Black, anticipándose á buscar la muerte en las mudas soledades del espacio, despidiéndose de sus amigos ántes de emprender tan largo viaje, cerraba sin duda el camino á la empresa de lord Walbrook. Despues del relato que hemos leído en el periódico de Nueva-York, el intento de nuestro inglés carecia de originalidad, quedaba despojado de la gracia necesaria para causar en el mundo el efecto apetecido, y no habria pasado de ser una imitacion deplorable, que no hubiera sorprendido á nadie.

¿Pero no habria otra manera de salir del

paso con mayor brillantez?..... ¿No habria otra muerte más digna, más ática, más nueva, más excéntrica, más sorprendente, más espiritual, que levantára sobre la fama de la gran república el nombre glorioso de la Gran Bretaña?.....

No; lord Walbrook no encontraba otra; su idea rayaba en los últimos límites del ingenio humano, pertenecía á lo más sublime del arte, y era imposible encontrarle sustitucion á su malogrado pensamiento. Todo nuevo proyecto, por feliz que fuese, tendria siempre un terrible escollo y quedaria oscurecido ante la novedad del suceso de Nueva-York. Era, pues, preciso vivir á lo ménos por algun tiempo, mientras no se disipára la gloria del yankee, que extendian por el mundo las hinchadas trompas de la fama.

Lord Walbrook aplazó su muerte y emprendió nuevos viajes, llevando en su pensamiento la idea fija de morir en la ocasion más oportuna, jurándose á sí mismo que viviria mientras no encontrára la muerte más original que han podido presenciar los siglos pasados, y que habia de ser admiracion del

siglo presente y asombro de los siglos futuros.

Reservando su existencia para ese momento sublime, trató de ponerla á cubierto de toda clase de peligros y se rodeó de todas las precauciones necesarias para asegurarse una larga vida, porque le horrorizaba la idea de vivir, pero lo llenaba de espanto la idea de morir vulgarmente como mueren los simples mortales. Se sujetó á la más rigurosa higiene, y siendo la muerte su idea fija, no pensó más que en la vida.

Aprendió, no sé dónde, que así como los viajes robustecen el entendimiento con la savia de nuevas ideas, abriendo á la imaginacion nuevos y dilatados horizontes, la conveniente variacion de aires, de aguas, de climas, de costumbres y de alimentos, fortalecen la salud renovando la vida, y se constituyó en una especie de sér ambulante, buscando siempre, por supuesto, una muerte modelo. ®

El trato íntimo y continuo con los hombres le pareció ocasionado á lances desagradables, y expuesto á peligros que queria evi-

tar á toda costa. En cuanto á las mujeres, se puso de ellas á muy respetable distancia, considerándolas mucho más peligrosas que los hombres para el caso forzado en que se hallaba de alargar la vida. Así es que se redujo á una soledad inalterable. Hablaba poco, comía bien, bebía mejor, paseaba mucho y dormía perfectamente; pero siempre solo, aislado como sér que está de non en el mundo, solo con su pensamiento.

Por distraer los ocios de su vida solitaria se empeñó en reunir una especie de museo vivo de todos los tipos que dan forma á las diferentes especies de seres que viven dentro de la naturaleza. Pronto consiguió los cuatro tipos cardinales de la especie humana: el negro de África, el cobrizo de América, el amarillo de Asia y el blanco de Europa.

Sobre esta base habia ido formando una coleccion de tipos que empezaba en el hombre blanco y seguía en diferentes especies de animales domésticos, y ampliando poco á poco su pensamiento, aspiraba á formar la serie completa con tipos de las especies salvajes. Pretendía hacer de su palacio una espe-

cie de arca de Noé, en la que pudieran admirarse los modelos de las distintas razas de animales, tal y como él creía que debieron existir en el Paraíso.

Se habia propuesto realizar un imposible, pero las mismas dificultades que se le ofrecían excitaban su tenacidad; mas la coleccion adelantaba poco, pues cuando adquiría el tipo de una especie, se le moría el tipo de otra, porque la gracia era reunir la coleccion viva; la vida era su manía.

Este personaje apareció en Madrid en el momento en que la fama de *Bel-Khrer* llegaba á su apogeo; é inmediatamente el notable lord comprendió que un caballo árabe de pura raza era indispensable á su coleccion, tanto más, cuanto que no habia podido aún adquirirlo á su gusto.

Al ver que *Bel-Khrer* obtenía el premio de la carrera venciendo á su yegua Ofelia, sintió mortificado su orgullo de lord, no por no ser dueño de tan hermoso caballo, sino porque un caballo árabe hubiese vencido á una yegua inglesa; porque África aparecía vencedora de Inglaterra se avivó en su áni-

mo el deseo de adquirir el caballo victorioso á cualquier precio.

Sabía que su dueño se negaba á venderlo, y que habia rechazado cuantas proposiciones se le habian dirigido; pero un inglés no retrocede en sus empeños por insuperables que sean los obstáculos que se le opongan, y decidió probar fortuna.

El aislamiento de su vida lo tenía alejado del gran mundo, en el cual, sin embargo, vivia; era conocido en todos los círculos; sus trenes, sus magníficos trenes, eran señalados con el dedo; mas no trataba á nadie, y su tarjeta solamente se habia cruzado con la del honorable sir que á la sazón representaba en Madrid al gabinete de San James.

Su casa era verdaderamente un palacio encantado, cuya soledad y cuyo silencio traía inquietas á las gentes curiosas, pues creían que detras de aquellas paredes silenciosas y de aquellas persianas perpétuamente caídas habia de suceder algo; la seriedad de los criados era más impenetrable que los muros de la casa.

Envuelto en un ligero abrigo, con las ma-

nos echadas á la espalda; pálido y rubio, con semblante impasible, se le veía muchas veces recorrer solo y á pié los sitios más retirados, andando largas distancias; prefería el campo del Moro á la Fuente Castellana, y el puente de Toledo á los jardines de Recoletos. Sobre todo, prefería los lugares solitarios.

Salía casi todas las tardes de su palacio una elegante berlina, ligera como una pluma, movida por dos arrogantes caballos *pur sang*. Esta berlina llevaba siempre los vidrios echados y corridas las cortinillas, de manera que era imposible ver quién iba dentro. En esta forma atravesaba las calles y penetraba en los paseos públicos, y como los demás coches, daba sus correspondientes vueltas corriendo al gran trote desde la Fuente Castellana al paseo de las Delicias. Siempre se la veía en las horas de más concurrencia. Se le llamaba la berlina misteriosa.

Se tenía por cosa averiguada que no era el inglés el que se dedicaba á estos paseos de tan riguroso incógnito, pues se le habia visto á pié ó á caballo en sitios retirados, al mismo

tiempo que la berlina perfectamente cerrada corria por Recoletos.

Se habia inquirido por el secretario de la embajada inglesa que tan curioso, solitario y mudo personaje era lord..... lord Walbrook, inmensamente rico, algo excéntrico y completamente soltero. Ninguno de estos datos daba luz acerca del misterio de la berlina, y se hicieron diversas suposiciones, conviniéndose en que la persona que se ocultaba en la berlina debía ser una mujer.

¿Una mujer!..... ¿Y por qué tan extremado recato?..... ¿Sería el inglés celoso como un turco? En tal caso, ¿cómo la dejaba pasar sola, encerrada en la berlina, al través de cuyos vidrios, cubiertos con impenetrables cortinillas, veria indudablemente más de lo que acaso conviniera á la tranquilidad del celoso lord, porque el peligro de las mujeres no está tanto en que sean vistas como en que ellas vean?

Debía atribuirse el misterio de la berlina á otra causa más admisible, porque, á mayor abundamiento, el aspecto frio, reservado, impasible, indiferente del inglés rechazaba

la idea de toda pasión viva y ardiente, capaz de despertar en el alma la tempestad de los celos. Era posible, pero no era probable, y se tuvo por más verosímil la suposición de que habia en ello, no la desconfianza de un amante celoso, sino la extravagancia de una mujer caprichosa.

¿Sería tan extremadamente bella, que se ocultaba por sustraerse á la admiración impertinente de la multitud y á las atrevidas tentativas de los seductores? Las mujeres rechazaban semejante suposición por increíble, sosteniendo que más bien podia ser lo contrario; esto es, que fuese horrorosamente fea. Mas los hombres no pasaban por eso. Despojar á aquella mujer del atractivo de una rara hermosura, era quitarle al secreto todo su encanto, y cada uno, según su gusto, queria disfrutar el placer de imaginársela á la medida de su deseo.

Pero en fin, fea ó hermosa, á las personas sensatas no les parecia motivo suficiente para que se escondiera con tanta obstinación. Podía ser una mujer que hubiera abandonado á sus padres, que se hubiera escapado de la

casa de su marido; tal vez de algun establecimiento penal, acaso de algun convento; y claro está, se ocultaba huyendo del marido ultrajado, del padre ofendido, de la ley burlada ó de sus propios votos violados. Pero aún así, su mismo recato la vendía; haciendo alarde del misterio en que se encerraba, se exponía á las más vehementes sospechas, y no era en verdad modo seguro de ponerse á cubierto de la persecucion que pudiera intentarse contra ella.

Ademas, si era una persona notable, su evasion sería conocida; porque en estos tiempos de publicidad no hay deshonor, debilidad ni crimen que no le dé la vuelta al mundo en alas de la fama, no precisamente por lo que tengan de escandalosos, sino por lo que tienen de interesantes. Las columnas de los periódicos no se llenan diariamente con narraciones de ese orden de sucesos para que el lector se indigne ó se avergüence, sino más bien para que se divierta y se distraiga. La crónica escandalosa viene á ser la literatura amena de los periódicos que buscan el pingüe favor del público, sediento de saber lo que pasa en

el mundo. Mas hé aquí que en la ocasion en que nos hallamos no habia noticia de suceso alguno que comprobára la probabilidad de que la mujer de la berlina misteriosa fuese el personaje dramático de esta ó la otra aventura.

Si era una mujer vulgar, de origen oscuro, elevada á la opulencia por un capricho del lord, ¿qué interes habia de moverla á ocultarse de ese modo? Las mujeres vulgares no son las que se ocultan; son más bien las que se descubren.

En medio de la confusion de tantas suposiciones afirmadas y contradichas, se levantó una voz que dijo:

—Y bien, señores. ¿De dónde han sacado ustedes..... en qué dato fundan, en qué averiguacion se apoyan para dar por cosa segura y cierta, fuera de toda duda, que es una mujer la que se encierra todas las tardes en la berlina misteriosa?

La observacion cogió tan de improviso, que nadie acertó á replicar, porque, en efecto, no habia ninguna razon seria con que contradecirla. No obstante, pasados los prime-

ros momentos de la sorpresa, algunos dijeron:

— Es más probable que sea una mujer y no un hombre.

Pero á esto replicaron otros, diciendo:

— Es igualmente probable.

Dividieronse los pareceres en este punto. Quién sostenía á capa y espada que era mujer y que no podía ser otra cosa..... Quién creía á puño cerrado que era hombre..... Quién, en fin, indeciso entre ambas suposiciones, pensaba y sostenía que lo mismo podía ser una cosa que otra.

Llegóse á decir por los primeros, en apoyo de su parecer, que era la misma reina Victoria en persona, que viajaba de verdadero incógnito, y daban fundamento á esta especie, añadiendo que el Embajador de Inglaterra se sonreía de un modo muy particular siempre que se le sacaba la conversacion de la berlina misteriosa, tenazmente cerrada é impenetrable como un secreto de Estado.

Los de opuesta opinion negaban redondamente la suposicion, sosteniendo que el verdadero personaje de la berlina era el príncipe

de Gáles, que habia adoptado aquella forma de riguroso misterio para estudiar reservadamente el carácter y las costumbres de España sin pasar por el fastidio de los honores debidos á su rango; sosteniendo que esa manera de viajar era más propia de un príncipe que de una reina.

En fin, muchos vacilaban entre ambas suposiciones, reconociendo que en efecto, podian ser indistintamente la madre ó el hijo.

Ya se ve, los criados vestidos siempre de rigurosa etiqueta, el respetuoso y hasta augusto silencio que reinaba en la casa..... lo inaccesible de aquellas puertas, que nadie habia conseguido atravesar, y el aislamiento calculado y sistemático de lord Walbrook, que huía de todo trato, hacian presumir que dentro de su palacio se hospedaba un ilustre personaje, que podía ser la reina Vitoria y que podía ser el príncipe de Gáles.

En esto una nueva voz circuló, dejando suspensos todos los ánimos y deteniendo el vuelo agitado de tantas suposiciones.

La voz decía:

—Señores, estamos tocando el violon á cuatro manos..... Somos unos botarates sin pizca de juicio, y nos dejamos llevar más de la inventiva que de la razon, por el gusto singular de ver visiones..... Ya está descifrado el enigma, penetrado el arcano, despejada la incógnita, averiguado el secreto, deshecho el encanto y disipado el misterio..... En la berlina no va nadie, absolutamente nadie más que el cochero impasible y el lacayo impermeable, que pasean tranquilamente sus hermosas libreas. Es una excentricidad de lord Walbrook, que de ese modo se rie muy seriamente de nuestra necia curiosidad. La berlina del inglés nos ha puesto á todos en berlina.

Esta averiguacion, si podemos llamarla así, hizo fortuna, causando tres efectos distintos.

Unos quedaron desconcertados y macilentos ante la súbita desaparicion de un misterio que tanto los entretenia.

Otros se reían de buena fe, celebrando la ocurrencia del inglés, y envidiándole la suerte de haberla concebido.

Y algunos se irritaron contra aquella burla, pareciéndoles la broma de malísimo gusto, llegando á decir que no era lícito ofender de ese modo el orgullo de una nacion altiva. El espíritu de partido se apoderó de tan singular suceso, y se preparó una interpelacion en que el Gobierno quedaria á los piés de los caballos si inmediatamente no dirigia una nota enérgica al gobierno inglés pidiéndole explicaciones acerca de la conducta ofensiva del lord. Los más ejecutivos querian que inmediatamente se pusieran los pasaportes en manos del Embajador de Inglaterra, y no faltaba quien se habia propuesto tomarse la justicia por su mano, y buscaba la ocasion oportuna de armar camorra con el noble lord, vengando con una estocada dada ó recibida el ultraje que la vieja Inglaterra acababa de inferir á la moderna España.

Tal era poco más ó ménos el estado de lo que se llama opinion pública, cuando lord Walbrook, indiferente á tanta agitacion, se propuso adquirir á toda costa al triunfante *Bel-Khrer*. En el aislamiento de su vida carecia de las relaciones indispensables para

acercase á Lanuza, dueño del famoso *Chareb er' he*, y en su calidad de inglés no le era permitido dar por sí paso alguno sin ser formalmente presentado al dueño del caballo. Y no quería valerse de segundas personas en un asunto que interesaba á la par su amor propio de inglés y su manía de coleccionista, habiendo resuelto dirigir y manejar el negocio por sí mismo.

Todas sus relaciones se reducian al Embajador inglés, y se resolvió á visitar personalmente á su ilustre compatriota, representante en Madrid de la Gran Bretaña.

El honorable Sir mostró cierto asombro, sin traspasar los límites de la indiferencia inglesa, al ver ante sus ojos á lord Walbrook, y sonriendo muy formalmente, le dijo :

—Milord, algun grave asunto de Estado me consiente hoy el honor de veros aquí. Ó la política de la Gran Bretaña experimenta alguna repentina contrariedad, ó vuestra famosa coleccion de tipos necesita del auxilio, del poderoso auxilio, de la diplomacia inglesa; deseo saber en qué puedo servir á mi patria, ó en qué puedo servirlos.

Lord Walbrook oyó estas palabras haciendo una grave cortesía con distincion marcada, pero sin gracia alguna, y contestó :

—Honorable Sir, en cualquier parte del mundo donde hay un inglés, está Inglaterra, y servir á un compatriota, es servir á la patria..... porque el honor de un inglés es el honor de la Gran Bretaña. El asunto que me trae es de suma importancia, pues tiene cierto carácter de cuestion internacional, que bien merece la hábil intervencion de la astuta diplomacia.

—¡Ah! ¡sí! exclamó el Embajador, dándose una palmada en la frente.

—¡Oh! no os comprendo, añadió Lord Walbrook, dejando ver el limpio azul de sus ojos.

—Sí, prosiguió el representante de Inglaterra; no se habla de otra cosa.

—Justo, dijo el Lord..... Veo que poseéis toda la perspicacia que el cielo ha concedido á la raza de los grandes dominadores del mundo, á la raza inglesa, y que al primer golpe de vista habeis adivinado mi pensamiento.

—¿Cómo no, Milord? contestó el diplomático. Vuestra presencia en Madrid ha causado un efecto extraordinario, y están fijas en vos todas las miradas; no es, pues, muy difícil adivinar lo que todo el mundo sabe.

Lord Walbrook se encogió de hombros, diciendo:

—Explicaos, Señor, explicaos.

—Primero, replicó el Embajador, será más conveniente que yo oiga vuestro deseo, que yo sepa vuestra pretension. Milord, ¿no os parece así?

—Me parece muy bien, honorable Sir, y voy á sacaros de dudas. Mi deseo es muy sencillo; pretendo un imposible.

—Ya, os comprendo perfectamente. Queréis que tenga juicio una nacion de locos. Pretendeis que un inglés, un inglés ilustre, un inglés lord, aparezca en Madrid inesperadamente y no cause sensacion ninguna. Ciertamente, queréis un imposible.

—Muy bien, replicó Lord Walbrook; pero creo que no se trata de eso.

—Es lo mismo, añadió el Embajador; se trata de vuestra berlina.

—¡Oh! de mi berlina.

—Ciertamente.

—¿Estais seguro?

—Como soy inglés.

—Alguna relacion existe..... no lo niego..... pero, ¿qué tiene que ver mi berlina en el asunto que me trae á veros? Además, ¿qué berlina es ésa? porque tengo varias.

—Vuestra berlina misteriosa, contestó el Embajador..... la que pasea todas las tardes cerrada como un sepulcro, cuyo arcano ha movido la curiosidad pública de tal manera, que no se habla de otra cosa. Se han hecho varias suposiciones, y se ha llegado á creer que hospedais en vuestra casa á S. M. la reina Victoria, mientras otros creen que S. A. el Príncipe de Gáles es el personaje incógnito que se alberga en vuestro silencioso palacio y pasea en vuestra misteriosa berlina.

Lord Walbrook oyó estas palabras con su inmutable semblante, y llevando la mano derecha á la boca, en la cual introdujo el dedo índice doblado por la mitad, dijo:

—Proseguid, proseguid..... es curioso lo que me contais.

— Pues bien, prosiguió el Embajador; teneis á Madrid revuelto con vuestra berlina. La última especie que ha circulado es que en ella no va nadie, y que de esa manera os estais burlando de la curiosidad pública.

— ¡Oh! exclamó el Lord un poco suspensivo. Ignoraba cuanto acabais de decirme, y os juro que no tengo nada que ver en ese asunto.

— Pero bien, Milord, ¿qué capricho es el que hace que la berlina vaya siempre cerrada?

— ¡Oh! contestó; un capricho..... ¿comprendéis?

— Sí, comprendo; un capricho es una razon suprema, quizá la razon más poderosa contra la razon; pero yo supongo que no sois vos el que teneis semejante capricho.

— ¿Cómo?

— Quiero decir, que no sois vos el que pasea todas las tardes dentro de la berlina cerrada.

— No, ciertamente no, contestó Lord Walbrook.

— ¿Luego es otra persona?

— Sin duda alguna.

— Milord, ¿os habeis casado?

— No.

— ¿Alguna bella mujer ha encontrado el camino de vuestro corazon?

— Ninguna.

El Embajador comprendió que se habia excedido algo en sus preguntas, movido tambien por la curiosidad; así es que trató de disculparse, añadiendo :

— Perdonad, Milord; pero vuestra berlina mete tanto ruido, se habla tanto de ella, que deseaba saber si habria en ello algun secreto de Estado, que yo debiera indagar en servicio de Inglaterra ó en vuestro servicio.

Lord Walbrook se encogió de hombros con todo el aspecto del hombre á quien le parece completamente estúpido lo que está oyendo.

— De todas maneras, prosiguió el honorable Sir, como apartando la conversacion, no me negaréis que tengo derecho á saber el motivo que me proporciona el honor de vuestra visita.

—Ciertamente, contestó Lord Walbrook.

—¿Y bien?.....

—Ya os he dicho que deseo un imposible.

—En efecto, lo he oído.

—Me parece que algo más he dicho.

—Es verdad, exclamó el Embajador; me parece que también os he oído decir que alguna relación existe entre el motivo de esta visita y vuestra misteriosa berlina.

Consuprema formalidad añadió Lord Walbrook :

—Así es; existe entre ambas cosas una relación indudable, una relación estrecha.

—Hablad, Milord, hablad.

—Existe..... prosiguió el Lord meditando como quien trata de asegurarse de la exactitud de lo que dice, una verdadera relación..... esto es indudable; se advierte á primera vista..... ¡Oh! es evidente.

—Pero bien, ¿qué relación es ésa?

—Vais á saberla, señor Embajador. Existe entre el asunto de que voy á hablaros y la berlina de que acabais de hablarme, la misma relación exactamente que existe entre el caballo y el coche. ¿Me habeis comprendido?

—No, Milord; no acabo de comprenderos.

—Pues es bien sencillo. Me hablais de una berlina, que según vuestra misma expresión, mete mucho ruido, y yo vengo á que hablemos algunos instantes acerca de un caballo, que dicho sea en frances, está haciendo furor. Ya veis si la relación puede ser más íntima. Por una parte una berlina misteriosa, por otra un caballo prodigioso. ¿Me entendeis ahora?

—Sí, ya voy comprendiendo; y si teneis la bondad de explicaros más claramente, me proporcionaréis el singular honor de acabar de entenderos.

Lord Walbrook se recostó suavemente sobre el cómodo respaldo de la butaca en que estaba sentado, y dijo :

—Vos, señor Embajador, sois inglés, que amáis sobre todas las cosas la gloria de nuestra noble Inglaterra. Pues bien, caballero, oídlo bien; Inglaterra está humillada.

—¿Qué decis! exclamó el Embajador.

—Digo que está humillada nuestra noble Inglaterra.

—¿En qué?
—¡Oh! en lo que funda uno de sus más legítimos orgullos.

—¿En dónde?
—Aquí, en Madrid.
—¿Cuándo?
—Hace pocos días.
—¿Cómo?
—¡Ah! ¡Cómo! De una manera increíble, pero de una manera cierta, indudable.

El Embajador se quedó pensativo, y el Lord guardó silencio. Al cabo de algunos instantes dijo el primero:

—Milord, si no acabais de enterarme, os juro que me quedaré sin entender ni una palabra de cuanto habeis dicho.

—Pues es bien poco lo que me queda que deciros.

—Decidlo.

—Oid: *Bel-Khrer* ha vencido á *Ofelia*.

Rascóse la frente el Embajador, y preguntó pensativo:

—¿Quién es *Bel-Khrer*?

—Un arrogante caballo árabe de la raza de Haymur. ¡Cómo! ¿lo ignorais?

—¡Ah! sí. ¿Y *Ofelia*?

—Mi yegua inglesa.

—En efecto, añadió el Embajador; ahora lo recuerdo; fueron los dos caballos que se disputaron el premio en las últimas carreras.

—Sí, y *Bel-Khrer* triunfó.

—¡Y bien! ¿qué quereis?

—Quiero volver por el honor de Inglaterra.

—¿De qué manera?

—Por de pronto, quiero poseer el caballo victorioso.

—Milord, ese caballo no es mio.

—Ciertamente; pero vuestra posición os pone en el caso de facilitarme la ocasión de adquirirlo. Su dueño se niega á venderlo..... yo no conozco á nadie..... no trato á nadie..... y deseo ser presentado.....

—¿A quién?

—Al dueño del caballo. Esto es indispensable para tratar con él..... estoy seguro de convencerle.

—No sois excesivamente persuasivo, añadió el Embajador; pero disponeis de una inmensa fortuna, y al fin el caballo será

vuestro. Mister Lanuza quedará convencido.

— ¡Oh! ¿tratais á Mister Lanuza?

— Mucho. Habla inglés detestablemente, pero al fin lo habla, y eso le ha conquistado mis simpatías.

— Presentádmelo, ó presentadme.

— Acudid esta noche á la embajada, y aquí lo encontraréis, porque hoy tiene cubierto en mi mesa.

— Aquí..... Uf..... mucha gente.....

— Entónces, dijo el Embajador con lentitud diplomática, como quien cree que va á poner el dedo en la llaga, será preciso que os lo presente en vuestra propia casa.

— Mejor, se apresuró á decir el Lord; mucho mejor.

— Os lo presentaré.

Los dos compatriotas se despidieron y se separaron ambos satisfechos de sí mismos, cada uno seriamente poseido de su grave pensamiento.

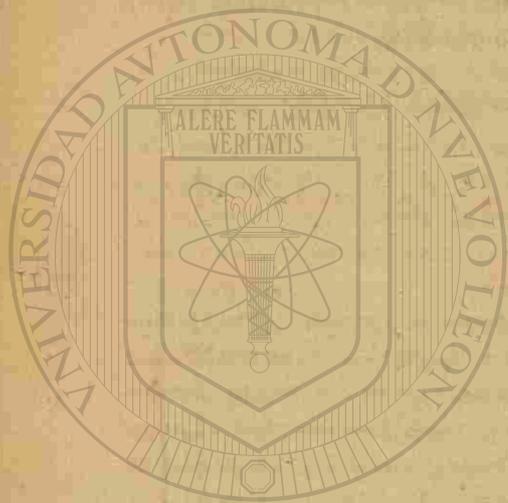
Lord Walbrook bajaba acompasadamente la ancha escalera de la embajada, diciéndose en voz alta y en correcto inglés:

— Sí..... Bel-Khrer será mio.

El Embajador se quedó meditando poco más ó menos de esta manera:

— Muy bien..... yo mismo le llevaré á su casa á Mister Lanuza..... Tengo interes en ello, porque en buena diplomacia poseer un secreto es tener en la mano el hilo de una intriga, el elemento de un plan, el medio de llegar á un fin. Los sabios buscan los secretos de la naturaleza, y los diplomáticos debemos saber todos los secretos de los hombres. Sea lo que quiera, no se escapará á mi sagacidad el secreto que Lord Walbrook esconde en el fondo de la berlina misteriosa.

No tengo noticia de que el Embajador inglés llevara más allá de lo dicho sus astutas reflexiones.



CAPÍTULO IV.

Sir Packet y Miguel Lanuza en casa de lord Walbrook.

Al día siguiente se detuvo delante de la silenciosa casa de Lord Walbrook el coche de la embajada inglesa, y se apearon el honorable Sir Packet y el antiguo corrector de pruebas de *El Oriente*, conocido en el curso de esta historia con el nombre de Miguel Lanuza.

Habitaba el opulento inglés un palacio de no muy bella arquitectura, recientemente construido en esa calle de Palacios que empieza en Recoletos y sigue hacia la Fuente Castellana sin acabar en ninguna parte, porque no acaban las cosas que no están concluidas. Lord Walbrook había comprado este palacio antes de venir á España, porque

casualmente se puso en venta cuando un agente suyo, préviamente enviado á Madrid á disponer aposento digno de tan ilustre personaje, y á propósito por todas sus circunstancias para la vida solitaria é independiente que el noble Lord hacia desde que M..... Black habia malogrado su magnífico pensamiento de suicidio, creyó que en ningún alojamiento se hallaria mejor, y lacónicamente escribió á Lord Walbrook, diciéndole:

«Se vende un palacio.»

Y el Lord le contestó más lacónicamente todavía diciéndole:

«Compradlo.»

Claro está que el dueño de la finca hizo un magnífico negocio encontrando un comprador inverosímil, inesperado, caído del cielo; y en efecto, Lord Walbrook caía de las nubes, adonde no habia podido subir por la jugarreta de M..... Black, que acertó á robarle su pensamiento. Por lo que hace al Lord lo encontró bien, es decir, bastante espacioso, bastante aislado y bastante cómodo, y se instaló en él con la misma indiferencia

y la misma franqueza con que hubiera podido hacerlo en su casa de Lóndres.

Este palacio se hallaba circuido por una verja de hierro que corría formando un cuadrado perfecto, simétricamente interrumpida por pilares de piedra labrada que remataban en jarrones no muy graciosos, que empezaba á ennegrecer la intemperie envejeciéndolos, sin darles el sello de la antigüedad, que tanto respeto inspira.

Al rededor del edificio se extendía una especie de jardín bordado de musgo y débilmente sombreado por algunos arbustos macilentos.

En el momento en que el coche de la embajada inglesa se detuvo delante de la fachada principal de la casa, un criado salió de un pabellon inmediato á la puerta examinando atentamente la librea del cochero al traves de los hierros; exámen que le dió á conocer la clase de personas que llegaban en el coche, y adelantándose gravemente abrió la verja, por la cual entraron Lanuza y el Embajador de Inglaterra, quedando el criado inmóvil como un hierro más añadido á la puerta.

Llegaron al pórtico, donde otro criado los recibió con una muda reverencia, despues de la que oprimió un enorme boton de bronce empotrado en la pared, haciendo sonar por las alturas del palacio el sonoro tiembre de una campana, cuyo acento se perdió en el pacífico silencio que reinaba en la casa.

Sir Packet y Lanuza comenzaron á subir los cómodos escalones de la ancha escalera, destacándose la blancura del mármol por el contraste de los vivos colores que matizaban la espesa alfombra de que estaba guarnecida, sobre la que se ahogaban los pasos de los que subian y de los que bajaban.

Era una escalera suntuosa, pesada, de poco gusto, pero rica.

Llegaron al recibimiento, cuya puerta encontraron abierta, hallándose delante dos criados rubios como el oro y de mejillas rubicundas, vestidos con frac negro, pantalon negro y corbata blanca, con guantes blancos tambien como la nieve.

El Embajador pronunció solemnemente su nombre, y ambos criados se inclinaron,

acudiendo á la vez á levantar la pesada cortina que cubria una de las puertas.

Esta señal queria decir bien claramente: «Pasen ustedes», y Sir Packet y Lanuza lo entendieron así y penetraron, encontrándose á los pocos pasos en una galería que los condujo á una especie de antesala ó segundo recibimiento, ricamente entapizado de color de fuego, en cuyo fondo se destacaba vigorosamente la figura de un negro, negro como el ébano, medio desnudo, ó más bien, ricamente vestido como un rey del Soldan, como un príncipe de Guinea; un negro auténtico, hermoso y arrogante, adornado como los que vemos en las representaciones de *La Africana*, que son los negros más lujosos de la tierra.

Pendian de sus orejas grandes aretes de oro y lucia en los tobillos argollas del mismo metal precioso. El color rojo que reflejaba la luz al iluminar las paredes, daba á la habitación el aspecto de un horno, y el negro en medio de aquel incendio de tapicería, parecia un tizon enorme á medio arder; porque el oro de sus adornos y los vivos colo-

res de su corto y ligero ropaje chispeaban sobre la profunda oscuridad de su persona, como chispean los tizones que no quieren encenderse.

Al ver á Sir Packet y á Lanuza se inclinó suavemente, y entreabriendo los abultados labios, dejó ver unos dientes, que resplandecían como el nácar cuando los rayos del sol lo iluminan; y retrocedió andando de espaldas hasta llegar á una segunda puerta, cuya cortina descorrió, dejando ver en la habitación inmediata un tono de luz suave, semejante al que refleja el horizonte en los primeros resplandores de la aurora.

Lanuza y el Embajador inglés entraron en esta segunda pieza, y el primero se detuvo mirando á Sir Packet con expresion inequívoca de curiosidad y de sorpresa. Aquella mirada, traducida á cualquier idioma, queria decir indudablemente:

—¡Caballero, estamos en la casa de un loco rematado!

Sir Packet contestó á la muda pregunta de Miguel con una ligera sonrisa, que agitó suavemente su tranquila fisonomía, de la

manera que un soplo de viento agita la reposada superficie de un estanque.

Si nos es permitido interpretar el sentido de esta sonrisa, dirémos que el Embajador de Inglaterra quiso decir:

—Lo que veis es lo más natural del mundo.... Lord Walbrook no las gasta de otro modo, y si os admira lo que presenciáis, es porque no comprendéis lo que es un inglés que no sabe qué hacer de su perpétuo *spleen* y de su inmensa fortuna.

Acaso se crea que hay en esa larga respuesta más palabras de las que caben en tan breve sonrisa; mas debe tenerse en cuenta que la lengua es más torpe que los ojos y los labios para expresar los pensamientos; que en una mirada ó en una sonrisa se dice más de cuanto puede decirse con el auxilio artificioso y mecánico de las innumerables voces que llenan los diccionarios de las lenguas más ricas.

Pero bien, ¿qué veía Lanuza en esta segunda habitación para mostrarse tan sorprendido?

Veía las paredes vestidas de seda de Per-

sonrisa imperceptible se dibujó en la boca, poco graciosa por cierto, de este salvaje de América, que les salía al paso tan inesperadamente.

Su traje, si es posible llamarlo así, no pasaba de los últimos límites de la decencia, y aunque rápidamente Sir Packet y Lanuza pudieron admirar en sus miembros desnudos la vigorosa fuerza de sus músculos, que se destacaban flexibles y duros sobre su piel cobriza con ese vigor y riqueza de líneas con que Miguel Angel dibujaba ó más bien tallaba las figuras desnudas, vigoroso estilo á cuya energía se le da el nombre de *pane-cillos*.

Seguramente Miguel tenía delante á un formidable araucano capaz de mantener sobre sus robustos hombros dos dias seguidos, sin rendirse ni cansarse, el enorme peso del tronco más corpulento; era, por lo visto, uno de aquellos astutos guerreros de terrible fuerza y de fiereza indómita que Ercilla nos describe en *La Araucana* con tan vivos y variados colores.

Mas no era el leon tan fiero como allí se

pintaba, pues araucano verdadero ó fingido, auténtico ó supuesto, no dió en esta ocasion muestra alguna de su natural fiereza; ántes, por el contrario, cruzó los membrudos brazos sobre el espacioso y macizo pecho, en señal de sumision, de humildad y de obediencia.

Miguel pasó de la sorpresa á la risa, de la admiracion á la burla, y estuvo á punto de interrumpir la silenciosa escena con una carcajada homérica; mas la seriedad impasible y hasta solemne del honorable Embajador detuvo la repentina hilaridad que retozaba en sus labios.

Sir Packet hizo un movimiento con el brazo, que fué como una orden para el salvaje, que parecia satisfecho del efecto que causaba, y permanecia inmóvil gozando, digámoslo así, de su triunfo. Digo que el movimiento del brazo de Sir Packet fué una orden, porque el indio bravo se dirigió inmediatamente al punto del paisaje representado en las paredes de la habitacion, en que se enlazaban más copiosamente las hojas de los plátanos, tejiéndose entre ligeras cañas

de bambú, y oprimiendo un resorte imperceptible, hizo que abriera de pronto y de par en par una ligera mampara tan perfectamente ajustada á la pared, que era imposible distinguirla.

Apartóse el Inca inclinándose con respeto, y Sir Packet y Lanuza penetraron por la puerta que acababa de abrirse, donde el flemático Lord Walbrook les guardaba una nueva sorpresa.

Y lo era, en efecto, porque Miguel se quedó parado, suspenso, con los ojos ligeramente contraídos del modo que los contraemos cuando el exceso de luz súbito nos molesta, y se quedó al mismo tiempo con la boca abierta, forma comun de las mudas admiraciones. El óvalo de su boca formaba más ó ménos perfectamente el contorno de la letra más expresiva del alfabeto, de la *O*, que parece con especialidad destinada á expresar el asombro. El mismo Sir Packet contrajo las cejas, concediéndole al espectáculo que se ofrecía á su vista el honor de una atención curiosa.

¿Qué veían?

La estancia en que habian entrado representaba una rotondad el gusto griego; era una especie de templete, cuya cúpula, sostenida por columnas del orden corintio, arrancaba de un feston de flores entrelazadas, que corria de capitel en capitel formando una guirnalda. Entre columna y columna se ostentaba una estatua representando una divinidad pagana. Allí estaba Júpiter con aquel semblante con que segun Virgilio serenaba los cielos y disipaba las tempestades. Allí estaba Juno airada, la deliciosa Vénus y la pródiga Ceres. Allí estaba el tremendo Marte y la sabia Minerva, Neptuno hiriendo las aguas con su tridente y Mercurio agitando el aire con las pequeñas alas de sus talones. Era una especie de Olimpo, un verdadero panteon, en que se hallaban pacíficamente reunidos los escandalosos dioses del paganismo.

La alfombra que cubria el pavimento parecia un manto de flores, en que el vivo color de las rosas competía con la suave blancura de las azucenas, y el rojo encendido de los claveles sobre el verdor aterciopelado de

un musgo brillante, que el pié no se atrevía á hollar, temeroso de ajarlo.

Mas nada de esto fué la causa de la admiracion de Lanuza, porque en verdad la rotonda ofrecia en su conjunto un aspecto más caprichoso que artístico; podia sorprender por lo inesperado, pero no admirar por lo exquisito.

Lo que realmente produjo en Miguel el asombro que hemos notado, fué la animada figura que se movia en medio de la estancia.

Era un hermoso mancebo con la frente recta y el perfil puro. Vestía la túnica corta de Alcibiades cuando Sócrates lo sorprende en casa de la cortesana, y el airoso manto con que debia adornar sus hombros el majestuoso Pericles.

La elevacion de su bien contorneado pecho parece que indica la arrogancia de su corazon; el correcto vigor de sus piernas y la soltura de su planta demuestran la firmeza y la gracia de su juventud; el aire gracioso de sus brazos enérgicos advierte que se puede encontrar en ellos la fuerza que ahoga y la ternura que acaricia; sobre el cuello ro-

busto y flexible se alzaba su cabeza coronada de rizos cortos espesos y castaños, que en natural desórden arrojaban sobre su fisonomía, vivamente acentuada, el esplendor misterioso de una sombra divina.

Era una bella estatua sin pedestal..... era Apolo mismo con la suavidad adolescente de los contornos de la Vénus de Milo, la enérgica expresion del Júpiter de Fídias, y la blanchura sonrosada de un niño.

Cuando vió aparecer al Embajador de Inglaterra y á Lanuza dió un paso hácia ellos como quien se adelanta á recibir una visita esperada, y afirmándose sobre la pierna izquierda dobló la derecha presentando el correcto dibujo de su varonil rodilla, alzó la mano derecha, en la que sostenia el extremo del manto, y en esta actitud de estatua esperó á los que entraban y que hácia él se dirigian.

Entónces fué cuando Miguel se sintió vivamente sorprendido y Sir Packet un tanto suspenso, porque en verdad, si la persona que tenian delante no era un griego perfecto de los mejores tiempos de Aténas, era indu-

dablemente un actor consumado, y de todos modos era un gallardo mancebo.

Después de algunos instantes de mutua contemplación, el griego se volvió airoosamente, presentando una espalda magnífica, ática, modelada con todo el rigor del arte por la naturaleza, suprema artista, porque es dirigida por el dedo divino de Aquel que es la belleza suprema, la belleza absoluta.

Este movimiento del griego no tuvo por objeto precisamente dejar admirar la corrección de su espalda como pudiera hacerlo el modelo de una academia de dibujo. Se volvió para hacer girar sobre sus goznes suaves una puerta de las cuatro que simétricamente colocadas formaban parte de la decoración de la rotonda.

Por esta puerta pasó gravemente Sir Packet, seguido de Miguel, que no sabía qué pensar de lo que iba viendo, encontrándose ambos á los pocos pasos en un salón seriamente alhajado con muebles cómodos y sólidos, ostentándose en los colores y en los adornos cierta severidad, que anunciaba des-

de luego que aquella era la residencia habitual de un hombre grave.

Habia jarrones y candelabros de adusto bronce, el mármol de las chimeneas era negro con venas amarillas, el color de la tapicería era ceniciento, color de pizarra, color de plomo, y había estantes con libros, magníficos mapas, colecciones curiosas de fotografías encerradas en preciosas carteras de piel de Rusia; se veían sobre las mesas periódicos ilustrados y no se veía ni un espejo ni un cuadro. En fin, sobre una trípode de caoba giraba al más leve impulso de la mano una esfera enorme, donde la vista podía percibir todos los accidentes geográficos del mundo. En esta esfera se veía la bandera inglesa clavada con finas agujas de acero, repetida muchas veces por toda la redondez de la tierra. Había una bandera más grande que las demás, que señalaba á Londres; cada bandera señalaba una posesión inglesa. También Gibraltar tenía su bandera.

En este salón encontraron á lord Walbrook, que paseaba las tranquilas miradas de sus ojos grises por las inmensidades del Ti-

mes, especie de desierto, en el que cada grano de arena es una letra.

Lord Walbrook dejó el gran periódico y se puso de pié al mismo tiempo que el honorable Sir Packet se le acercaba diciendo:

— Gracias á Dios, Milord, que tenemos el honor de encontraros; venir á veros es emprender un largo viaje. Hemos tenido que atravesar el África, el Asia, la América y la Europa; hemos pasado por las cuatro partes del mundo ántes de llegar á vos. Parece, Milord, que no vivis en este planeta que nosotros habitamos.

— ¡Oh! sí, exclamó lord Walbrook muy seriamente.

— Entonces decidme, replicó Sir Packet, en qué punto de la tierra se halla este salon donde os encontramos despues de dejarnos á la espalda á África, á Asia, á América y á Europa.

Lord Walbrook se permitió la ligereza de sonreirse, y dijo:

— Es verdad; son mis cuatro tipos..... tipos auténticos, originales, como habréis podido observar..... En cuanto á mí, me en-

contrais en la Gran Bretaña, porque ya sabeis que donde está Lord Walbrook está Inglaterra.

El Lord dirigia exclusivamente la palabra á Sir Packet, pues aunque Lanuza se hallaba en su presencia, como áun no le habia sido presentado, para él como si no estuviera delante; no le era lícito dirigirle ni la voz ni la palabra.

El Embajador se apresuró á decir:

— Perdonad, Milord; tan largo viaje me ha hecho perder la memoria y he entrado aquí sin acordarme del objeto especial de mi visita. Con vuestro permiso voy á presentaros al Sr. D. Miguel Lanuza, jóven sumamente estimado en los más altos círculos y distinguido *gentleman* y amigo mio.

Al oír esto se inclinó Lord Walbrook mirando á Miguel y le dirigió estas palabras:

— ¡Oh!..... ¡oh!..... sí, sí..... Este caballero posee un hermoso caballo.

— De la raza Haymur, contestó Lanuza acercándose al Lord.

— Cierto, añadió éste.

— Lanuza, dijo Sir Packet, es admirador de nuestros nobles caballos.

— Ciertamente, Milord; el caballo inglés de pura sangre tiene condiciones superiores. Inglaterra debe estar orgullosa de poseer tan hermosa raza.

— Y sin embargo, advirtió lord Walbrook, *Bel-Khrer* venció á *Ofelia*.

— *Bel-Khrer*, dijo Lanuza sonriendo, es un atrevido, que incurrió en una falta de educación, permitiéndose la libertad de echar delante de tan noble yegua; pero vos le perdonaréis una descortesía de que él mismo no es responsable; los árabes son unos bárbaros que educan á sus caballos sin enseñarles las reglas de urbanidad, de todo punto inútiles en África, pero absolutamente indispensables para vivir en Europa.

Bien fuera por el malísimo inglés en que Lanuza se expresaba, bien fuese porque le hicieran gracia sus palabras, el caso es que el honorable Lord se echó á reír con una espontaneidad no acostumbrada en él desde que M.... Blake tuvo la impertinencia de emprender el viaje á la luna.

• Sir Packet se dirigió á Lanuza, diciéndole:

— ¿Cómo habeis adquirido á *Bel-Khrer*?

Lanuza les refirió entonces la historia del caballo, casi en los mismos términos en que yo la he contado en el primer capítulo del presente libro, porque Si-ben-Atekhtar supo la procedencia del caballo y de qué manera habia venido á manos de los que se lo vendieron.

Terminado el relato exclamó Lord Walbrook:

— Ah..... ¡un caballo robado!

— Sin duda, Milord, replicó Lanuza; mas yo os pregunto: ¿Cuánto daríais por otro *Bel-Khrer* adquirido del mismo modo?

— ¡Oh!.....

Esta profunda admiración de Lord Walbrook tenía todas las trazas de un bolsillo abierto; pues con ella quiso expresar que daría cuanto le pidiesen.

— Si Lord Walbrook, dijo Sir Packet, tuviera la bondad de hacernos ver sus caballerizas, tendríamos ocasión de admirar lo más puro de la raza inglesa.

Como el lector habrá podido advertir, el

Embajador de Inglaterra hacia entre el Lord y Lanuza el papel diplomático de potencia intermediaria; mas como se trataba, á lo ménos por parte de Lord Walbrook, de la adquisicion de *Bel-hKrer*, que, fueran las que quisieran sus excelentes cualidades y su ilustre prosapia, no pasaba de ser un caballo, el verdadero papel que Sir Packet representaba en este caso era el de *chalan*. Es verdad que habia aceptado la intervencion diplomática en el asunto de *Bel-Khrer* como un medio de penetrar en la casa del Lord é inquirir con su natural penetracion el secreto de la berlina misteriosa. Y es el caso, que Lanuza, participando de la misma curiosidad que ocultaba el Embajador de Inglaterra, y movido por la curiosidad pública, se habia prestado dócilmente á aquella presentacion, recibiendo las indicaciones de sir Packet con los brazos abiertos.

Hasta el momento en que nos encontramos, ninguno de los dos habia recogido dato ni indicio alguno que los pusiera en la pista de aquel misterio, que parecia impenetrable; y habian llegado al salon en que se hallaba

Lord Walbrook despues de atravesar las cuatro partes del mundo sin haber sacado nada en limpio. Ambos empezaron á temer que saldrian de la casa lo mismo que habian entrado.

Miguel registraba disimuladamente todos los pormenores de la habitacion sin encontrar en ellos nada que pudiera servir de fundamento ni de pretexto á las diversas conjeturas que daban vueltas en su cabeza, como las daban en las cabezas de todo el mundo.

Le ocurrió la idea de admirar la belleza del palacio, la buena disposicion de las habitaciones y el gusto y el lujo de los adornos, con el fin de incitar al Lord á que le enseñase todas las interioridades del palacio. Mas Sir Packet tuvo la misma idea en pequeño, y se adelantó al propósito de Lanuza mostrando deseo de ver las caballerizas. Quizá era este recurso más oportuno y más natural, y podia ser el primer paso que los condujera á una excursion general por la casa.

—Sin duda, dijo Lord Walbrook, contestando á Sir Packet. Tomaos la molestia de seguirme y veréis las caballerizas.

Y diciendo y haciendo se puso en pié, y dirigiéndose á un extremo del salon levantó la amplia colgadura que cubria una puerta colocada en sentido opuesto á la que conducia á las cuatro partes del mundo; teniendo levantada la colgadura para abrir paso, invitó á Miguel á que entrara, siguióle á éste Sir Packet, y detras de ellos entró Lord Walbrook.

Miguel penetró el primero, y creyó ver una sombra que se desvanecía en un ángulo de la habitacion en que acababa de entrar, y creyó al mismo tiempo oír el estallido sordo de un muelle que se cierra cautelosamente.

La pieza en que se hallaba era un gabinete sencillamente amueblado, habitacion intermedia en la que podia recibirse una visita de confianza ó podia celebrarse una conferencia íntima. Lanuza descubrió en ella un retrato al óleo que representaba la bella imágen de una mujer excesivamente rubia, seria y grave, en cuyos ojos un tanto dormidos brillaban dos lunas verdes como dos esmeraldas; el perfil era severo y habia majestad en todas las líneas de su rostro. Lord Walbrook

observó la atencion con que Miguel examinaba el cuadro, y dirigiéndose á Sir Packet le dijo:

Vos, honorable Packet, no habeis conocido á Milady.

—¡Oh! no, contestó el Embajador, pero creo conocer su historia.

—Pues aquí teneis su retrato; no es precisamente una obra de arte, pero no lo dudeis, está hablando.

—La historia de vuestra madre, añadió Sir Packet, es conocida en toda Inglaterra.

Y volviendo la espalda al cuadro exclamó:

—¡Hola! Milord; aquí teneis otro cuadro arrebatador. Dejadme contemplarlo, porque no he visto jamas cosa parecida.

Lord Walbrook se permitió una sonrisa de complacencia, y Miguel volvióse á ver el cuadro, ante el que se quedó como suspenso.

—¡Ah Milord, Milord! exclamó Sir Packet examinando el lienzo con sus lentes de oro. Esto es prodigioso y me hace sospechar lo que mi franqueza no me permite ocultar.

ros. Sin duda alguna habeis contraido un matrimonio secreto.

—No, contestó. Jamas he pensado en casarme. Es otro mi destino.

—En ese caso, añadió el Embajador de Inglaterra, me permitiréis que lleve mis sospechas á otro terreno.

—Desechadlas, honorable Sir, añadió Walbrook, si quereis ser justo.

—Bien, las desecho, considerando que esta belleza será puramente imaginaria; un capricho del pincel, un sueño de artista.

—Tampoco. No deis crédito á semejante suposición; el arte no es más que un copista. Ese cuadro es un retrato, que tiene su original, porque no hubiera podido imaginarlo el pintor si la naturaleza no le hubiera prestado el modelo.

Miguel, con los oídos tan atentos como los ojos, no perdía palabra de la conversacion ni detalle del cuadro.

Sir Packet hizo un gesto de duda, y replicó.

—Perdonadme..... mi espíritu práctico, mi experiencia del mundo y de las cosas me

conducen á una observacion inevitable. Tan singular belleza no es una obra puramente imaginativa; es, segun decís, un retrato, que tiene su original..... ese original auténtico no es vuestra esposa ni vuestra querida. Decidnos lo que debemos pensar.

—Pensad lo que querais, contestó Lord Walbrook; mas no os engañaré si os digo que es mi hija.

—¡Vuestra hija!..... exclamó el Embajador de Inglaterra.

—¿Por qué no?

Representaba el cuadro la bella imagen de una jóven de cabellos rubios y de ojos azules, rubio y azul oscuros que hacían resaltar la blancura de su rostro pálido, cuyas facciones se marcaban con esa pureza de líneas que admiramos en las vírgenes de Rafael. Apoyaba el codo sobre una balaustrada de piedra, que cortaban bruscamente los términos laterales del cuadro, y sobre una mano perfecta descansaba el delicado contorno de la barba. El cabello suelto y echado hacía atrás caía sobre la espalda y sobre los hombros en copiosas ondas, como una casca-

da de oro, formando aguas tan admirables, que la luz parecia complacida en iluminarlas. Al traves de los rasgados párpados asomaba el profundo azul de sus ojos, y todo su semblante aparecia bañado por una sombra de tristeza, que atraía las miradas, realzando la belleza del rostro.

El pintor habia sabido combinar con feliz resultado la dulzura del contorno y la firmeza de la expresion, dejando adivinar que bajo el reposo de aquellas líneas apacibles se ocultaba el sordo tumulto de un alma agitada. Sobre todo, en los suaves contornos de su preciosa boca y sobre la húmeda púrpura de sus labios se veía la expresion airada de un desden supremo, como se ve una nube en medio de la serenidad de los cielos.

Lord Walbrook dejó á Sir Packet y á Lanuza contemplar silenciosamente el cuadro, hasta que el primero de estos dos apartó los lentes de sus ojos y dijo:

—Es un tipo admirable.

—Admirable, repitió Lanuza sin apartar la mirada del lienzo.

—Señores, exclamó el Lord, decidme con

franqueza si Eva pudo ser de otro modo.

—Así debió ser, contestó el diplomático. Sobre todo en el momento despues de la caída.

—Cierto, añadió Miguel; esa tristeza que la envuelve son las sombras de la tierra en que ha caído, y el fulgor de su belleza es la luz del paraíso, que aún se refleja sobre su frente.

—Por aquí, señores, dijo lord Walbrook, señalando la salida, que daba á una galería.

Los tres salieron para dirigirse á una escalera interior que conducia á las caballerizas.

Lord Walbrook iba alegre, Sir Packet indiferente y Lanuza pensativo, muy pensativo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

CAPÍTULO V.

Donde se espera mucho y no resulta nada.

A los que conocen el interés que inspira una pared detrás de la que sucede algo, no les parecerá increíble que los amigos de Miguel, sabedores de que iba a ser presentado a Lord Walbrook en su misma casa, esperarían con impaciencia el resultado de la visita, concibiendo la risueña esperanza de saber auténticamente a qué atenerse respecto al inagotable y manoseado asunto de la berlina misteriosa.

Que algo extraordinario ocurría en el silencioso e impenetrable palacio de Lord Walbrook, era indudable. No se concebía aquella existencia solitaria, apartada de toda comunicación, alejada de todo trato, aislada en medio del mundo, sin sospechar que existía

algun secreto poderoso que le imponía aquel género de vida tan impropio de su edad, de su fortuna y de su posición. Bueno que el opulento Lord no fuera completamente sociable, pero en su calidad de inglés, y de inglés ilustrado, se hallaba muy lejos de ser un salvaje.

Si en efecto Lord Walbrook prefería la soledad al bullicio del mundo, ¿por qué vivía en Madrid teniendo desiertos en África y bosques vírgenes en América? Si le gustaba la vida oscura, insignificante, de cualquier *pelagatos*, ¿por qué habitaba un palacio suntuoso y tenía á su servicio magníficos trenes viviendo como un príncipe?.... Si quería ser desconocido, ¿por qué se hacía visible? Si quería ser ignorado.... ¿por qué era rico?

Claro está que Lord Walbrook hacía vida de cartujo obligado por algún motivo oculto, poderoso, que lo alejaba de la sociedad, en la que sus libras esterlinas habrían hecho el papel más brillante. Mas ¿qué motivo podía ser ése? Hé ahí el secreto. Secreto en el cual debía esconderse necesariamente una

historia que por fuerza había de ser interesante.

¿Sería una mera excentricidad? Al fin se hubiera convenido en esto si la atención pública no hubiera empezado á fijarse en la berlina siempre cerrada, que fué como echar leña al fuego, dando nuevo pábulo á las suposiciones y más vivo estímulo á la curiosidad, que se deshacía en conjeturas.

Con estos datos á la vista comprenderemos la ansiedad de los amigos de Miguel, que reunidos en su casa esperaban noticias fidedignas de lo que había dentro de aquel palacio, donde más de un curioso intentó penetrar inútilmente.

Esperaban á Lanuza, Guillen, Medina, Matusalem, Ponce, el director de *El Oriente* y el marino; aquél marino de la triple alianza que conocimos pretendiendo la mano de la criolla.

La conversación era animada, aunque era triste el asunto de la conversación, que por otra parte no debía ser muy agradable para Matusalem, según el gesto que ponía.

Ponce fué el que la entabló diciendo:

—Señores, ¿querrán ustedes creer que todos los días pienso en el lance de Lanuza y del pobre Duque, y todavía no he podido explicarme cómo fué aquello?

—Sí, dijo el marino; aquello fué un abrir y cerrar de ojos; la estocada del Duque fué un relámpago.

—Pero la de Lanuza, añadió el director de *El Oriente*, fué un rayo.

—¡Pobre Marquesa! exclamó Guillen rascándose la frente. Ya hace siete meses que ocurrió el caso y todavía no se la ha visto en ningún sitio público. No recibe más que las visitas absolutamente inevitables. De sus amigos sólo la vemos con frecuencia el General y yo. En fin, no recibe ni al insigne Alejandro.

Todas las miradas se volvieron hácia Matusalem, que se encogió de hombros y tosió, y dijo:

De todas maneras hay que convenir en que la Marquesa era ya un sol que se acercaba á su ocaso, y por consiguiente no es preciso mucha astronomía para comprender que se acercaba el eclipse total de su belleza.

No quisiera ser injusto, pero todos sabemos que las mujeres demasiado celebradas, cuando conocen que los encantos empiezan á abandonarlas, aprovechan la primera ocasión que se les ofrece para emprender una hábil retirada.

—No paso por eso, replicó Ponce con viveza. En el caso presente no tiene aplicación esa regla, porque se trata de una mujer que está en el esplendor de la hermosura; yo no cuento sus años, cuento sus atractivos. ¡Demonio! es una gran mujer..... una mujer superior. No conozco un hombre que no se creyera el más dichoso de los mortales si conquistara su cariño y obtuviera su mano. Es una mujer por la cual me batiría con un regimiento.

—Cualquiera diría, advirtió el director de *El Oriente*, que le ha hecho á V. concebir un amor desesperado.

—No, contestó Ponce; nada de amor..... yo no tengo tiempo para dedicarme á las pasiones de novela. Es admiración lo que realmente me inspira.

—Llámele V. ache, replicó Medina.

Le llamaré lo que V. quiera; me es indiferente.

Guillen intervino diciendo:

—Cerca andan la admiracion y el amor, pero no son la misma cosa. Una mujer puede producir indistintamente cualquiera de esos dos fenómenos, que me atrevo á llamar psicológicos, ó si ustedes quieren, fisiológicos. No crean ustedes que hago una distincion demasiado metafísica. Yo soy el primero en admirar el mérito ecuestre de esos prodigios femeninos, verdaderos asombros de agilidad y de destreza que solemos ver en los círculos olímpicos. Pues bien, admiro esas mujeres, y sin embargo no me casaria con ninguna de ellas.

—La comparacion es algo violenta, dijo el director de *El Oriente*, porque nuestra bella Marquesa, aunque monta muy bien á caballo, no posee, que sepamos, ninguna de esas habilidades que aplaudimos en los cir-
cos.

—Ciertamente, contestó Guillen; la admiracion que puede causarnos la Marquesa es de otro género; mas si no pertenece su

principal mérito al prodigio de los ejercicios gimnásticos, pertenece á la gimnasia del espíritu, á la gimnasia del alma. El mundo ha admirado su belleza, su *sprit*, su opulencia, pero no la conoce por su lado sublime.

Matusalem quiso interrumpir al orador, pero Ponce con un ademan expresivo detuvo la palabra pronta á salir de sus labios, al mismo tiempo que dirigiéndose á Guillen, le decia:

Siga V., doctor, siga V.

—Sería inútil, porque se reirian ustedes de mis palabras; yo mismo me rio cuando lo pienso á solas; y sin embargo, cuando la veo, cuando la oigo, no puedo reirme; me siento sobrecogido, subyugado; hace cosas que me admiran, más aún, que me conmueven, y salen de su boca pensamientos que me deslumbran. Parece que vive en otro mundo; que ve las cosas al traves de otra luz distinta de la que á nosotros nos alumbrá; en una palabra, me parece que un espíritu superior, muy superior, reside dentro de ella. Toda mi ciencia se detiene indecisa,

suspensa, ante el singular fenómeno que ofrece á mi estudio.

—Está loca, dijo Matusalem, y eso es todo.

—¡Loca!..... exclamó Guillen dando un violento golpe con la palma de la mano sobre el brazo de la butaca en que se hallaba sentado. ¡Loca! ¡loca!

Ponce, que escuchaba al doctor atentamente, le preguntó:

—¿Padece mucho?

—No, contestó Guillen; todo lo contrario; es la mujer más feliz de la tierra. Entiéndanme ustedes bien; no alegre y risueña, sino feliz y tranquila.

—Entonces, dichosa ella, añadió Medina.

—Por supuesto, dijo el director de *El Oriente*. Mucho quería á su hermano y el trance fué terrible, pero examinadas friamente las cosas, el suceso no tiene nada de extraordinario; ocurre con frecuencia, y no hay motivo para desesperarse por una desgracia á que todos estamos expuestos; es, pues, muy natural que se vaya consolando.

—Hay que tener en cuenta, advirtió el marino, que al fin y al cabo se ha quedado sola en el mundo, y eso no deja de ser triste.

—¡Sola!..... exclamó Medina. Sola y posee muy buenas rentas, que su desgracia habrá duplicado probablemente, puesto que habrá heredado el título y los bienes del Duque.

—Estás en un error deplorable, y tu aritmética es horrible, y además falsa. La Marquesa vive reducida á lo absolutamente necesario, y seré más exacto si digo que no posee nada.

Así replicó Guillen á Medina, causando con sus palabras visible sorpresa en todos los que se hallaban presentes.

—¿Cómo es eso! exclamaron algunos á la vez.

—Siendo, contestó el doctor. La Marquesa no tiene nada suyo.

—Pues ¿quién la ha despojado de su fortuna? preguntó Matusalem.

—¿Quién?..... una familia numerosa, que según dice ella misma, todos tenemos. Familia, añade, con la que debemos partir nuestros bienes, nuestras alegrías y nuestro

corazon. Los pobres, á quienes busca en los más ocultos rincones de la miseria, de la abyeccion y del abandono. Vamos, es una monomanía. Yo sé lo que hace, porque en mi calidad de médico la acompaño muchas veces, teniendo que subir á las más miserables boardillas ó bajar á hediondos sótanos donde siempre hay algun enfermo que yo receto, mientras ella con sus manos de princesa lo limpia, lo asea, le aplica los medicamentos, lo anima con dulces palabras y hasta lo besa. Sí, señores. Anoche me llamó apresuradamente. Me hallaba yo presidiendo el congreso médico en el momento en que la discusion luminosa me llevaba como por la mano á la curacion de la tisis, cuando me entregaron un billete diminuto, en el cual me decía: «Guillen, pronto, venga V., es urgentísimo.» Y dicho y hecho, abandoné el sillón, tomé el primer coche que encontré en la calle, diciéndole al cochero: Una carrera de un minuto y un duro de propina. Llegué á casa de la Marquesa ántes de un minuto, porque el dinero hace milagros. Subí, y ya me esperaba envuelta en un abrigo suma-

mente modesto, y con el semblante lleno de alegría, me dijo: «Doctor, ¡qué desgracia tan grande! Vamos corriendo, y se colgó á mi brazo, y empujándome me arrastró como un torbellino. Aun estaba en la calle el coche que yo acababa de dejar, y lo tomamos, encontrándonos poco despues al pié de una escalera estrecha, lóbrega, muy pendiente, que se elevaba en tramos interminables. Comenzamos á subir, yo despacio y la Marquesa tan de prisa como si subiera al cielo, y tuve que seguirla. Era una ascension penosa, que no se acababa nunca. Y vean ustedes lo que son las cosas. Salía de una asamblea de sabios, donde á la luz de la ciencia se buscaba el remedio de una enfermedad incurable, y me encontraba á los diez minutos subiendo una escalera estúpida, verdaderamente empírica, casi oscura, y mi espíritu filosófico me llevó sin saber cómo á la reflexion siguiente: El congreso médico, subiendo por el esplendoroso camino de la sabiduría, busca la curacion de la tisis y no la encuentra, y hé aquí una escalera lóbrega é ignorada que me está diciendo bien clara-

mente la manera de adquirir la tisis. Aquella escalera se me representó fantásticamente como una carcajada arrojada al rostro de la ciencia. Sentí por un momento vergüenza de ser sabio, y continué subiendo detras de la Marquesa, que devoraba los escalones.

Llegamos al término de la escalera y nos encontramos un largo corredor con una serie de puertas numeradas como los calabozos de una cárcel, como si la miseria fuera un delito. Delante del número 7 se detuvo la Marquesa como si quisiera escuchar, pero no oyendo nada, empujó más bien que llamó á la puerta, ésta se abrió y entramos. Imaginen ustedes un techo inclinado, un techo que se viene encima, partido por el hueco de un tragaluz, al pié del que humeaban Perezosamente unos cuantos carbones dentro de un barreño de barro, que contenia un pequeño puchero. En el ángulo de la izquierda habia un jergon sobre el suelo, y al rededor de esta cama un enjambre de chiquillos apretados unos con otros, medio desnudos, como si quisieran comunicarse unos á otros calor, aliento y vida. A la cabecera de la

cama se veia una mujer, apoyados los codos sobre las rodillas y casi oculto el rostro en los huecos de las manos. Sobre el jergon estaba el enfermo.

Guillen hizo alto para respirar, porque todo eso lo habia dicho precipitadamente, como quien desea pasar pronto. Todos permanecieron silenciosos esperando el fin del relato, y el doctor prosiguió diciendo:

— El enfermo era, y es, un pobre militar, que reunia tres veces un número fatal. Yo no soy supersticioso, la ciencia es enemiga de toda supersticion..... pero hay coincidencias..... esto es innegable..... En el pobre militar enfermo se daba la siguiente combinacion: reunia siete heridas, siete cruces y siete hijos. La sorpresa que causó nuestra presencia hizo que se volvieran hácia nosotros los semblantes que formaban aquel cuadro de ánimas. La mujer alzó sus ojos desconsolados y se encontró con la sonrisa de la Marquesa, que inclinada para no tropezar con la cabeza en el techo, le decia: Señora, no hay que afligirse; aquí viene un médico que nos dará á todos consuelo y es-

peranza. La mujer empezó á sollozar ahogadamente, y todos aquellos semblantes que rodeaban el jergon rompieron en llorar. Abrió el enfermo sus desmayados ojos y con voz apagada dijo: «No llores, María, no llores. Hijos míos, viviré, porque Dios querrá que viva. — Sí, amigo mío, se apresuró á decir la Marquesa, vivirá V.; pues no faltaba más sino que estas siete criaturas se quedarán sin padre.» Y volviéndose á mí, añadió: «Vamos, doctor, lo veo á V. con cara de hacer pucheros, cuando aquí lo que importa es hacer medicinas.» Me acerqué y reconocí al enfermo, mientras la Marquesa trataba de evitar que la mujer, puesta de rodillas, le besara las manos. «¿Qué hay, doctor? me preguntó. — Señora, le contesté, advierto una gran debilidad. Pero bien, ¿qué es ello?», volvió á preguntarme. Me acerqué á su oído y en voz muy baja le contesté: «Hambre, señora, nada más que hambre. — Eso es, caballero, dijo la mujer que oyó ó adivinó mis palabras; el infeliz no quiere comer nada para que nosotros comamos algo..... ¡estamos tan pobres!..... Y es un santo, señora;

un mártir que se mata por sus hijos.» En esto apareció un nuevo personaje, que no sabré decir á ustedes si era mujer ó era hombre, porque á la vez parecía las dos cosas. Al verla los muchachos más pequeños se pusieron en movimiento, diciendo: «La señora Gertrúdis», y agitaban sus manos como los pájaros agitan las alas cuando amanece. La señora Gertrúdis se encargó inmediatamente de ir á la botica inmediata por el medicamento que yo había marcado en una hoja de mi cartera. Antes de tomar la receta que yo le presentaba, dejó sobre la única mesa que había en la habitación un pan y una taza que contenía caldo; el pan no era muy grande, pero la taza era inmensa. En fin, allí me tuvo la Marquesa hasta las doce de la noche. Como Dios la encaminó, hizo acostar á toda la familia despues que le preparó algún alimento; y sentada en el suelo se pasó aquellas horas mortales charla que charla en voz baja con la señora Gertrúdis, que hablaba por los codos, y que en medio de tanta miseria le contaba, por lo que pude entender, la historia de una moneda de oro que

la Marquesa oía sin pestañear. Después de las doce salimos de allí, pero ántes se acercó al enfermo, que dormía un sueño reparador, y.... pásmense ustedes, le dió un beso en la frente; luego fué besando uno á uno á aquellos demonios de angelitos que dormían como lirones. También besó á la madre, poniéndole en la mano una moneda de cinco duros, y diciéndole: «Hasta mañana, que será otro día.—Señora, exclamó la mujer llorando; ¿quién la ha traído á esta casa para llenarla de esperanza?—Dios, amiga mía, le contestó; Dios, que nos envía las aflicciones para purificarnos y los consuelos para fortalecernos.» Ya comprenderán ustedes que la miseria ha concluido desde anoche para aquella familia. Así se lo prometió á la señora Gertrúdis al despedirse de ella, al mismo tiempo que estampaba en sus velludas mejillas un par de besos soberanos; parecía que besaba á su madre. Pues bien, señores, de éstas hace la Marquesa una cada día; á mí me trae y me lleva como á un dominguillo, y es el caso que con ella no hay manera de evadirse.

—Todo eso es sublime, exclamó Ponce con verdadero entusiasmo.

—Sí, añadió el director de *El Oriente*; se conoce que tiene un corazón filantrópico.

—No, caballero, replicó el marino; no hay tal *filantropía*; es caridad, pura caridad.

—¿Y quiere V. decirme, preguntó el publicista, qué diferencia esencial se encuentra entre lo que V. llama caridad y yo llamo filantropía?

—Sí señor, le contestó el marino; existe la diferencia que hay entre la nieve y el fuego, entre el cielo y la tierra. La *filantropía* es glacial y la caridad es ardiente. La primera nace de la razón, la segunda de la fe; hay, pues, entre ellas la pequeña diferencia que existe entre el hombre y Dios; ¿le parece á V. poco?

Aquí el director de *El Oriente* tuvo la impertinencia de sonreírse, y el marino añadió:

—Perdone V., caballero; no recordaba que Dios no está ya de moda entre ciertas gentes y he incurrido en la indiscreción de

nombrarle; pero ¡ah, señor periodista! yo quisiera ver esa sonrisa incrédula en medio de las tempestuosas soledades del Océano. Y dirigiéndose á Guillen le dijo: Continúe usted, doctor, hablándonos de la Marquesa, porque, como dice Ponce, es una gran mujer.

—Seguiré, contestó Guillen, aunque ahora se van ustedes á reír de mí. Imagínense que muchos días me obliga á oír misa en su oratorio. Me coge, y quieras que no quieras, me meté la misa en el cuerpo como á un colegial de seminario; yo, cuando recuerdo esto, me río; pero créanme ustedes, oigo mi misa de rodillas con una devoción ejemplar. Pues no pára aquí la cosa. Oigan ustedes: como en su casa muy á menudo, y ordinariamente nos reunimos en la mesa cuatro personas: la Marquesa, aquel anciano sacerdote que vimos en la quinta el día del lance, el General y yo; y no hay remedio, ántes de la sopa hemos de oír una oración que el buen sacerdote nos encaja, bendiciendo la mesa en que vamos á comer, y despues de los postres hay que dar gracias, y nos hace rezar

como á unos chiquillos de la escuela. El General está ya completamente convertido; cruza sus manos sobre la mesa y reza como un monje; yo aquí me río, pero allí rezo como un santo. Un día, poco despues del lance, la encontré agitada, sumamente pálida y temblorosa; el pulso no estaba en caja, era presa de una exaltacion nerviosa, cuya crisis se acercaba, y me pareció inminente un acceso semejante al que todos presenciamos en la quinta cuando vió aparecer á nuestro amigo..... Matusalem, que dicho sea entre paréntesis, tuvo la inoportunidad de presentarse allí en el momento de espirar el Duque. Al verla próxima á caer en el mismo estado, le dije: «Marquesa, urge que se meta usted en la cama inmediatamente mientras hago traer un calmante que apacigue la exasperacion de los nervios.—No, me contestó apretando los dientes como si quisiera reprimir la convulsion que la invadía.—Estos ataques, repliqué, son muy violentos y conviene impedirlos. ¿No quiere V. hacer nada?—Sí, me contestó, pero no eso.—Es lo más eficaz, le advertí, para el caso en que nos

encontramos.—Yo tengo otra medicina más prodigiosa», me dijo. «¿Cuál? pregunté.—Aquella»; y pronunciando esta palabra me señalaba un libro que había sobre el velador que tenía junto á mí. Cogí el libro y leí en la portada *Kempis*. «¡Señora! exclamé.—Lea usted, me replicó.—¿Por dónde?—Por cualquier parte; todo el libro es medicina.» Abrí á la aventura y comencé á leer estas palabras: «Vano es el que pone su esperanza en los hombres ó en cualquiera de las criaturas.» Y seguí leyendo muy despacio, causándome viva novedad lo que leía. Hoja tras hoja recorrí una gran parte del libro, y creo que habría llegado hasta el fin, si la Marquesa con un tono de voz, que me sorprendió por lo tranquilo y por lo dulce, no me hubiera dicho: «Basta.» Alcé la cabeza, la miré y la hallé transformada; todo el aparato de síntomas con que un momento ántes amagaba el acceso, había desaparecido; el pulso latía con perfecta regularidad, dilatado y tranquilo. Entonces se entabló entre nosotros el diálogo siguiente:

—Señora, ha pasado la tormenta que amenazaba, ó más bien se ha disipado.

—Así lo esperaba, porque mi medicina es prodigiosa.

—¿Cree V. que la ha sanado la lectura de este libro?

—Sí; ¿V. no lo cree?..... ¡pobre médico!

—Pero bien, Marquesa; ¿cómo obra en usted la lectura de este libro?

—Como un bálsamo.

—¿Sobre qué órgano?

—Sobre el corazón.

—¿Acaso tiene V. el corazón enfermo?

—Mucho.

—¿De qué?

—De una enfermedad terrible, mortal, que V., señor doctor, no conoce ni acertaría á librarme de ella.

—¿Cómo se llama esa dolencia desconocida?

—Se llama odio.

—¡Usted odia, Marquesa!

—Sí.

—Mucho daño le habrá causado esa persona aborrecida.

—Son dos personas.

—¿Dos?

—Sí.

—Una..... lo comprendo..... al fin, es el matador del Duque..... pero la otra..... no sé.....

—No aborrezco á Lanuza..... ántes bien lo compadezco..... lo compadezco mucho, y Dios sabe cuánto le pido que sea feliz. Este ódio que se ha apoderado de mi alma y que combato con todas mis fuerzas, se exagera algunas veces de modo que me pone fuera de mí; pero Dios me ayuda y lo voy venciendo; poco á poco irá saliendo de mi corazón.

Hará dos meses, prosiguió diciendo Guillen, que me dijo: Señor doctor, me curé radicalmente; no queda en mi alma odio ninguno; los he perdonado con todo mi corazón; porque ¡ay, Guillen! yo también necesito que Dios me perdone. Ahí tienen ustedes, señores, á la Marquesa tal y como es, desde la desastrosa muerte de su hermano. Hace de mí lo que quiere. Toda mi ciencia me abandona delante de ella, y si no huyo pronto de sus seducciones, me verán ustedes acabar

cantando misa. Esto me desespera; mas como se empeñe, me convertirá en misionero ó en hermana de la caridad.

Por el silencio que reinó despues de pronunciadas las últimas palabras, pudo Guillen inferir el interes que habia despertado su relato. Aunque el efecto que advertia en sus oyentes no era el que esperaba, saboreó su triunfo pensando modestamente que se habia equivocado acerca del éxito, puesto que no consiguió hacer reir ni una vez siquiera. No le sorprendia la grave seriedad del marino, porque no podia ocultársele que era un espíritu rudo, que creía en Dios á puño cerrado; pero ¿y el director del periódico, que era un *espíritu fuerte*, adorador del éxito? ¿y Medina, que era un espíritu positivo, que no creía más que en el oro? ¿y Ponce, que era un espíritu ligero, muy capaz de creerlo todo? ¿y Matusalem, en fin, espíritu escéptico, incapaz de creer en nada? ¿Cómo no se desternillaban de risa viéndolo á él, racionalista puro, que no creía más que en la ciencia, oír misa devotamente como una beata, rezar despues de comer como un novicio y

aplicar por toda medicina á un ataque de nervios la lectura de unas cuantas páginas del *Kempis*? El sabio doctor no atinaba con la causa de tan singular efecto.

Ponce rompió el silencio, exclamando :

—Daría lo que me pidieran por conocer á esas dos personas á quienes la Marquesa ha perdonado; porque yo no tengo el corazón tan generoso y aceptaría con mucho gusto la responsabilidad de aborrecerlas.

Guillen le dijo :

—No puedo satisfacer ese deseo, porque aún cuando mis sospechas son vehementes, no debo hacer uso de ellas. Pero nuestro amigo Matusalem, que ha obtenido por mucho tiempo la noble confianza de la Marquesa, tal vez pueda darnos una luz segura. ¿Qué dices á esto, Alejandro?

—Nada, contestó Matusalem. Las mujeres hacen indistintamente á cualquiera objeto de su amor ó de su odio, y en verdad, ni ellas mismas saben nunca cuándo aman y cuándo aborrecen.

—Respetemos su discreta reserva, añadió Guillen. Cuando él calla tendrá muy serias

razones para darse un punto en la boca. Mas hay otra persona que por su antigua y estrecha intimidad con la Marquesa debe saber algo, si es que no lo sabe todo, pues ya habrán ustedes comprendido que en todo esto se oculta una terrible historia.

Matusalem se puso de pié, diciendo :

—Pobre sabio. Cuando descendes del mundo de tu ciencia al mundo real de las cosas, no ves más que visiones. La Marquesa es de suyo novelesca, y este pozo de sabiduría toma sus cosas al pié de la letra. ¿No presenciaron ustedes la escena de la quinta? ¿No la vieron furiosa lanzarse sobre mí acusándome de ser el autor de la catástrofe, llamándome asesino de su hermano?..... Y sin embargo, ustedes saben perfectamente que Redondo y yo fuimos á impedir el lance.

Estas palabras hicieron asomar en la boca del doctor una sonrisa tan extraña, que Matusalem apartó los ojos de su amigo, seguramente por no verla.

—Aquel arranque se explica muy bien, dijo el director de *El Oriente*. Fué un extravío momentáneo..... ¡qué diablos! el caso

no era para ménos; comprendo que desde entónces su cabeza no esté completamente en caja. El juicio de las mujeres es volátil por su naturaleza, y sea lo que quiera, el caso es que, imaginaria ó real, hay aquí una historia ó una novela, da lo mismo, y eso es siempre interesante. Participo, pues, de la curiosidad, aunque sin propósito de aborrecer á nadie, y espero el nombre de esa otra persona que debe estar en autos.

—No hay inconveniente en pronunciar ese nombre, contestó Guillen, y voy á decirlo. Creo que la criolla está en el secreto.

Ponce se dió una gran palmada en la frente, exclamando:

—¡Señores! yo tambien lo creo; desde un principio se me metió en la cabeza que en el lance de Lanuza y del Duque habia *embuchado*.

Levantóse Guillen, y acercándose dramáticamente á Ponce, le puso la mano sobre el hombro pronunciando con solemnidad estas palabras:

—*Embuchado*. Sí señor; y más embuchado del que V. se imagina.

Los ojos de Matusalem lanzaron sobre el médico una mirada de víbora, y en aquel momento un coche se detuvo á la puerta de la casa.

—Aquí está Miguel, dijo Medina.

—Historia por historia, añadió el periodista, prefiero la del inglés á la de la Marquesa.

—Por supuesto, exclamó el agente de bolsa. La historia del inglés ha de ser mucho más interesante, como que se trata de un Lord inmensamente rico.

Miguel entró, y su presencia fué coronada por un aplauso. Semejante al actor que se ve aplaudido cuando ménos lo merece, paseó la mirada por el público de sus amigos saludándolos con una prolongada cortesía; arrojó el sombrero sobre una mesa y se sentó muy tranquilamente sin pronunciar ni una palabra.

—¿Qué hay? le preguntaron todos á la vez.

—Hay, contestó, que Lord Walbrook quiere comprarme á *Bel-Khrer*.

—Pero bien, ¿qué has visto? volvieron á preguntarle.

— Muchas cosas.

— Cuenta, cuenta.

— En primer lugar, he visto un formidable negro; despues un chino auténtico; luego un indio bravo; en la habitacion inmediata un hermoso griego, y en seguida vi á Lord Walbrook.

— ¿Nada más?

— Sí, he visto más; he visto dos cuadros, dos retratos; he visto tambien las caballerizas del noble Lord, y he admirado sus magníficos caballos.

— Y bien, preguntó el periodista; ¿qué sabemos? ¿qué hemos inquirido?

Miguel tomó una actitud solemne, teatral, y dijo:

— Pasmaos, admírense ustedes, asómbrense; no hemos inquirido nada.

— ¡Nada! exclamaron los amigos estupefactos.

— Nada, repitió Miguel; absolutamente nada.

Y como ocurre siempre en las grandes sorpresas, en los acontecimientos más inesperados, todos se quedaron con la boca abierta.

CAPÍTULO VI.

La sombra del Duque.

¿No os ha caído alguna vez el premio grande de la lotería? ¿Alguno de vosotros no ha recibido inesperadamente de América ó de la India la triste noticia de la muerte repentina de un tío millonario, del cual sois el único heredero? Supongamos que vuestros negocios van pésimamente, que se acerca el día de una liquidacion desastrosa, ¿no experimentaréis la más viva sorpresa si en vez de la voz inflexible de vuestros acreedores llama á la puerta de vuestra casa el sangriento estrépito de un motin, cuyo triunfo ha de ser el trastorno completo del orden social?..... Sois de condicion apacible, de carácter pacífico, pero ¡ah! la ruina que os

— Muchas cosas.

— Cuenta, cuenta.

— En primer lugar, he visto un formidable negro; despues un chino auténtico; luego un indio bravo; en la habitacion inmediata un hermoso griego, y en seguida vi á Lord Walbrook.

— ¿Nada más?

— Sí, he visto más; he visto dos cuadros, dos retratos; he visto tambien las caballerizas del noble Lord, y he admirado sus magníficos caballos.

— Y bien, preguntó el periodista; ¿qué sabemos? ¿qué hemos inquirido?

Miguel tomó una actitud solemne, teatral, y dijo:

— Pasmaos, admírense ustedes, asómbrense; no hemos inquirido nada.

— ¡Nada! exclamaron los amigos estupefactos.

— Nada, repitió Miguel; absolutamente nada.

Y como ocurre siempre en las grandes sorpresas, en los acontecimientos más inesperados, todos se quedaron con la boca abierta.

CAPÍTULO VI.

La sombra del Duque.

¿No os ha caído alguna vez el premio grande de la lotería? ¿Alguno de vosotros no ha recibido inesperadamente de América ó de la India la triste noticia de la muerte repentina de un tío millonario, del cual sois el único heredero? Supongamos que vuestros negocios van pésimamente, que se acerca el día de una liquidacion desastrosa, ¿no experimentaréis la más viva sorpresa si en vez de la voz inflexible de vuestros acreedores llama á la puerta de vuestra casa el sangriento estrépito de un motin, cuyo triunfo ha de ser el trastorno completo del orden social?..... Sois de condicion apacible, de carácter pacífico, pero ¡ah! la ruina que os

amenaza os meterá un leon en el cuerpo y sentiréis el valor heroico del que no tiene nada que perder..... y si semejante patriotismo no os da ánimo para empuñar un fusil y correr á la barricada más próxima gritando viva la libertad, haréis en el último rincon de vuestra casa votos ardientes por el triunfo del desastre, porque el desastre os salva por algun tiempo de la ominosa tiranía de vuestros acreedores. En fin, ¿no os ha hecho felices alguna vez la triste nueva de una desgracia? Pues bien, una satisfaccion semejante fué la que experimentó Redondo cuando al llegar á la quinta de Ponce supo que Lanuza habia herido al Duque, y se aumentó su alegría al saber pocos minutos despues que el hermano de la Marquesa habia dejado de existir.

No eran precisamente los noventa mil duros prestados á Lanuza con la espontaneidad que vimos en el capítulo 1x del libro iv los que abrian el espíritu del banquero á la solitaria delicia de aquella muda complacencia. La idea de que Agudo se hubiera burlado de su torpeza, porque ya no le cabia duda

de que habia caido en un lazo hábilmente dispuesto por su astuto enemigo, lo desesperaba, y en la imposibilidad de evitar el lance que no habia previsto, deseó que Miguel saliera victorioso; y pensándolo más despacio, una vez puesto su ánimo en el camino interminable de los deseos, entrevió como el resultado más feliz la muerte del Duque, porque entónces la mano de la criolla pasaria sin obstáculo alguno á la mano de Miguel, uniéndose ambos en dichoso matrimonio, y el mortal afortunado dueño de tan pingüe criatura se apresuraria á recoger el *pagaré* de los cien mil duros, y claro está, el implacable Agudo bramaria de coraje viéndose envuelto en sus propias redes.

Haciendo justicia á los sentimientos filantrópicos de Redondo, debemos repetir que su primer deseo fué evitar el duelo. Por eso acudió á la quinta de Ponce acompañado de Matusalem y seguido por dos agentes de la autoridad, que llevaron órdenes, que fueron inútiles, pero que eran terminantes. Mas dada la fatalidad del lance, deseó la muerte del Duque, como Agudo desearia la muerte

de Lanuza. Era una apuesta que se jugaban sobre la vida del uno ó del otro, y el éxito habia sido completamente satisfactorio para Redondo. La astucia estaba de parte de Agudo, mas Redondo tuvo de su parte á la fortuna. El Duque no era eterno, alguna vez habia de morir, y en cambio, el victorioso banquero iba á reirse cruelmente de su enemigo, que estaria furioso al ver deshecha su intriga.

Desde la quinta de Ponce corrió á la casa de Agudo y entró en ella con los lentes en los ojos y la sonrisa en los labios. Agudo lo recibió serio, grave y ceremonioso.

—Amigo mio, dijo Redondo con su voz de metal; se ha perdido V. cincuenta mil duros de una mano á otra. El Duque ha recibido una horrible estocada y acaba de espirar. Lanuza no tiene ya quien le dispute la mano de la criolla; se casará con ella, y ya ve V., pagará á toca-teja.

—Es muy justo, exclamó Agudo sentenciosamente, que el Sr. Lanuza pague lo que debe.

—Perdone V., se apresuró á decir Re-

dondo, sin dejar de sonreirse; ignoraba que la noticia de esta catástrofe pudiera causarle tan mal efecto; en otro caso, ya comprende usted que lo habria ido preparando ántes de dársela; es una indiscrecion mia, que V. excusará con su natural benevolencia.

Dichas estas palabras, se cantoneó, si no con la gracia, por lo ménos con las pretensiones de habilidad con que se cantonea en la plaza de toros el atrevido *chulo* despues de haber colgado en el macizo cuello de la fiera un buen par de banderillas.

Agudo se sonrió á su vez, y le dijo:

—Le agradezco el interes que le inspira el justo sentimiento que me causa la muerte del Duque; mas no se aflija, porque la indiscrecion de que V. se acusa ha sido enteramente ociosa; ha llegado V. tarde, pues ya lo sabía.

—De todas maneras, replicó Redondo, convendrémos en que ha sido una cosa inesperada.

—No, contestó Agudo; yo tuve siempre por cosa segura que esos dos hombres chocarian violentamente, y siempre me incliné

á creer que el Duque llevaría la peor parte. ¡Pobre Duque!..... continuó diciendo; era un botarate, un insigne botarate..... pero no es por eso para mí ménos sensible su muerte. Yo no le tenía grande estimacion, y sin embargo le profesaba un singular afecto. Conocí á su padre, le debí algunos beneficios, y ¡qué demonio!..... no puede ser uno indiferente á ciertos favores.

—Ahora comprendo, añadió Redondo, toda la extension de la pena que experimentará V. en este momento, porque considero lo dolorosa que ha de ser la muerte de un hijo para aquel que deba favores á su padre, y más si esos favores no han podido pagarse.

—Así es la verdad, contestó Agudo; hay favores que no se pueden pagar, porque no todos los beneficios se reciben en dinero.

Encogióse de hombros el Sr. Redondo, diciendo:

—El caso es que Lanuza ha puesto una pica en Flándes desembarazándose del único obstáculo que podía cerrarle el camino de un soberbio matrimonio.

—¡Quién sabe!..... exclamó Agudo muy seriamente.

La sonrisa de Redondo se convirtió en carcajada, y formaban verdadero contraste la gravedad del uno y la mal disimulada satisfaccion del otro. Este último dijo:

—Cualquiera sabe que muerto el perro se acaba la rabia; por consiguiente, muerto el Duque, la criolla es de Lanuza. Esto no tiene vuelta de hoja.

—¡Quién sabe!..... volvió á repetir Agudo más gravemente. Antes del lance nadie ha visto en ese desgraciado asunto más que las consecuencias inevitables de una disputa casual, de un acaloramiento involuntario, de un escándalo natural, naturalísimo. Mas ahora que hay un cadáver, el horror público no se contentará con tan frívolo motivo y buscará una causa más seria á lo serio del caso. Por poco que discurra, no le será muy difícil caer en la cuenta de que esos dos hombres se han disputado espada en mano los trescientos mil duros de renta que forman la pingüe herencia de la criolla.

—Y bien, replicó Redondo, aunque la

suspiciacia pública llegue á una suposicion tan gratuita, no será la primera vez que dos hombres se matan por una mujer; y no veo razon que despoje á los futuros contrayentes de la aptitud legal de que se hallan revestidos para casarse como cualquiera hijo de vecino.

—Ciertamente, contestó Agudo; sería imposible ponerles impedimento; pueden casarse cuando quieran, y hé aquí la dificultad que yo encuentro: consiste en que ninguno de los dos ha de querer casarse.

—¿Por qué?..... preguntó Redondo admirado.

—Por miedo, contestó Agudo.

—¿Miedo á quién?

—Miedo á la sombra del Duque, á su cadáver ensangrentado, que se levantará entre los dos siempre que intenten acercarse; y créame V., Sr. Redondo; los muertos son muy tenaces, son incorregibles, son insoportables.

—Bah..... bah..... exclamó el banquero. Paparruchas. A los muertos se les entierra y asunto concluido.

—Sí; pero el Duque, á quien olvidará el mundo en cuanto la Iglesia eche sobre sus restos mortales el último responso, resucitará en la memoria de todo el mundo, y su nombre, si es permitido decirlo así, ensangrentado, aparecerá en todas las bocas siempre que esos desgraciados intenten dar el espectáculo escandaloso de su matrimonio.

—¿Qué está V. diciendo! ¿Por dónde ha de ser escandaloso un matrimonio contraído con la formalidad de todos los requisitos? En cuanto á la memoria del Duque, ¿qué les importa á ellos que el mundo la recuerde ó la olvide?

—Es V. un pobre hombre, replicó Agudo, por más que sea V. un rico banquero. El mundo, que habría despreciado á Lanuza si hubiera excusado el lance, lo mirará hoy con el horror que inspira toda mano manchada de sangre; y si mañana lo viera casarse con la criolla, estallarían sobre su cabeza todos los rayos de la indignacion pública; se diría que alevosamente había provocado el lance para deshacerse del Duque y coger los millones de la Virgen América. Se diría que

abusando de la buena fe de los testigos, había aceptado las condiciones de un duelo á primera sangre para ocultar más traidoramente el deliberado propósito de matar á su contrario. Se diría, en fin, que semejante á un bandolero, había robado una fortuna en la encrucijada de un lance de honor. En cuanto á ella, las gentes, indignadas, unas por indignacion verdadera, otras por pura maledicencia, y no pocas por mera envidia, la acusarian de perversidad notoria viéndola dar su mano á un aventurero, á un advenedizo, que había clavado la espada homicida en el corazon del hombre á quien moralmente estaba unida desde la infancia, al íntimo amigo de su familia. Se diría más; se diría que ella misma con sus odiosas coqueterías había provocado la sangrienta catástrofe. Se les consideraría, en fin, á ambos como unos de tantos criminales, á los que la ley no alcanza nunca, pero que la sociedad descubre algunas veces.

—Eso es horrible, exclamó Redondo, eso es infernal.

—Sin duda alguna, amigo mio, añadió

Agudo; infernal, horrible, pero es cierto, y Lanuza y la criolla comprenderán su situacion y se alejarán uno de otro, atemorizados ante el horror público, aterrados ante el cadáver del Duque, que se levantará entre ellos acusándolos de alevosa complicidad.

Al llegar aquí el diálogo se había cambiado el aspecto de estos dos extraños personajes: la sonrisa de Redondo se había convertido en seriedad, en asombro, casi en espanto, y la lúgubre gravedad de Agudo empezaba á desaparecer bajo la sombra de una sonrisa entre compasiva y burlona.

Como el que se agarra á un clavo ardiendo, se agarró Redondo á la primera idea que pasó por su cabeza.

—No, dijo; eso es exagerado. Además, la maledicencia es inconstante; el tiempo todo lo cura y el oro todo lo tapa. Comprendo que tributen al cadáver del Duque tres meses de cortesía; más aún, seis meses..... llevo hasta un año; mas pasado este tiempo, nadie se acordará del muerto, y la esplendidez de la boda deslumbrará todos los ojos, y se disiparán las sombras de la calumnia

como se disipa la noche cuando el sol sale. ¡Qué demonio!..... los muertos á la sepultura y los vivos á la vida. Siempre ha sucedido lo mismo.

—Muy bien, contestó Agudo. Yo comprendo que á pesar de la repugnancia que inspiren, el *tolle tolle* circulará *sotto voce*, mientras en voz baja se les adule. Convento en que la murmuración los despedace en conversaciones privadas, mientras la lisonja les sonría. El mundo es el primer cortesano, y sabe muy bien besar dulcemente despues de haber mordido con diente envenenado. Pero..... ¿y ellos?..... ¿arrostrarán esa situación equívoca? Preciso es suponer que han perdido toda conciencia para creerlos capaces de semejante audacia. Han de sentir los remordimientos de su locura ó de su maldad. Tal vez han ido las cosas más allá de donde ellos querían, y ahora se encuentran con que un muerto es mayor obstáculo que un vivo. No tenga V. duda, señor de Redondo; el Duque vive para ellos con una vida implacable; tan implacable que no pueden volver á matarlo. No sé si se aman, y me inclino á

creer que no pueden amarse; mas sea como quiera, hay entre ellos un lago de sangre, una sepultura siempre abierta á sus ojos, un cadáver que los separa á lo ménos por mucho tiempo. Crea V. que es un mal negocio.

—¿Y un matrimonio secreto? preguntó Redondo.

—No lo intentarán, porque eso acabaría de comprometerlos. Además, no hay matrimonios secretos, y si los hay, se descubren bien pronto. Bah, en el caso en que se hallan, ese recurso no tiene piés ni cabeza.

—Pueden huir, añadió Redondo.

Miró Agudo atentamente á su interlocutor, y le dijo:

—Tanto interés le inspira á V. la felicidad de esos muchachos, que sería una crueldad negarle á V..... que en efecto pueden huir, aunque la fuga fuese el más seguro testimonio de la alevosa complicidad con que ambos han procedido en este asunto. En él ha debido andar otra mano más traidora todavía, que yo no distingo. Señor Redondo, añadió con marcada sonrisa, la muerte del Duque es acaso el fatal resultado de un do-

ble resentimiento, que álguien ha dirigido por fines particulares. Y ¿quién sabe?..... Tal vez los noventa mil duros que V. con su conocida generosidad ha prestado inocentemente á Lanuza, hayan contribuido á este sangriento desenlace. En lo sucesivo no sea usted tan..... tan bondadoso..... porque el mundo está de una manera, que es preciso pensar mucho los favores que se hacen.

Salió Redondo de casa de Agudo furioso, con las mejillas más encendidas que de ordinario, y soplando como si llevara dentro un incendio. Ya se ve, habia ido á casa de su enemigo ansioso de reirse en sus barbas, y salía de ella como perro con maza.

—Es un bribon, decia subiendo en el coche. Un bribon de siete suelas..... Nada de eso que ha dicho tiene sentido comun; pero es un malvado, que extenderá esas voces, hará que se propaguen y conseguirá al fin que se levante entre Lanuza y la criolla el rumor de sus infames calumnias.

El opulento banquero se sentia herido á la vez en su vanidad de hombre astuto y en su bolsillo de millonario. Agudo se reia de

él con cínico descaro, y esta burla, que le llegaba al alma, podia muy bien llegar á costarle noventa mil duros, porque si fracasaba el matrimonio de Lanuza con la criolla no sería ya tan fácil recoger los dos millones prestados. Es verdad que habia delante un año de plazo, durante el que Miguel pudiera adquirir una fortuna.

Esta esperanza no tranquilizaba á Redondo, porque sabía que es más fácil perder una fortuna que adquirirla, y no ignoraba que Miguel estaba casi arruinado por la última jugada de bolsa, en la que habia comprometido un capital superior á sus fuerzas.

Dos ideas le acometieron al mismo tiempo: una agresiva y otra defensiva; sintió á la vez el deseo de acometer y de parar el golpe. Meditó la venganza más atroz que imaginarse puede, y sellóla con una promesa solemne.

—Juro, exclamó, no parar hasta que lo vea pedir limosna.

Este golpe terrible iba dirigido contra Agudo, porque Redondo no comprendia mayor desgracia que la de ser pobre; ases-

taba el rayo de su cólera contra el corazon, esto es, contra el bolsillo. ¿Acaso tiene otro el hombre moderno?

Despues echó sus cuentas, y dijo:

—Lanuzza goza en estos momentos del crédito que le han proporcionado mis noventa mil duros, y mientras el bribon de Agudo no esparza sus infames calumnias, gozará del crédito que le da en la plaza la probabilidad de su matrimonio con la criolla; por consiguiente, debo aprovechar los instantes y negociar el pagaré de Lanuzza. Quiere decir, que sacrificaré los intereses por la conservacion del capital. Descontaremos el diez por ciento y no faltará quien lo tome. Esto hay que hacerlo inmediatamente y por segunda mano ántes que Agudo rompa el fuego de su maledicencia.

Así decia, agitándose sobre los almohadones del coche, como si de este modo quisiera avivar el trote de los caballos.

De pronto dejó caer la palma de su ancha mano sobre el inmenso muslo, y exclamó:

—¡Demonio!..... Es preciso atar bien todos los cabos, no vayamos á incurrir en otra

tontería. Arrojar á la plaza un pagaré de Lanuzza es poner su crédito en tela de juicio; es despertar una desconfianza peligrosa; es añadir un inconveniente más á su matrimonio, que, diga lo que quiera ése imbécil, es un matrimonio probable, probabilísimo. Todo es lícito para casarse con una mujer que posee trescientos mil duros de renta, y haria yo muy mal en descubrir el estado de sus negocios. Bah, no le demos pólvora al enemigo.

—Esta reflexion, bastante atinada, fué suficiente para que desistiera de negociar el pagaré de Lanuzza.

Por lo que hace á éste, pasó quince dias encerrado en su casa maldiciendo á la criolla, que lo habia puesto en la necesidad de matar al Duque, á quien ¡oh miserable corazon humano! volvería la vida si estuviera en su mano dársela, despues de habérsela quitado.

Pero ya se ve, quince dias se pasan pronto, y despues de algunas reflexiones propias y de muchas ajenas, se fué reconciliando consigo mismo. Supo que Matusalem habia acudido al lugar del combate con ánimo decidido de evitarlo, y depuso la ira que contra

él abrigaba; y por último, absolvió á la criolla, declarándola inocente de toda complicidad en el asunto; pero no se atrevia á ponerse en su presencia y huía de los sitios públicos donde pudiera encontrarse con ella.

Un dia le dijo Matusalem :

—Has hecho una solemne barbaridad matando al Duque, y ahora estás haciendo una insigne tontería huyendo de Mercedes. Han transcurrido ya tres meses, y creo que estas deudas de dolor vencen á los noventa dias, y no encuentro razon para que te escondas de ese modo. Cualquiera diria—y no faltará quien lo diga—que despues de haber matado al Duque le tienes miedo á la criolla.

A pesar de todo lo que hemos visto, Matusalem conservaba todavía un resto de esperanza.

—No hablemos de eso, le contestó Miguel; ya que he cometido una barbaridad, no me incites á que incurra en otra; y desengáñate, por mucho tiempo entre esa mujer y yo estará el cadáver del Duque, que no nos dejará acercarnos.

—De manera, replicó Matusalem, que

el Duque, semejante al Cid, vence despues de muerto. ¿Vaya que se ha dejado matar para quitarte de las manos los trescientos mil duros de renta de la criolla? Hé ahí lo que debiste pensar á tiempo. Has cometido un homicidio inútil. En vez de sacar la mano llena de oro, la has sacado llena de sangre.

—Y bien, preguntó Miguel cruzando los brazos: ¿qué interes tienes tú, viejo maldito, en que yo me acerque de nuevo á la criolla? ¿Quieres que acabe de destrozar el corazón de la Marquesa haciendo alarde de mi sangriento triunfo?

Con mucha calma le contestó Matusalem, diciendo :

—No tengo en ello interes ninguno; compadezco á la Marquesa más que nadie, y no insisto; haz de tu capa un sayo..... porque, en verdad..... ¿Con qué derecho me meto yo á pensar en tus asuntos? ¿Quién me manda á mí echarme á cuestras los cuidados de tu situacion? Tienes firmado un *pagaré* por valor de cien mil duros; ¿á mí qué me importa?..... Vencerá el plazo mucho ántes de lo que desees; ¿á mí qué me importa?.....

Sufrirás una ejecucion bochornosa; te embargarán hasta la camisa, y sin embargo no pagarás tu deuda, porque la fortuna te ha vuelto la espalda, y tus negocios no llevan buen camino. Volverás á caer en la miseria, en la peor de las miserias, porque no hay nada más horrible que ser pobre despues de haber sido rico, y para que no puedas confundirte en la muchedumbre te seguirá como un escarnio el brillo de tu pasada celebridad, y al señalarte con el dedo, no dirán ése es Miguel Lanuza, sino ése es Miguel el tramposo. Todo esto es cierto, evidente, próximo é inevitable; pero ¿á mí qué me importa?.....

Todas las palabras que acabo de escribir, lentamente pronunciadas, fueron cayendo una á una en el ánimo de Miguel, causándole la acre impresion que debe producir un ácido activo derramado gota á gota sobre la carne viva de una herida abierta. Y como el enfermo á quien se le aplica un medicamento enérgico, que exacerba la dolencia trastornando su máquina, y duda si aquello será su salvacion ó su muerte, Miguel clavó en Matusalem los espantados ojos, y le dijo :

—No sé si intentas salvarme ó quieres acabar de perderme.

Luchando con esta idea pasó Lanuza muchos dias. No se acostumbraba á la perspectiva de la ruina que Matusalem le habia pintado, y no encontraba cara á propósito para presentarse delante de las señoras de Vega-honda. No podia pensar en Mercedes sin que la sombra del Duque se interpusiera, levantándose entre los dos con terrible aspecto. Y por otra parte, sólo la mano de la criolla podia salvarlo de la ruina que se le acercaba. Aquel pagaré maldito le helaba la sangre, porque Matusalem habia dicho la verdad; sus negocios no iban bien, y habia perdido la audacia que da la fortuna; jugaba con miedo, y es cosa sabida que la buena suerte huye de los cobardes.

Indeciso ante la alternativa que se le ofrecia, confuso entre la sombra del Duque, que le cerraba el paso, y el pagaré de los cien mil duros, que le abria un abismo, le ocurrió un término medio, un paso indeciso, un recurso indirecto; le ocurrió la idea de esperar; esto es, se cruzó de brazos, resuelto á ir adonde

lo llevarán los sucesos, proponiéndose como regla invariable de conducta no huir de la criolla ni buscarla. Si los trescientos mil duros de renta de la rica americana se le venían á las manos, los tomaría y nada más. Lo que es empeñarse en la empresa de conquistarlos, eso nunca. A nuestro héroe no se le ocurrió resolución más heroica, y como uno de tantos aventureros, se dejó llevar á la ventura. Llevaba en el fondo de su pensamiento un germen de tristeza, de la que sólo *Bel-Khrer* acertaba á distraerlo. Esta melancolía se reflejaba en su rostro, bañándolo de palidez extraña, al través de la que brillaban sus ojos y sus sonrisas, como suele brillar el sol de la primavera que acaba entre las nubes indecisas del otoño que empieza. Parecía que pasaba su alma por un misterioso crepúsculo, y habría sido difícil asegurar con acierto si eran las primeras claridades del día ó las primeras tinieblas de la noche.

Alguna vez era objeto de las conversaciones de sus amigos la transformación de su fisonomía.

Decían unos:

—No parece el mismo.

—Ya se ve, añadian otros; hasta ahora ha sido un niño y ya empieza á ser un hombre; ésa es una transformación natural. La infancia se prolonga algunas veces hasta los veinte y cinco años, y Lanuza ha cumplido ya veinte y ocho. No ha de llegar á la vejez con las mejillas sonrosadas y la frente tersa como una colegiala.

—Tal vez, advertía un tercero, padezca alguna enfermedad latente; ya saben ustedes que la tisis está de moda, y es hasta un recurso dramático, no ciertamente del mejor gusto, pero en fin, con algo había de sustituirse el sentimentalismo presente, el puñal y el veneno del romanticismo pasado.

—Ca, replicaban; Lanuza es robusto como un roble. Más que físico parece enamorado.

—¡Enamorado! exclamaban algunos. ¿Y de quién?..... No se enamora un hombre de talento tan fácilmente; el amor es la locura de los tontos y de los viejos. Más fácil es que lo mortifique el apetito desordenado de alguna ambición desmedida..... precisamente ésa es la pasión de nuestra época.

—Yo creo, añadió uno bajando la voz, que padece una enfermedad moral, que se llama envidia; esto es, tristeza del bien ajeno.

Estas conversaciones las cortaba siempre Guillen, diciendo:

—No dan ustedes pié con bola. No es la edad, ni la tísis, ni el amor, ni la ambicion, ni la envidia lo que entristece el rostro de Lanuza; es pura y simplemente la sombra del Duque, que la lleva siempre delante de los ojos.

Entre tanto ocurrían en la casa de las señoras de Vegahonda cosas que no dejaban de ser singulares, y que oídas de boca de los criados con las exageraciones propias de todo el que quiere realzar el interés de lo que refiere, llegaban hasta á ser fantásticas.

Los primeros quince días posteriores á la muerte del Duque, la señora de Vegahonda estuvo inconsolable, Mercedes sombría y cabizbaja, los criados silenciosos y Francisca, acurrucada como siempre á los piés de su señora, lloraba hilo á hilo. El dolor parecía repartido entre la hija, la madre y la negra, en esta forma:

La primera se había encargado de la tristeza callada y ceñuda, la segunda de las exclamaciones dolorosas y de los suspiros profundos, y la tercera del llanto permanente; mas pasados los primeros quince días, la intensidad de la pena fué cediendo á las insinuaciones del consuelo. Mercedes comenzó á sonreirse, su madre substituyó á los hondos suspiros los largos bostezos, y la negra, aunque se deshacía en lágrimas siempre que se pronunciaba el nombre del Duque, escondía el llanto bajo el embozo de su capa encarnada, como si álguien le dijera al oído que aquel llanto era ya un llanto intempestivo.

Sin embargo, no siempre podía ocultar sus lágrimas, y la señora de Vegahonda le decía:

—No llore, Francisca; mire, ya no tiene remedio.

Mercedes no le decía nada, pero algunas veces le lanzaba miradas violentas, imperiosas; parecía que con el fuego de sus ojos quería secar las lágrimas en los párpados de la negra.

Un día amaneció Mercedes completa-

mente consolada, risueña y hasta alegre; un ligero sonrosado animaba sus mejillas, y sus negras pupilas brillaban con ese resplandor apacible que dejan en los ojos los sueños profundos y tranquilos.

Acercóse al espejo de su tocador, contemplándose con aire satisfecho; mas súbitamente cambió su semblante de aspecto, convirtiéndose la dulzura en asperéza, la satisfacción en ceño, la tranquilidad en zozobra. Tenía delante de los ojos campeando sobre el mármol blanco de la mesa una tarjeta de luto, en la que leyó atónita las siguientes palabras:

JAVIER CISNEROS DE QUIROGA,

duque de Montealegre.

Llamó á sus doncellas sacudiendo violentamente el cordon de seda carmesí que pendía del techo, y ambas acudieron presurosas. Mercedes les preguntó con acento airado:

—¿Quién ha puesto ahí esa tarjeta?

Las dos se acercaron para ver el objeto que la niña les señalaba, y á un mismo tiem-

po se encogieron de hombros, mostrando en el ademán y en el semblante la más completa ignorancia.

—Averiguadlo, les dijo, averiguadlo al instante; y las doncellas salieron con la misma precipitación que habían entrado.

Después de hechas las más exquisitas averiguaciones, volvieron diciendo:

—Señorita, nadie.

—¡Nadie! exclamó Mercedes golpeando la alfombra con la planta del pié. Entónces, ¿cómo está ahí esa tarjeta? ¿Creeis que haya venido ella sola?

Una de las doncellas tomó la tarjeta, y examinándola, dijo:

—Es una tarjeta del señor Duque..... y tarjeta de luto. ¿Cómo ha venido aquí esto?

La otra añadió:

—Al señor Duque, que en paz descansa, se le murió un pariente poco después de haber vuelto de París; me acuerdo muy bien, pues me parece que lo estoy viendo todo vestido de negro. Entónces usaría esas tarjetas, y algunas dejaría en casa cuando no encontrara en ella á las señoras.

— Pero bien, replicó la criolla con viva impaciencia. Toda esa historia no conduce á nada; lo que yo pregunto es quien ha puesto esa tarjeta encima de mi tocador.

— Nadie, señorita, nadie, contestaron á la vez las dos doncellas.

— Eso es imposible, gritó Mercedes irritada, y arrancando la tarjeta de manos de la doncella, la arrojó á la chimenea, donde el fuego la devoró en un abrir y cerrar de ojos.

Nada pudo averiguarse. Mercedes decia que la noche anterior no habia en su tocador semejante tarjeta, y las doncellas juraban y perjuraban que aquella mañana no habia entrado nadie en el cuarto de la niña, que habia tenido el capricho de vestirse sola.

Mercedes no volvió á hablar más del particular; pero la tempestad de su enojo duró muchos dias, disipándose al fin como se disipan todas las tempestades. Al mes aún se discutía entre los criados el asunto de la tarjeta, porque habia entre ellos quien se obstinaba en creer que el mismo Duque era quien habia puesto la tarjeta sobre el tocador.

— Sí, sí, decian los incrédulos; un caballero tan completo es muy capaz de venir del otro mundo á hacerle una visita á las señoras.

No se sabe á punto cierto lo que allá en la intimidad de su alma pensaria Mercedes del suceso, mas es positivo que todas las noches registraba su habitacion, y su primera diligencia al levantarse era acudir al tocador con cierta inquietud, que revelaba vagos temores de encontrarse con una nueva tarjeta del Duque.

Cuando empezaron á desvanecerse sus temores se reia de ellos de la misma suerte que solemos reirnos durante el dia de los ruidos, de las sombras y de las luces que nos aterran durante la noche.

De cualquier modo, siempre quedaba en pié una cuestión, á saber: ¿quién habia puesto la tarjeta en el tocador de la niña?..... ¿Con qué fin?..... ¿Sería una casualidad? Coloquémonos en el caso de Mercedes y sintémos el natural deseo de descifrar tan singular enigma por esa atraccion poderosa que ejerce sobre nuestro espíritu todo lo que es

desconocido, todo lo que es misterioso. Pensando de continuo en la inexplicable aparición de la tarjeta, la criolla llevaba como clavado en su pensamiento el recuerdo del Duque, sin poder desecharlo.

Algun tiempo despues ocurrió otra cosa parecida é igualmente inexplicable. Se encontró en el bolsillo de la bata un pañuelo que no era suyo, era un pañuelo de hombre, lo conoció con solo tocarlo; mas ¡cuál sería su asombro al ver en uno de sus ángulos una J. una C. y una G., sobre las que distinguíó tan finamente bordada como las letras una corona de Duque!

— ¡Qué es esto! exclamó trémula dirigiéndose á sus doncellas, que acababan de vestirla.

Ninguna supo qué contestarle y ambas se quedaron mirándola con verdadera sorpresa.

— ¿De dónde, les preguntó, habeis sacado este pañuelo para ponerlo en el bolsillo de mi bata?

— ¡Señorita! exclamaron las doncellas.

— Sin duda ninguna, añadió, os habeis

propuesto burlaros de mí. Desde este instante estais las dos despedidas.

— Pero, señorita, preguntó la más jóven, ¿qué hemos hecho?

— ¡Qué habeis hecho! dijo la criolla furiosa; poner este pañuelo del Duque en el bolsillo de mi bata. Salid, salid de aquí, añadió con acento imperioso. Primero la tarjeta, ahora el pañuelo. ¡Oh!..... la burla no puede ser más descarada, más insolente.

Quisieron replicar, pero la niña gritó con ademan resuelto:

— Fuera, fuera de mi presencia.

Salieron las dos mujeres haciéndose cruces, más admiradas de lo raro del caso que del enojo de la criolla; porque es verdad que el Duque pudo dejarse alguna vez olvidado aquel pañuelo, pero ¿cómo habia permanecido oculto hasta entónces?..... y sobre todo, ¿cómo aparecia en el bolsillo de la bata?

Habia sobrado motivo para devanarse los sesos. ¿De quién sospechar? ¿Quién se habia de atrever á semejante burla? La confusion de las doncellas crecia cuanto más pensaban en ello, porque estaban seguras de que

en el cuarto de la señorita no entraba nadie más que ellas, y algunas mañanas la señora, seguida como siempre de la negra ¿Sería la madre? Ca, imposible. La señora de Vega-honda, ¿cómo había de entretenerse en sus- citar de ese modo el enojo de su hija? ¿Sería Francisca?..... ¡Qué desatino! La pobre ne- gra no se separaba de su señora y dormía á los piés de su cama lo mismo que un perro á los piés de su amo.

Entre los criados se comentó este nuevo suceso, asegurando unos que aquello no era cosa buena..... que la sombra del Duque va- gaba por la casa haciendo de las suyas, pues siempre había sido un calavera..... Otros, ri- yéndose de semejante parecer, decían que lo mismo lo de la tarjeta que lo del pañuelo era cosa de las doncellas, y que la señorita hacía muy bien en plantarlas en la calle. Y es el caso, que unos por mofa y otros muy sériamente habían adoptado una especie de *muletilla* que no se les caía de la boca. ¿Se rompía un plato?..... la sombra del Duque. ¿Se volcaba una silla?..... la sombra del Du- que. ¿Se apagaba una luz?..... la sombra del

Duque. ¿No parecía el objeto que se busca- ba?..... pues indudablemente la sombra del Duque lo había escondido. Todo se atribuía á la sombra del Duque, y las doncellas, des- pedidas por Mercedes, se consolaban de per- der tan buena casa con la idea de que huían de tan mala sombra.

Amaneció el 24 de Setiembre, día de Nuestra Señora de las Mercedes—día del santo de la criolla—en el que cumplía vein- te y dos años la rica heredera. Se había des- pertado aquella mañana oprimida por el dul- ce peso de una agradable languidez. Parecía, como vulgarmente se dice, llamada al inte- rior. Tal vez pensara que aprovechando Lanuza la circunstancia de ser el día de su santo, se determinara á enviarle una tarjeta, porque ella, en su vanidad de mujer y de mujer rica, no debía sospechar que el retrai- miento de Miguel fuese desvío, indiferencia ó desprecio. Lo veía más bien como una se- ñal de temeroso respeto; era un proceder delicado, que á ella debía parecerle hasta tier- no, pues él se privaba voluntariamente de verla por evitarle que el mundo la hiciera

objeto de sus malévolas murmuraciones. Mas sin duda pensaba al mismo tiempo que ya habian trascurrido seis meses.....

Se dejó vestir perezosamente y despidió á sus nuevas doncellas. Quería estar sola, sola con su pensamiento. Dejó caer la mirada indolente sobre su ocioso costurero, encima del que se hallaba el último número de *La Moda elegante*, y acercóse para cogerlo y ver lo primero que las mujeres ven en los periódicos de modas: los figurines. Pero ántes de que la mano llegára al periódico, los ojos, más rápidos, vieron clavado en la almohadilla del costurero un alfiler de oro. Desclavólo, y examinándolo vió que representaba una mano primorosamente fabricada que empuñaba un telescopio, en cuyos extremos brillaban diminutos cristales. Creyó al pronto que su madre le habria preparado aquella sorpresa, y alzándole á la altura de sus ojos para examinar más atentamente la caprichosa joya, aplicó la mirada. Fijóla un instante al traves del pequeño antejo, palideció, y apartando el alfiler de sus ojos, pasó la mano por la frente, se apoyó en el respaldo de un

sillon que encontró á mano, y exclamó con angustioso desaliento:

—¡Dios mio, esto es horrible!

¿Qué habia visto?

Al traves de los cristales microscópicos del antejo, rodeado de extraña claridad como flotando en el aire en formas precisas y en conjunto indeciso, pronta á desvanecerse y pronta á aparecer, distinguió la imágen del Duque.

Su imaginacion atribulada le recordó que alguna vez habia visto aquel alfiler prendido á la corbata del Duque, cuyo retrato en diminuta fotografía se hallaba contenido dentro de aquel fantástico telescopio. Se sintió aterrada. Una mano invisible la perseguia con tenacidad implacable; la tarjeta, el pañuelo, aquel retrato. ¿Qué significaban estas tres apariciones? Disimuló la inquietud que la agitaba, guardando profundo silencio, pero su semblante descubria la agitación de su alma, y entre los criados corrió el sordo rumor de que la señorita habia visto la sombra del Duque.

La noche del primero de Noviembre se

acostó Mercedes más tranquila que las noches anteriores; despidió á sus doncellas, y despues de dar algunas vueltas por los espacios no del todo risueños de su imaginacion, se quedó dormida.

Una lámpara de china cubierta con una gasa verde dejaba escapar los tenues reflejos de una luz, que en vez de iluminar la estancia la llenaba de vagas tinieblas, dando á los muebles y á las colgaduras esas formas fantásticas que todos los objetos toman bajo las inciertas oscuridades del crepúsculo. Las oscilaciones de la llama escondida en el seno de la lámpara y bajo los pliegues del crespón verde que la cubria, se reflejaban en las paredes, en el techo y en la alfombra, en los muebles y en las cortinas, imprimiendo en ellos trémulas y pavorosas vacilaciones.

Hallábanse las doncellas sumergidas en las dulzuras del primer sueño, cuando resonó sobre sus cabezas la aguda voz de la campanilla, cuyo cordon caia junto á la cabeceira de la cama de la criolla. Ambas se despertaron, diciendo:

— La señorita llama.

Y no cabia duda, pues la campanilla violentamente sacudida continuaba sonando. Ambas, cubriéndose con lo primero que encontraron á la mano, acudieron al cuarto de la señorita. Una de ellas tuvo la precaucion de llevar luz, y al descorrer las colgaduras de damasco que cubrian la cama de la criolla, quedaron aterradas al ver á ésta, pálida como la muerte, que se agitaba en movimientos convulsivos, y gritando con voz que apénas salia de la garganta:

— Lo he visto, lo he visto.

Creyeron que se encontraba bajo la tenaz influencia de algun sueño terrible, é intentaron despertarla; mas ella continuaba diciendo:

— Lo he visto, lo he visto, allí; y señalaba á los piés de la cama.

Toda la familia se puso en movimiento, y acudió al cuarto de Mercedes hasta la señora de Vegahonda seguida de Francisca, que restregándose los ojos miraba el espectáculo con semblante atónito. Se preparó inmediatamente una taza de agua de tila, que con unas gotas de azahar calmaron algo la agita-

cion nerviosa de la niña. Entónces dijo con voz temblorosa :

— He visto la sombra del Duque.

— Niña, ¿qué dice? exclamó la madre asombrada.

— Sí, añadió; era su sombra, que surgía del fondo del suelo; primero alta, muy alta, más alta que el techo; después baja, muy baja, como si se arrastrara por la alfombra. La vi acercarse á los piés de mi cama, oí que poco á poco levantaba la colgadura y sentí sobre mis piés el peso de sus manos, de sus manos frías como la nieve; más aún, como la muerte.

— La señorita ha soñado, se atrevió á decir una de las doncellas.

— No, replicó la criolla, no he soñado; tenía los ojos bien abiertos.

Pero, niña, añadió la madre, ¿cómo ha podido ver todo eso al traves de las colgaduras de la cama, que son de damasco?

— No lo sé, contestó Mercedes, no lo sé; pero yo lo he visto.

La negra, pegada á la señora de Vegahonda, dijo en voz baja :

— Hoy es el día de los Difuntos.

En esto la criolla se encogió repentinamente, estremeciéndose y dando un salto sobre la cama.

— ¡ Ahí está! exclamó aterrada.

— ¡ Quién, niña, quién! preguntó la madre.

— ¡ Él! contestó la hija. Yo lo he sentido en los piés de la cama.

La doncella que tenía la bujía en la mano acabó de correr la colgadura, y una exclamacion involuntaria se escapó de las bocas de todos los circunstantes. Y habia razon para ello, porque era increíble lo que estaban viendo. A los piés de la cama de Mercedes, y descansando sobre el rico damasco de la cubierta, habia una corona fúnebre, una de esas coronas de siemprevivas con que se adornan las sepulturas en el día de los Difuntos.

Al día siguiente Mercedes no pudo levantarse; tenía calentura y en el delirio pronunciaba palabras incomprensibles, de las que únicamente se colegia que la sombra del Duque vagaba por su extraviado pensamiento.

Todas estas cosas contaban los criados de la casa.

La señora de Vegahonda no sabía qué pensar, y se le iba el tiempo en continuas exclamaciones, sin pensar nada.

Mercedes se volvía loca, sin acertar á comprender de dónde venía tan terrible persecucion contra la que se hallaba indefensa; y ya viniera de este mundo ó ya del otro, bien fuera la mano de un vivo ó la mano de un muerto la que de tal manera le asediaba, no sabía ni cómo huir ni cómo defenderse. Llegó á sospechar que la Marquesa, sobornando á algun criado de la casa, quizá á sus mismas doncellas, se vengaba de ella martirizándola con el recuerdo de su hermano. Mas inmediatamente recordaba lo que habia visto con sus propios ojos, y entónces creía que era la sombra del Duque la que la perseguía, y su pensamiento atribulado se fijaba en Lanuza, que era á sus ojos el único hombre que podía defenderla.

El médico no vió en la enferma más que una exaltacion nerviosa, contra la que agotó el tesoro de los calmantes, sin

conseguir tranquilizar su espíritu agitado.

No se hablaba en la casa de otro asunto, y sólo Francisca parecia huir de estas conversaciones. Un dia oyó que una de las doncellas decia :

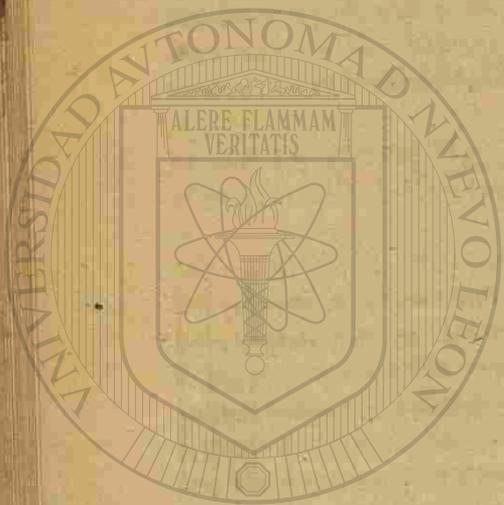
—Se conoce que la señorita adoraba al señor Duque y no lo olvida; su muerte le va á costar cara.

Al oír estas palabras se dibujó en los labios de Francisca una sonrisa indefinible.... Era la primera vez que sonreía despues de la muerte del Duque.

—¿Qué dice la negra? le preguntó un lacayo viéndola sonreirse.

—Digo, contestó Francisca, que soy negra y me alegro, porque así llevaré luto toda mi vida.

La doncella y el lacayo se echaron á reír, y la negra fué á acurrucarse á los piés de la señora de Vegahonda.



CAPÍTULO VII.

En el que empieza á descubrirse el secreto de la berlina misteriosa.

Nuestro héroe había dicho la verdad á sus amigos al asegurarles que su visita á Lord Walbrook había sido infructuosa, porque ni él ni Sir Packet descubrieron indicio ninguno que les diera luz acerca del misterio de la berlina; y el uno y el otro salieron del palacio del Lord con la misma curiosidad con que habían entrado.

Cuando atravesaban el pórtico, Miguel se dirigió á su compañero, y hablándole en inglés, en un inglés desastroso, le dijo:

— Parece que Lord Walbrook ha de ser bastante excéntrico.

Detúvose Sir Packet un instante para traducir lo que Lanuza había dicho, y le contestó en español, en un español horrible:

—Oh, sí; muy excéntrico. Padece la manía de los tipos..... Ah..... y yo ignoraba que tuviese una hija.

—¡Hermosa criatura! exclamó Lanuza entrando en el coche. Y es extraño que no la lleve en su compañía.

—¡Oh! replicó el Embajador. Se resentiría de ello la severidad de las costumbres inglesas. Ya veis, Lord Walbrook no está casado.

Hé ahí todo lo que sacaron en limpio. Mas nuestro héroe ocultaba algo en el fondo de su secreto pensamiento, pues desde aquel día se mostró más pensativo que de ordinario, cultivando con asiduo esmero la amistad de Lord Walbrook, cuya casa encontraba siempre abierta. No debe sorprendernos que el flemático Lord le abriera, digámoslo así, los brazos de su intimidad, pues ya sabemos el empeño que tenía en adquirir á *Bel-Khrer*, empeño en el que estaban interesadas su vanidad de inglés y su dignidad de Lord; por que sólo un inglés y un inglés Lord debía ser dueño de aquel precioso caballo, que tenía el prodigioso mérito de haber vencido

en la carrera á Ofelia, arrogante yegua, por cuyas venas corría la sangre pura de la raza inglesa; y mientras el honorable inglés no encontraba la muerte original que andaba buscando, bien podía tener en *Bel-Khrer* sus cinco sentidos.

Le fué fácil comprender á Lanuza el decidido empeño del Lord, y le dejaba entrever esperanza de conseguirlo. Estrechado un día, contestó:

—Milord, si encuentro lo que busco, *Bel-Khrer* será vuestro.

—Ah, exclamó Lord Walbrook, decidme lo que buscáis, y os juro que lo encontraremos.

—Dejadme, replicó Miguel, que lo encuentre yo solo.

No son las últimas noches de Noviembre las más á propósito del año para pasear por los jardines de Recoletos; pero en materia de gustos no hay nada escrito, y Miguel solía dar una vuelta al rededor de la verja del palacio de Lord Walbrook ántes de ir á sepultarse en las dulzuras del sueño. Había hecho costumbre de este paseo secreto y so-

litario, y ninguna noche se acostaba sin darlo.

Se entretenía en ver los reflejos de la luz que algunas veces salían al través de las persianas del piso bajo del palacio de Lord Walbrok, y apoyado en la verja espiaba las mudas ventanas del solitario edificio, cuyos ángulos oscuros se confundían con las sombras de los árboles á la dudosa claridad de las estrellas.

Si era curiosidad, era una curiosidad inexplicable en el que tenía entrada franca en el palacio á cualquier hora del día, y si dentro del palacio y á la luz del sol no averiguaba nada, ¿qué demonios podía inquirir al través de la verja y en medio de la oscuridad de la noche? Si no era una ciega curiosidad, ¿qué objeto podía llevarle á rondar secretamente el palacio de lord Walbrok?

Todas las noches entre doce y una veía desaparecer la luz que alumbraba el aposento de la planta baja del palacio, cuyas ventanas, divididas por el ángulo derecho del edificio, daban dos á la fachada principal y dos al costado. Esta luz se iba reproduciendo en las ventanas sucesivas, corriéndose hácia la parte

posterior del palacio y deteniéndose como á la mitad del camino. Miguel, pegado á la verja, seguía el movimiento de la luz, deteniéndose donde la luz se detenía.

Aquellas no eran las habitaciones de Lord Walbrook, pues ya sabemos que éste ocupaba el piso principal del palacio. Tampoco podían ser habitaciones destinadas á los criados; y á la hora en que esto acontecía, y el silencio con que la luz pasaba de una ventana á otra, hacían presumir que alguna persona importante las ocupaba. ¿Quién podía ser ésta?

La luz se detenía en la séptima ventana, y allí á Miguel, hecho todo ojos, le parecía distinguir una sombra que se movía dentro de la estancia proyectándose en las persianas. Poco despues la luz se extinguía, y nuestro héroe tomaba el camino de su casa sin haber hecho averiguacion ninguna. Sin embargo, tuvo por cosa cierta y segura que la persona hospedada en aquella parte del palacio era la misma que se escondía en la berlina misteriosa.

A este dato reunió otro más interesante.

Sucedió que una noche, dando vuelta al edificio, como tenía de costumbre, observó que la persiana de la séptima ventana estaba subida. Circunstancia felicísima, porque al traves de los cristales vería perfectamente lo que pasaba dentro, luego que la luz viniera como siempre á iluminar la estancia.

Colocóse discretamente al amparo de la pilastra más próxima y esperó fijo en la ventana, cuyos cristales brillaban temerosamente bajo la sombra del muro, como brillan en la oscuridad los ojos de los gatos. No tuvo que esperar mucho tiempo; mas para la impaciencia los minutos son siglos, y vaya V. á decirle á la impaciencia que no tenga prisa.

Al fin, la luz comenzó á pasar de una habitacion á otra, y por último, sus reflejos brillaron en los cristales de la séptima ventana. El corazón de Miguel latía con desusado ímpetu, golpeando su pecho como si dentro de él se sintiera oprimido y quisiera romperlo. No era nuestro héroe un ser pusilánime, ni había motivo alguno para temer que asomára por aquella ventana la cabeza de Medusa; ántes bien, Miguel esperaba

ver dibujarse en el cuadro iluminado por la luz la risueña cabeza de un ángel del cielo; no latía, pues, su corazón sobrecogido por el espanto, sino agitado por la ansiedad, por esa ansiedad profunda que nos conmueve en el momento en que vamos á ser dueños de un secreto impenetrable. ¿Quién más, quién ménos no ha pasado por una situación semejante? No debe, pues, sorprendernos la emoción con que Miguel vió iluminarse la ventana donde tenía clavados los ojos y suspenso el alma.

Con la boca abierta y la respiración precipitada vió aparecer al otro lado de los cristales el contorno de un busto humano. Redobló Lanuza la atención de su mirada y distinguió que era el busto de una mujer. No podía apreciar bien los detalles de su vestido ni alcanzaba á precisar con exactitud el conjunto de sus facciones; mas adelantándose la imaginación adonde la vista no llegaba, le hizo creer que el vestido era un portento de riqueza, y el rostro un conjunto de hermosura. La cabeza que tan atentamente observaba, hizo un movimiento presentando

el perfil vigorosamente recortado por el resplandor de la luz, sobre el que se destacaba con precisión rigurosa. Miguel estuvo á punto de lanzar un suspiro, uno de esos suspiros que el corazón se reserva para el momento solemne de los grandes desengaños. Aquel perfil no era el perfil que esperaba; era un perfil vulgar, sin corrección y sin gracia, de frente estrecha y de nariz puntiaguda. Era sin duda todo lo contrario de lo que él había visto en su imaginación. De pronto, la figura recortada por la luz se desvaneció, oscureciéndose la claridad que la rodeaba, como si una sombra hubiera pasado por delante de ella. Esta sombra debía ser la de otra persona momentáneamente interpuesta. Volvió á brillar la luz de nuevo, pero el perfil había desaparecido. Por algunos instantes Miguel no vió en el cuarto más que la claridad que lo iluminaba. Luego distinguió una cabeza, unos hombros y unos brazos que se acercaron á la ventana; oyó rechinar suavemente el pasador que cerraba los cristales y los vió abrirse de par en par. Entonces los brazos se apoyaron sobre el alféi-

zar de la ventana, y la cabeza, inclinándose sobre los hombros, se asomó exclamando:

—¡Oh, qué hermosa noche!

Esta exclamación fué hecha en francés y en voz baja, pero no tan baja que no descubriera lo poco armonioso de su timbre.

Otra voz fina y cadenciosa salió del fondo del cuarto, y contestando á la exclamación de la primera, dijo:

—Mari, las noches son hermosas porque son tristes.

También la respuesta fué pronunciada en francés puro y correcto.

Al oír el sonido de esta voz, Miguel abrió la boca como si hubiera querido recoger el aire que la llevaba, y adelantó la cabeza amparado por la sombra de la pilastra detrás de la que se escondía. Esperaba una conversación y no quería perder palabra.

La primera voz que hemos oído, replicó diciendo:

—¡Tristes!..... ¡Gran Dios!..... ¿qué penas tienen las noches para estar tristes?

Una carcajada breve y armoniosa como el trino del ruiseñor contestó á esta pregun-

ta. Miguel se estremeció al oirla, sintiendo la repentina impresion que causa el sacudimiento de una descarga eléctrica.

Casi en el mismo instante cayó la persiana y se cerraron los cristales, y poco despues se desvaneció la luz como todas las noches, y nada más volvió á verse ni á oirse.

Nuestro héroe permaneció todavía mucho tiempo pegado á la verja, con los ojos fijos en la ventana y con los oídos llenos de aquella voz, de aquella risa, que Dios sabe las ideas y los sentimientos que despertarian en su alma novelesca. Y en verdad, todas las circunstancias del caso concurrían á excitar el interes; la hora, el silencio y la oscuridad de la noche, el misterio en que se ocultaba la persona que vivía en aquella parte del palacio, y sobre todo, el timbre sonoro de su voz melodiosa, eran circunstancias bastantes para sentir la viva ánsia de llegar al fondo del secreto. Reuniendo los datos adquiridos en sus investigaciones nocturnas, Miguel dedujo de cuanto había visto y oído las siguientes conclusiones:

«En esta parte del palacio habita la per-

sona que se oculta en la berlina misteriosa; esta persona es una mujer, y esta mujer debía ser necesariamente jóven y bella.»

Todos tenemos algo de artistas; nos basta ver un dedo para construir una mano, una mano para construir un brazo; un rizo negro, rubio ó castaño es suficiente para que sin vacilar la mano maestra de nuestra imaginacion trace el contorno armonioso de una gallarda cabeza. La mujer más hermosa es la que esconde el rostro bajo la sombra del velo. Miguel tuvo bastante con la voz que había oído para levantar en su pensamiento el airoso edificio de la más perfecta hermosura. Mas ¿quién era esta mujer? Sin duda alguna la hija de Lord Walbrook. ¿Por qué se ocultaba? Sir Packet lo había dicho: Lord Walbrook no estaba casado. No obstante, aunque el secreto parecía descubierto, Miguel no se dió por satisfecho; necesitaba verla para convencerse de que era en efecto la hija de Lord Walbrook; y la prueba sería concluyente, porque el retrato que había visto lo llevaba en la memoria como si se hubiera fotografiado en su pensamiento.

Insistió, pues, en sus paseos solitarios por los jardines de Recoletos en las altas horas de la noche á pesar del frio, y más de una vez á pesar de la lluvia, teniendo por cosa segura que acabaría de sorprender el secreto. Sin embargo, pasaba las noches vagando al rededor del palacio como un alma en pena, sin conseguir más luz que los reflejos de la que se escapaba por las persianas. Alguna vez pensó si era lícito aquel espionaje y tuvo sus dudas, tranquilizando al fin la conciencia con el solemne juramento que se hizo á sí mismo de guardar el más profundo sigilo.

Empezaba á perder la esperanza y no se decidía á renunciar á su empresa, cuando una noche, acercándose cautelosamente al lugar de sus observaciones, creyó distinguir un bulto que se deslizaba á lo largo de la verja, y creyó que sería algun transeunte, cosa rara en aquel sitio y en aquella hora, pero que bien pensado no tenía nada de particular. Miguel huía de los transeuntes que alguna vez solia encontrarse, y se detuvo, recatándose en la sombra de los árboles más

inmediatos al palacio, y desde donde veia toda el ala derecha del edificio.

El bulto continuó deslizándose á lo largo de la verja, dirigiéndose hácia la parte posterior de la casa. Miguel lo siguió con los ojos hasta que lo perdió de vista desvanecido en la oscuridad de la noche, y permaneció quieto hasta que la luz comenzó á pasar de una habitacion á otra, deteniéndose en la séptima ventana. Entonces dió un paso para dirigirse á la pilastra que daba frente á la ventana, donde los reflejos de la luz se habian detenido.

He dicho que dió un paso, porque al dar el segundo distinguió otro bulto, si no era el mismo, que se adelantaba pegado á la verja, y se detuvo diciendo para sí:

— Ese hombre ha equivocado el camino y vuelve por los mismos pasos; dejémosle que pase.

Adelantóse el bulto muy despacio hasta llegar á la mitad de la verja, y allí se paró.

¡Hola! pensó Miguel; el buen hombre se conoce que no tiene prisa ó que no sabe por

dónde anda; ¿qué demonios se le habrá perdido allí?

Precisamente el bulto se hallaba detenido delante de la séptima ventana.

Viendo Miguel que no se movía del sitio en que se había parado, temió que se hubiera propuesto pasar allí la noche.

—¡Bah! se dijo entre dientes. Sin duda está borracho, y al ver que todo anda á su alrededor, habrá dicho: «¿Qué necesidad tengo yo de moverme?», y espera ahí muy tranquilo que pase su casa para meterse en ella.

Debía ser así, porque el bulto no se movía.

Quiso Miguel observarlo más de cerca sin descubrirse, y retirándose estratégicamente, dió un gran rodeo y fué á colocarse casi á su espalda á una distancia de quince pasos, escondiéndose entre los enormes sillares amontonados en aquel sitio para la construcción de un nuevo palacio. Desde allí pudo distinguir que en efecto era un hombre de pequeña estatura, que apoyado el hombro en la esquina de la pilastra, parecía absorto contemplando la ventana donde áun la luz

dejaba ver sus reflejos al traves de las persianas caídas.

—¡Calla! exclamó Miguel hablando consigo mismo y guiñándose el ojo. Otro curioso que quiere averiguar el secreto de Lord Walbrook Pero ¡qué demonios! su traje no me parece muy distinguido, su facha no es de lo más recomendable y su curiosidad es incomprendible. ¡Ah!..... ya, ya caigo; este hombre no trabaja de su cuenta, no es curioso *motu proprio*; ha de ser un espía pagado por cualquiera que ha tenido el mismo pensamiento que yo, y no pareciéndole muy agradables estas excursiones solitarias á la intemperie á media noche y á fines de Noviembre, ha preferido alquilar unos ojos que miren y unos oídos que escuchen. Indudablemente es un medio más cómodo que el que yo he adoptado, pero el mío es más seguro. Ese pobre diablo se cansará de mirar y no ver, de escuchar y no oír; y si no es rematadamente tonto, contará despues lo que no ha visto ni oído; y el imbécil que le pague tendrá que creerlo ó matarlo. Por lo demas, espero que el frío, que se deja sentir,

le advierta pronto la diferencia que hay entre pasar la noche en la cama ó en la calle. De todas maneras es un contratiempo, con el cual no contaba.

Antes que llegara al fin de estas consideraciones se apagó la luz, quedando la séptima ventana tan oscura como las restantes, y Miguel siguió reflexionando mucho tiempo, sin que el hombre apoyado contra la pilastra y con el rostro vuelto hácia la verja hiciera movimiento alguno.

— ¡Bah! dijo Miguel para sí, encajonado entre los sillares; el hombre ha tomado la cosa por lo serio y se va á pasar ahí la noche como un bruto..... Nada, no se mueve. La posición en que se encuentra no es muy cómoda para echar un sueño, pero hay quien duerme de pie tan profundamente como tendido. Es muy capaz de estar soñando lo que deberá contar mañana..... no es mal sistema, porque así podrá jurar que lo ha visto.

El hombre continuaba inmóvil, y Lanuza, mirándolo atentamente, siguió diciéndose:

— Él parece que se ha venido algo ligero de ropa, y este vientecillo de Guadarrama

penetra hasta los huesos. ¡Demonio! ¿si se habrá helado? Si así fuera, lo merece por curioso.

Sin embargo, sintió compasión por aquel infeliz y tuvo intenciones de acercarse y socorrerlo.

Ya iba á poner en práctica su generoso pensamiento, cuando advirtió que el hombre se movía. En efecto, abandonando la pilastra en que se apoyaba, adelantó la cabeza hasta tocar con la frente en los hierros de la verja.

— Pobrecillo, continuó pensando Miguel; se cansa de su inútil espionaje y no se atreve á irse. Vamos, es un mame-luco.

Dos minutos despues el *pobrecillo* puso un pié sobre el zócalo en que descansaba la verja, despues puso el otro, y enderezándose, parecia por los movimientos de la cabeza que examinaba el terreno comprendido entre el edificio y la cerca, y aún podía presumirse que contaba las ventanas. Éstas se extendían de un extremo á otro de la pared, á dos varas del suelo, sobre una repisa de tres pal-

mos de altura bastante salientes, que formaba la maciza base del edificio.

— ¡Bueno! siguió Miguel pensando; parece que estudia el terreno, midiendo con los ojos la fachada como pudiera hacerlo un arquitecto. Se conoce que es un espía de conciencia, que quiere ganar su salario.

En esto el espía, alzando los brazos sobre su cabeza y asiéndose con ambas manos á uno de los hierros, comenzó á elevarse, subiéndolo primero un brazo y luego otro, y apoyando sucesivamente las rodillas en la piedra de la pilastra. Era una ascension silenciosa, que Miguel miraba con ojos atónitos, exclamando interiormente:

— ¡Adónde va ese hombre!

Iba sin duda alguna á ganar el remate de la verja; esto era claro por grande que fuese la oscuridad de la noche; pero no debiendo atribuirse á un mero capricho de agilidad aquel ejercicio gimnástico, era de suponer que intentaba penetrar en la especie de jardín que rodeaba al palacio.

En efecto, una vez arriba, pasó una puerca primero y luego otra, y comenzó á des-

cender lentamente por la parte interior de la verja.

Miguel lo perdió de vista, y saliendo de su escondite, se encorvó hasta andar á gatas, y de este modo cruzó el espacio que lo separaba de la verja y fué á guarecerse al amparo de la misma pilastra en que el hombre habia estado apoyado ántes. Desde allí registró con ávidos ojos la distancia que separaba la verja de la masa pesada y silenciosa del edificio, sin distinguir más que las sombras inmóviles de los pequeños arbustos y los oscuros dibujos que formaba el césped. De pronto creyó que una de estas sombras andaba dirigiéndose hácia el muro del palacio, y no tardó mucho en reconocer en ella al atrevido espía, que se habia detenido al pié de la quinta ventana.

La curiosidad del buen hombre picaba en historia, y era demasiada audacia por muy caro que le pagáran su trabajo. Esta consideración varió el rumbo de sus sospechas, empezando á presumir que no era la curiosidad, sino el amor, el móvil de aquel escalamiento tan cautelosamente realizado. Es ver-

dad que, por lo que Miguel tenía averiguado, el perfil de Mari no era muy á propósito para inspirar el valor necesario á tan arriesgada empresa, pero tal vez poseía otros encantos capaces de hacerle perder el juicio al más pintado. No era, pues, un espía, sino un amante; no era un curioso, sino un enamorado; no se trataba de una exploracion imprudente, sino de una cita discreta.

Entre tanto, el hombre se habia empinado sobre el ángulo saliente de la repisa que se extendia al pié de las ventanas, y encaramándose muy suavemente, introdujo las manos por debajo de la persiana, que colgaba como una cortina, detras de la que metió la cabeza, y poco á poco fué desapareciendo como si se lo hubiera tragado el hueco de la ventana.

— ¡Demonio! exclamó Lanuza de dientes adentro. No solamente es un amante, sino un amante afortunado; el bribon se entra como Pedro por su casa. Hé aquí el secreto de Lord Walbrook puesto en manos de un perillan, que si llega á saber lo que vale, lo venderá á peso de oro. No seré yo quien des-

perdicie la ocasion de comprarlo por cuatro cuartos.

Verdaderamente, adquirir la confianza del hombre que así se atrevia á penetrar en el palacio al traves de los muros, era cuanto podía desearse. Miguel esperó el término de la aventura. Su plan, concebido con la impaciencia del deseo, era seguir al amante afortunado, hacerse su amigo y comprar su confianza á cualquier precio.

En medio del silencio de la noche, llegó á su oido atento un ruido casi imperceptible, semejante al de un pasador de hierro que se escurre por los anillos que lo sujetan, y Miguel pensó que Mari, poco escrupulosa, corria el pestillo que cerraba los cristales de la ventana, y se alegró allá en sus adentros de la buena suerte de su futuro cómplice. Mas á poco vió deslizarse por la pared la sombra del dichoso amante y perderse en el extremo de la verja que cerraba la parte posterior del palacio. A poco oyó el canto de un gallo, que tuvo por respuesta el aullido de un perro. La sombra volvió á pasar pegada á la pared del edificio, trepó por la

repisa, y como la vez primera, desapareció debajo de la persiana.

Nada de esto le pareció á Miguel muy propio de una aventura amorosa, y súbitamente sus sospechas comenzaron á tomar un aspecto más serio. Aseguróse de que llevaba un rewólver de seis tiros en el bolsillo del gaban, y con la irreflexion del valor seducido por el peligro, saltó sobre el zócalo de la verja, trepó por los hierros con más fuerza que habilidad, y en medio minuto se encontró dentro del jardín. No se detuvo á pensar la locura que acababa de hacer, y llegó al pié de la ventana, donde por segunda vez habia desaparecido la sombra de aquel hombre que tan cautamente escalaba el palacio, sin duda alguna movido por siniestras intenciones.

Empinóse sobre las puntas de los piés, pero nada pudo descubrir más allá de la persiana, ni llegó á sus oídos ruido ni rumor alguno. Sacó el rewólver y lo empuñó con la mano derecha, mientras alargando el brazo izquierdo cogió con la punta de los dedos el extremo de aquella cortina de madera que cerra ba el paso

á la vista, alzándola sobre su cabeza. A pesar de las sombras de la noche, sus ojos, acostumbrados á sondear la oscuridad, pudieron ver vacío el hueco de la ventana y abiertos los cristales. El hombre, pues, estaba dentro.

¿Cómo habia podido penetrar estando cerrados los cristales? Forzosamente debia tener un cómplice dentro de la casa, sin cuyo auxilio no habria podido abrirlos. Esto pensaba Miguel, cuando sus dedos, recorriendo el alféizar de la ventana, tropezaron con un objeto que por el tacto conoció que era un pedazo de cristal, y comprendió que habia sido cortado con el filo de un diamante, pudiendo de este modo abrir por dentro el que se hallaba fuera (1).

(1) Aquí es muy posible que al lector se le ocurran dos preguntas.

Primera: ¿No tenían las ventanas del palacio de Lord Walbrook hojas de madera que las pusiera á cubierto de un golpe de mano semejante?

Segunda: Si las tenían, ¿cómo no estaban cerradas á tan altas horas de la noche?

No sé si las ventanas del palacio de Lord Walbrook tenían hojas de madera ó dejaban de tenerlas; pero con-

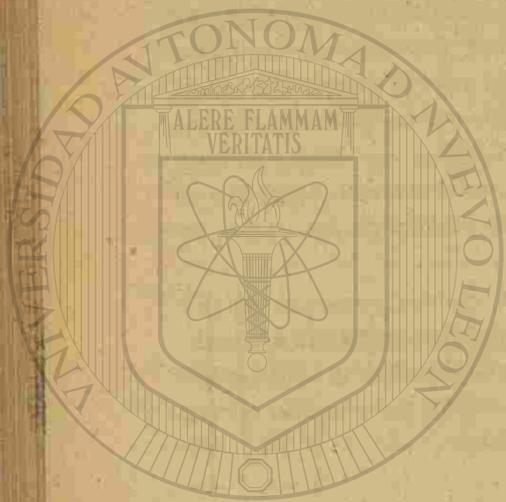
Nuestro héroe no sabía qué partido tomar. Seguir adelante era temerario, no por el peligro á que pudiera exponerse, sino porque su presencia allí á aquella hora sería inexplicable y comprometería el honor de la mujer que habitaba aquella parte del palacio; al mismo tiempo era bastante valeroso para pensar en retroceder, dejándola expuesta al peligro que indudablemente la amenazaba.

No hay tormento semejante al de la indecision. Los momentos no podían ser más críticos, y Miguel apretaba los dientes, bramando interiormente por no saber qué hacer.

fieso que si no las tenían era un olvido imperdonable del arquitecto, que sabiendo que Madrid es hoy dia el refugio de los más audaces ladrones, dejaba el opulento palacio sin más defensa que la verja del jardin y los frágiles cristales de las ventanas. Si las tenían y no estaban cerradas, es preciso convenir en que era un descuido disculpable, porque los criados del honorable Lord, ingleses todos ellos desde los pies hasta la cabeza, estando seguros de que habitaban en la culta capital de España, no habían de sospechar que vivían en Marruecos, ni siquiera en Sierra-Morena.

En tan terrible ansiedad, vino á sorprenderlo el resplandor de una luz repentina que iluminó súbitamente el cuadro de la ventana; un grito agudo resonó dentro de la estancia, clavándose como un puñal en los oídos de Miguel, oyéndose al mismo tiempo un golpe sordo y profundo, semejante al que produce un mueble pesado al caer sobre la alfombra.

La luz brilló un instante como un relámpago, y Lanuza, más ligero que el rayo, saltó sobre el alféizar de la ventana, lanzándose en medio de la habitacion cuando ya la luz se había extinguido.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO VIII.

Una noche toledana.

Casi al mismo tiempo que Lanuza saltaba dentro de la habitación en que lo hemos dejado, aparecieron dos bultos por los dos extremos de la verja, y adelantándose recíprocamente uno hácia otro, vinieron á encontrarse poco más ó ménos en frente de la ventana por donde Miguel habia desaparecido; cruzándose entre ambos en voz sorda las siguientes palabras:

- Pelé, guarda esta esquina.
- Melé, guarda la otra.
- ¿Y el gallo?
- Dentro.
- Sube.
- No, sube tú.

— ¿Por qué?

— Porque sí.

— ¿Miedo?.....

La contestacion dada á esa pregunta no es para escrita.

— Hay que llegar al pié de la ventana.

— Eso.

— ¿Qué ventana es?

— La quinta.

— ¿Por dónde?

— Por la izquierda,

— ¿Y allí?

— Esperar.

— ¡Alumbran tanto las estrellas!.....

— Anda, cobarde.

Uno de los bultos se puso de pié sobre el zócalo, diciendo:

— Si olfateas algo, aulla.

— Arriba, exclamó el otro con voz apagada é impaciente.

Comenzó el bulto á elevarse, alargándose y contrayéndose acompasada y alternativamente, como un gusano enorme; llegó al remate de la verja y tomó posicion, es decir, se acomodó de la mejor manera que pudo

y dejó escapar un silbido ténue, que se confundía con el suave murmullo de las ramas, agitadas por los ligeros soplos del aire. Algo veía, algo escuchaba, que no acertaba á distinguir bien, y desde arriba imponía silencio al que estaba abajo, que en honor de la verdad no despegaba sus labios.

¡Pobre Miguel!..... se habia metido en un callejon sin salida, llevaba delante un enemigo desconocido, cuyos malvados designios ignoraba, y tenía detras enemigos no ménos cautelosos, que le cortaban la retirada. Era difícil atinar cómo saldría airosamente del paso en que se hallaba comprometido. Morir no es ciertamente una hazaña, puesto que todo el mundo muere y son pocos los héroes. Para los corazones animosos, morir es lo de ménos, pero ¿y el escándalo? ¿Qué diría Lord Walbrook?..... ¿qué diría el mundo si al día siguiente apareciera su cadáver al pié de aquella ventana, que tan imprudentemente habia escalado? ¿qué sería de la inocente criatura, sorprendida tan alevosamente en medio de la noche y en el silencio de su retiro? Convengamos en que guiado por su

arrojo y movido por un generoso interes, nuestro irreflexivo héroe se hallaba metido en un mal paso.

Todo esto lo pienso yo, porque Lanuza, sujetando el rewólver con la mano derecha, y agitando la izquierda como si con ella quisiera disipar las tinieblas que lo envolvian, no pensaba en semejante cosa, porque se hallaba en ese momento supremo de las hazañas ó de las locuras, en que el héroe ó el loco no piensan en nada.

La misma voz, cuyo penetrante grito acababa de oír, resonó de nuevo en medio de la oscuridad, trémula y ahogada, diciéndolo con acento angustiado:

— ¡Mari!..... ¡Mari!..... ¡Ladrones!.....

Miguel reconoció en ella el timbre melodioso que lo habia hecho estremecer algunas noches ántes, y dando á su voz toda la dulzura que le fué posible, exclamó en un frances bastante aceptable.

— Señora, sean los que quieran los infames designios del miserable que se ha introducido en vuestras habitaciones, os juro que no se escapará de mis manos.

Una exclamacion arrancada por la sorpresa ó por el miedo, ó por ambas cosas á la vez, dejó oírse, exhalada por la misma voz desfallecida que habia llamado á Mari. Por lo que Miguel calculaba, esta voz venía del extremo de la habitacion, opuesto al sitio en que él se hallaba. Dió un paso hácia adelante, sin determinarse á dar el segundo por no alejarse mucho de la ventana, por la cual podria escaparse el hombre á quien perseguia, y esto era faltar á su palabra, faltar al juramento que habia hecho. Mas súbitamente varió de parecer, arrepintiéndose de haber jurado tan irreflexivamente. Pensó que el hombre encerrado allí trataria de abrirse paso á toda costa, sin pararse en crimen más ó menos; y temió por la vida de aquella mujer, cuyos dulces acentos le llegaban al alma. Decidió, pues, dirigirse á tientas hácia el punto de donde la voz salia, y dejar que se escapara el miserable á quien la oscuridad libraba de sus manos. Antes de poner en ejecucion su proyecto, dijo:

— Señora, la Providencia me ha concedido el inmenso favor de traerme en vuestro

socorro, y si el cobarde que aquí se oculta, prevaliéndose de las tinieblas que nos rodean, intentára algo contra vos, cometería un crimen inútil, pues os aseguro con toda mi alma que las seis balas del rewólver que llevo en la mano entrarían una á una en su corazón.

Estas palabras tenían tres fines estratégicos:

Primero: infundir confianza y ánimo á la persona á quien intentaba socorrer en tan apurado trance, que según lo desfallecido de la voz debía estar á punto de desmayarse.

Segundo: aterrar al ladrón con tan fiera amenaza, si, como presumía, era un cobarde ratero sorprendido en el mejor momento de su hazaña.

Y tercero: provocarlo á una acometida desesperada, en la que la oscuridad le favorecía, si á pesar de ser un malvado era valiente.

Así es que hablaba preparado á recibirlo.

Trascurrieron algunos segundos, al cabo de los que sonó un ligero ruido, que Miguel percibió á muy poca distancia.

— Se me acerca, dijo para sí, y adelantó la mano izquierda, como una fuerza avanzada que busca al enemigo.

La mano extendida corrió de derecha á izquierda, formando un semicírculo en la oscuridad, sin tropezar con ningún objeto; pero tuvo por cosa segura que el ladrón andaba cerca, y arrastrando suavemente el pié sobre la alfombra, dió otro paso en la dirección en que había sonado el ruido. Creyó que su enemigo lo buscaba, y por abreviar, se adelantó para salirle al encuentro.

Iba, pues, á trabarse una lucha terrible entre dos adversarios desconocidos, cuya mutua proximidad advertirían al primer golpe dado ó recibido, y el primer golpe podía ser mortal para uno ó para otro. Miguel esperaba una puñalada invisible, asestada á ciegas, y se había colocado de forma, que con el brazo izquierdo se cubría el pecho; mientras que con la mano derecha sujetaba el rewólver en disposición de prepararlo prontamente para hacer fuego.

Su situación era bastante crítica; lo mermaba la oscuridad y le cerraba el paso el

silencio; aquel enemigo que creía tan cerca no llegaba á él nunca.

Volvió á sonar el mismo ruido más cercano y más distinto, y toda la sangre se agolpó á su corazón. El ruido había sonado á su derecha, y hácia la derecha dirigió sus ojos con intensa mirada, descubriendo al través de las sombras un vago reflejo indeciso, fugitivo, semejante á la dudosa claridad con que brillan las lunas de los espejos en medio de las tinieblas. Reunió entónces todos sus conocimientos geométricos, y trazóse á ojo de buen cubero el plano de la habitación en que se encontraba, calculando que debía hallarse en el espacio comprendido entre la quinta y la sexta ventana.

Repitióse el ruido por tercera vez, y dedujo que una mano cautelosa pretendía abrir silenciosamente los cristales de la ventana que tenía delante, y dando por cierto é indudable lo que había imaginado, se lanzó impetuoso, como el tigre que se arroja sobre su presa.

Un golpe repentino hizo caer hechos pedazos los cristales de la ventana, se oyeron

por algunos instantes las respiraciones anhelosas de dos hombres que luchan cuerpo á cuerpo, y despues un ronquido angustioso, y todo volvió á quedar en silencio.

Esto, sin duda, fué lo que oyó el que dejamos encaramado en la verja, cuando desde arriba impuso silencio al de abajo, pues lo que acabo de contar debió ocurrir en mucho ménos tiempo del que he necesitado para referirlo. Y no debió parecerle el rompimiento de los cristales de muy feliz agüero, porque se mantuvo en lo alto de la verja, más dispuesto á bajar por donde había subido, que á seguir adelante.

El de abajo tampoco debía tenerlas todas consigo, pues haciendo bocina de las manos, para que la voz fuera poca y el alcance mucho, alzó la cabeza hácia su compañero preguntándole:

— Tuerto, ¿qué ves?

— Luz, contestó el de arriba.

En efecto, por las junturas en que se unían las ligeras tablillas de las persianas, se escapaba la luz, trazando líneas horizontales. Semejante iluminacion era bastante sos-

pechosa, mas los oídos atentos del que estaba arriba y del que estaba abajo no percibían ruido ni voz alguna, que confirmara los temores que aquella claridad repentina infundía en los ánimos recelosos del que estaba abajo y del que estaba arriba.

Este último agachó la cabeza para acortar la distancia, y dejó caer en el oído del otro la siguiente pregunta:

—¿Qué hace el Gallo?

—Se alumbra, le contestó el de abajo, para ver dónde pone las manos. Ya debías estar al pie de la ventana, porque va á llover oro.

Alentado el de arriba por las palabras de su compañero, comenzó á descender muy suavemente por la parte interior de la verja, llegó con los pies al zócalo y saltó al jardín, desliziéndose entre los arbustos hasta colocarse al pie de la ventana que hacia el número cinco, contando de izquierda á derecha. Allí no pudo contener su curiosidad, se alzó sobre la repisa y metió la cabeza por debajo de la persiana. Pero no bien lo hubo hecho, cuando saltó hacia atrás, corrió á la

cerca, trepó apresuradamente, y descolgándose, mejor dicho, desprendiéndose, cayó en tierra con la destreza del hombre acostumbrado al peligroso ejercicio de andar á salto de mata. Apenas cayó, echó á correr diciendo en voz baja:

—*Chapesca, chapesca.*

Su compañero le siguió como un desalado; corría con verdadera furia, exclamando entre dientes:

—¡Cobarde! ¡Cobarde!

¿Qué había visto el tuerto al meter la cabeza por debajo de la persiana, para emprender tan precipitada fuga? ¿Qué sucedía detras de aquella pared silenciosa, tan silenciosa y tan tranquila como el resto del palacio?

Vamos á saberlo.

Lanuzca cayó en efecto sobre su adversario, como ya he dicho, como cae el tigre sobre la presa; su mano izquierda, extendida hacia adelante, lo asió por el cuello en el momento en que oprimía el pasador de la ventana para abrirla y evadirse por ella. Miguel lo cogió de espaldas, sacudiéndolo con

tan airado enojo, que le hizo romper los cristales con la cabeza. Intentó defenderse, mas habia caido bajo el poder de un enemigo bastante resuelto, que sabía sacar partido de las más pequeñas ventajas.

Nuestro héroe comprendió que con una mano le era imposible sujetarlo, y considerando innecesario el uso del rewólver, lo introdujo apresuradamente en el bolsillo del gaban, acudiendo con la mano derecha á prestar auxilio á la izquierda, cansada ya de oprimir desesperadamente el cuello de su invisible adversario. Este refuerzo decidió el combate, pues las dos manos apretaban como un tornillo. Vacilaron los piés de entrambos á un mismo tiempo, y los dos cayeron de boca, Miguel encima de su adversario vencido, casi extrangulado.

No era cosa de esperar la luz del dia en aquella posicion tan poco cómoda, y entónces ideó la mejor manera de salir del paso. Puso la rodilla sobre la espalda del vencido, oprimiéndola vigorosamente hasta hacer crujir los huesos; y una vez sujeto de este modo, abandonó la garganta ferozmente opri-

mida, que al verse libre se dilató, roncando como un fuelle roto. Buscó Miguel con las suyas las manos de aquel hombre, que le ofrecia por toda resistencia inútiles estremecimientos; juntóselas sobre la espalda y buscó en los bolsillos de su chaqueta algun cordel con que atárselas, casi seguro de encontrarlo, porque esta clase de gente va siempre pertrechada con los instrumentos más indispensables del oficio. Pero no halló lo que buscaba y sólo tropezó con un pañuelo. Mejor hubiera sido un cordel, mas no eran las circunstancias muy á propósito para pedir gollerías y apechugó con el pañuelo, que al salir del bolsillo dejó caer sobre la alfombra un objeto, del cual parecia escaparse una especie de humo brillante.

Luégo que las manos estuvieron fuertemente atadas por las muñecas, buscó el objeto que habia caido sobre la alfombra al sacar el pañuelo, y se encontró con una caja de fósforos. Se puso de pié y encendió uno.

El cuadro que se presentó á su vista fué el siguiente:

Se hallaba en una habitacion donde el gus-

to más exquisito parecía empeñado en ocultar la riqueza de los muebles y de los adornos bajo la sencillez aparente y delicada de ese arte fino y, digámoslo así, pudoroso, que me atrevo á llamar la modestia del lujo.

Lo primero que vió Lanuza fué un precioso velador de porcelana con pié de bronce, figurando el tablero un azafate de flores, cuyos vivos y naturales matices atraian los ojos complacidos de admirarlas y las manos deseosas de cogerlas. En el fondo de la estancia, esto es, en la parte opuesta al lugar en que se encontraba, veíase una cama, cuyas colgaduras, blancas como la nieve, caian copiosamente sostenidas con graciosa naturalidad por una guirnalda de azucenas.

Sobre una mesa habia dos candelabros que parecian de bronce y que eran de oro, sosteniendo cada uno de ellos cinco velas de nacarada blancura. Miguel encendió una de estas velas, y registró la habitacion con ávidos ojos, buscando á la persona á quien tan bizarra, aunque tan locamente, acababa de socorrer.....

Con inquieta mirada descubrió una forma

humana medio tendida sobre la alfombra, oculta la cabeza entre los brazos, que se apoyaban sobre el asiento de un sofá, colocado en el testero que hacia frente á las ventanas. Era *ella* sin duda, y la posicion en que se hallaba dejaba presumir que agobiada por el terror habia caido allí desfallecida. A pesar de los revueltos pliegues de la bata que la envolvía, se dibujaban los contornos de su figura, dejando sospechar las raras perfecciones de un dibujo correcto. La gorra de dormir se habia desprendido de su cabeza, y una nube brillante é interminable de rizos rubios caía en ondas precipitadas y continuas sobre sus espaldas y sobre sus hombros. Era azul, de un azul suave, la bata que la cubria, y un pliegue indiscretamente recogido dejaba ver sobre las apiñadas flores de la alfombra un pié completamente desnudo, pequeño como el pié de una niña, bello como el pié de Vénus, blanco como la leche y sonrosado como el primer albor de la mañana; un pié que envidiaría la misma aurora.

Miguel recogió en una mirada, tan imprudente como inevitable, todos los pormeno-

res de tan delicado conjunto, y cerró los ojos, porque le pareció una traicion contemplarlos, pero volvió á abrirlos, porque indudablemente estaba desmayada, y era preciso acercarse á ella y socorrerla sin pérdida de tiempo.

Con paso discreto y pensamiento loco se aproximó Miguel al sofá, é inclinándose respetuosamente, dijo en frances, en voz baja y con pausado acento:

— Señora, nada tenéis que temer.

Un ligero estremecimiento agitó á la jóven desmayada, maquinalmente extendió el brazo sobre el asiento del sofá, presentando á la contemplacion de nuestro héroe la mano más preciosa que habia visto en su vida. No se atrevia á tocarla, y hubiera sido una insigne imprudencia pedir socorro y alborotar el palacio, pues no se le ocultaban las serias dificultades de la situacion en que se veia. Dudando del partido que deberia tomar, reparó en una mesa, que se hallaba próxima á la cama, y acudió á ella en demanda de algun auxilio. Allí encontró agua en un jarro de china, azúcar y un vaso de cristal en una bandeja de plata; llenó el vaso de agua, su-

mergió en él la azúcar y volvió al lado de la enferma. No era un gran medicamento el que traía, pero no encontró otra cosa.

La jóven habia hecho un movimiento, y su cabeza, descansando sobre el brazo derecho, presentaba el perfil de su rostro, destacado sobre el fondo carmesí del sofá. Miguel no pudo reprimir su admiracion y quedó absorto contemplando aquella singular belleza. Era el original del retrato que vió en las habitaciones de Lord Walbrook y que se habia grabado en su pensamiento como si fuera la copia de otra imágen que llevaba en el alma. El retrato y el original representaban una misma belleza, una belleza que él creía haber visto ó haber soñado ántes....

Indudablemente se hallaba delante de la hija del honorable Lord, y retrocediendo con respeto, exclamó contemplándola:

— ¡Dios mio!..... ¡Qué semejanza!.....

Mas no era aquél el momento de las exclamaciones inútiles; urgía tomar una determinacion, y no atreviéndose á poner sus manos sobre tan peregrina hermosura, y creyendo que empezaba á desvanecerse el des-

mayo, humedeció las puntas de los dedos en el agua que se había derramado en la bandeja, y las sacudió sobre el rostro de la jóven. Un suspiro profundo y un estremecimiento enérgico le dieron á conocer la oportunidad del remedio. Repitiólo, y la jóven sacudió la cabeza, cubriéndose el rostro con las manos y exclamando con voz débil:

— Mari..... Mari.....

— Señora, dijo Miguel con humilde acento, os repito que nada teneis que temer; tranquilizaos, pues yo sólo espero que me perdoneis la dicha de haber podido seros útil.

Alzó la jóven su bella cabeza, echó hácia atrás los rizos que inundaban su frente, apartó las manos, que cubrian su semblante, y miró á su alrededor con inquietos movimientos; despues clavó los ojos en Lanuza con singular expresion de complacencia y de asombro.

Miguel se inclinó con sumiso respeto y la dijo:

— Perdonadme, señora; vi á ese miserable escalar la verja, lo vi trepar por la ventana, vi luz y oí vuestro grito, y he llegado á tiempo de evitar un crimen.

La jóven no apartaba los ojos de su interlocutor, y parecía que se iba tranquilizando, que su espíritu se serenaba. Ciertamente Miguel no presentaba aspecto sospechoso; la distincion de su persona, lo fino de sus modales, hasta su vestido, todo hablaba en su favor; no obstante, la hija de Lord Walbrook tenía derecho para mostrarse recelosa. Otra en su lugar hubiera cogido el cordon de seda que colgaba sobre el sofá y habria llamado; pero sin duda el aturdimiento, lo raro del caso..... quién sabe..... ello es que no intentó buscar nuevo socorro. En cambio se puso de pié diciendo:

— Gracias, caballero, os habeis expuesto por prestarme un verdadero servicio, y nuestra gratitud será eterna; pero decidme, ¿qué habeis hecho del miserable que se ha atrevido á escalar el palacio del Lord Walbrook?

— Aquí lo teneis, contestó Miguel..... ¡Oh!..... añadió, dando un salto hácia la ventana que habia sido escalada.

Este salto fué sumamente oportuno, porque el hombre se habia ido escurriendo sobre la alfombra, y á pesar de tener las ma-

nos atadas, estaba á punto de saltar al jardín.

Miguel lo detuvo, y empujándole, lo puso delante de la hija de Lord Walbrook, diciendo:

— Aquí teneis á ese miserable.

Al verlo, la hija del honorable Lord retrocedió espantada, y Miguel, que hasta entonces no había visto el semblante de aquel hombre, hizo un movimiento que expresaba la más viva sorpresa.

Rectifiquemos: no era verdaderamente el semblante de un hombre lo que miraban, era un rostro horrible, en el que el envilecimiento de los vicios unía en combinación monstruosa las arrugas de la vejez á la viveza de la juventud; era un decrepito de veinte años, un fruto podrido ántes de sazónarse, la noche en medio del día; la frente estrecha, los ojos redondos, la nariz reman-gada y la boca sumida, formaban un conjunto de astucia, de audacia, de perversidad y de embrutecimiento, que producía repugnancia invencible; llevaba el delito en la frente, la traicion en la mirada, la blasfemia en la boca.

Por su parte miraba con estúpido asombro, clavando sus ojos de gato, ya en uno, ya en otro, á la hija de Lord Walbrook y á Lanuza; cualquiera habria dicho que queria reconocerlos.

— Te conozco, exclamó Miguel, con furor reconcentrado. Tú eres el hijo de una mujer maldita..... Ladron de tu madre. Verdugo y asesino de.....

El rostro del jóven envejecido hizo una mueca horrible, al mismo tiempo que salian de su boca estas palabras:

— Sí, soy el hermano de Magdalena.

— Miserable, exclamó Lanuza, si vuelves á pronunciaar ese nombre, te arranco la lengua.

La hija de Lord Walbrook, no pudiendo sostenerse, se dejó caer sobre el sofá. Miguel le tendió la mano para sostenerla, pero ella retiró la suya, y él le dijo:

— Señora, es preciso poner término á esta escena, que os angustia..... Saldrémos por donde hemos entrado para evitar un escándalo inútil. En cuanto al malvado que teneis en vuestra presencia, la justicia divina

lo ha puesto en mis manos y os juro que no volverá á meditar otro crimen.

Y diciendo y haciendo, empujó al hermano de Magdalena hácia la ventana que se hallaba abierta.

— Esperad, exclamó la hija de Lord Walbrook.

Miguel se detuvo, pero ella parecia fluctuar entre encontrados pensamientos. Al fin, como quien hace en esfuerzo supremo, volvió á ponerse en pié, se dirigió á la ventana que tenía enfrente, por donde el ladrón intentó escaparse la primera vez, y abriéndola de par en par, alzó el brazo, como señalándole al hombre que estaba maniatado el camino por donde debía huir. Éste se encogió de hombros y Miguel se atrevió á decir:

— ¡Señora! ¿A dónde llevais vuestra generosidad?.....

— Dejadlo que huya, contestó ella.

Como hablaban en frances, el que se llamaba hermano de Magdalena no entendia una palabra, permaneciendo inmóvil sin apartar los ojos de la hija de Lord Walbrook. Miguel le dijo con profundo desprecio:

— Huye, miserable, huye.

Él contestó friamente:

— No puedo con las manos atadas.

— Desatadlo, añadió la hermosa jóven, apartándose de la ventana.

Miguel obedeció sin replicar, y las manos del audaz ratero quedaron libres.

Entónces, en vez de saltar sobre la ventana, dobló el cuerpo hasta tocar el suelo con las manos, como quien recoge algo que se le ha caído, y enderezándose rápidamente, se lanzó sobre Miguel, armado el brazo alevoso con la aguda hoja de una navaja traidora.

El brillo del arma relampagueó en los ojos de Miguel ántes de recibir el golpe, y pudo retroceder tan á tiempo, que la punta de la navaja sólo penetró ligeramente en el hombro, rasgando hasta el codo la manga del gaban.

La hija de Lord Walbrook dió un grito, y el hermano de Magdalena se preparó para asestar la segunda puñalada; pero vió delante de sus desaforados ojos la boca del revolver con que Lanuza le apuntaba, y soltando una horrible blasfemia, se lanzó como una

pelota, como un gato perseguido, cayendo en el jardín sin tocar en el alféizar de la ventana, arrastrando en su caída la persiana, que no pudiendo resistir tan violento empuje, se desprendió del listón que la sostenía, crujiendo con estrépito.

La jóven se acercó temblando á Lanuza y le dijo :

— Por segunda vez he puesto en peligro vuestra vida; huid de mí, porque yo debo ser funesta para vos.

— Es audaz como un demonio, contestó Miguel, pero es cobarde como un malvado.... Ahora debo huir de vos, como ese miserable ratero á quien habeis perdonado con generosidad inaudita..... Debo huir, porque mi presencia en este sitio es ya inútil y os puede ser enojosa. Perdonadme esta visita inesperada y estad segura de que el misterio en que os envolvéis continuará siendo impenetrable.

Dichas estas palabras recogió el sombrero, que en la primera lucha habia rodado por el suelo, y se dispuso á salir por la ventana.

— Esperad, añadió la jóven, esperad un momento.

Tenía sobrada razón para detenerlo, porque se oían voces al otro lado de la cerca y se sentía ruido en el interior del palacio. Los dos á la vez prestaron atención, y oyeron allí cerca, casi allí mismo, el agudo pito del sereno. Al mismo tiempo se oían golpes en la verja, que sonaban hácia la fachada principal del palacio, y oyeron las puertas de hierro que cerraban el cercado, rechinar sobre sus goznes, y á la vez rumor de voces que hablaban dentro de la casa, en el jardín y en la calle.

Era evidente que el ladrón habia sido sorprendido al saltar la verja, por la tardía vigilancia de algun sereno hartado de dormir; que las voces de éste habian despertado á los criados que ocupaban la parte baja del edificio; que el ratero sorprendido, refugiándose en el jardín, se vería á la vez perseguido dentro por los criados de la casa, fuera por los serenos, que por todas las avenidas acudían á la aguda voz del pito que los llamaba.

La hija de Lord Walbrook acudió á la

puerta que comunicaba con el interior del palacio, y distinguió ruido de pasos que se acercaban, y volviéndose á Lanuza le dijo:

— No podeis huir.

— Señora, replicó, dejadme salir de esta habitacion, donde mi presencia puede comprometeros, y os doy mi palabra de honor de que no me importará nada lo que pueda sucederme.

— Oh, exclamó la jóven, eso es imposible, porque es muy peligroso. Es mejor que os encuentren aquí. Con la verdad de lo ocurrido disiparemos toda sospecha.

— Os engañais, señora, la advirtió Miguel. La verdad no será creida; ¿quien cree la verdad que pone á salvo la honra de una mujer? Si me encuentran en vuestra habitacion seréis mañana la fábula de Madrid. Dejadme que huya; es el único remedio que nos queda.

Los pasos se acercaban á la puerta, que iba á abrirse de un momento á otro, y al pié de la ventana se oían voces que gritaban:

— ¡Miladi! ¡Miladi!

— Aún queda otro recurso, dijo la jó-

ven en voz muy baja. Venid..... venid.....

Y asiendo el brazo de Lanuza lo llevó junto á la cama; puso la mano sobre la pared, que crujió, abriéndose una puerta, y haciéndole entrar cerró, puso un sillón delante, y se adelantó, pálida como la cera, trémula como el azogue y soberanamente hermosa, á recibir á los criados y á los serenos que á un mismo tiempo subian por las ventanas y penetraban por las puertas.

El ladron habia conseguido saltar la verja por la parte posterior del palacio, y evadirse hiriendo á un sereno que habia intentado cerrarle el paso.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

®



INDICE

DE LOS CAPÍTULOS DEL LIBRO QUINTO.

	Páginas.
CAPÍTULO PRIMERO.— Chareb er" ehh.	5
CAP. II.— Lord Walbrook.	29
CAP. III.— La berlina misteriosa.	61
CAP. IV.— Sir Packet y Miguel Lanuza en casa de lord Walbrook.	89
CAP. V.— Donde se espera mucho y no resulta nada.	119
CAP. VI.— La sombra del Duque.	147
CAP. VII.— En el que empieza á descubrirse el secreto de la berlina misteriosa.	189
CAP. VIII.— Una noche toledana.	215

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FIN DEL ÍNDICE.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTÉCAS

